

Las Niñas de Morningside



~
CARMEN SANTAELLA

NOVOLA



Índice



Dedicatoria

Cita

Prólogo

1982

Despedidas

Edimburgo

Greta

Morningside

Los McNeil

Las niñas

Toma de contacto

¡Sorpresa!

El verano pasado

No pienso abandonar

Una noche en Morningside

¿Qué haces aquí?

El accidente

Cuatro tumbas

Negación

Agradecimientos

Nota

Créditos

Para mis tres mamás.

«El duelo es el amor, que no sabe dónde ir».

ANÓNIMO



Prólogo



Me cuesta creer que la señora que se mece con la mirada perdida en una esquina del comedor es la misma mujer de la que habla el abuelo.

Los recuerdos que comparte conmigo describen a una persona magnética, radiante, siempre impecable y algo habladora. Asegura que era la mujer más dulce sobre la faz de la tierra, que incluso cuando estaba triste, sonreía con los ojos. El tiempo y la tragedia desencadenaron un inevitable deterioro que, por desgracia, solo el abuelo y las fotos antiguas se atrevían a contradecir. Tenía los ojos enormes, oscuros, la nariz finita, los labios carnosos y perfectamente simétricos, el pelo castaño y ondulado.

Mi familia me compara con ella porque me he apropiado de gran parte de sus genes y, aunque yo contemplo sus rasgos con admiración, reconozco que puedo encontrar en mí misma un más que razonable parecido con la mujer que me devuelve la mirada en cada álbum. A pesar de lo mucho que sé que le recuerdo a ella, el abuelo casi nunca hace alusión a su belleza. Se recrea en recordar lo que una vez fue su mujer por sus ganas de vivir, por la forma en que cuidaba de los demás, por la paz que transmitía... En realidad, todo el mundo en Stonehaven quería a la abuela Vivienne.

Ambos tenían un pub en el centro de Aberdeen y, aunque la abuela no tardó en conseguir trabajo como enfermera en el hospital de la ciudad, sus turnos de tarde le permitían acudir a recoger a su marido antes de cerrar. De hecho, siempre conseguía llegar un poco antes para ejercer de relaciones públicas con todo el que cruzaba la puerta del local familiar. El abuelo admiraba mucho la forma en que dejaba atrás la oscuridad propia de trabajar en la unidad de paliativos para iluminar la sala en cuestión de segundos. Solo ella podía hacer eso.

Mantuvo dicha rutina hasta 1972, año en que nació su primera hija, Isla. Tras su llegada, la abuela no solo redujo considerablemente sus visitas a The Lochside Inn, sino que también abandonó el hospital. Conseguir ese trabajo no había sido fácil, pero no dudó un segundo en dejarlo todo para entregarse en cuerpo y alma a la crianza de su primogénita que, solo un año más tarde, se convirtió en la hermana mayor de dos mellizas: Charlotte y Victoria, que es mi madre.

Vivienne dejó atrás su vocación sanitaria y el trabajo de sus sueños, pero no a su marido. Ya no le era viable estar a su lado durante el cierre de The Lochside Inn, pero no había un solo día que no le esperara en el porche de casa a su regreso. Incluso cuando se le complicaba la noche y llegaba a altas horas de la madrugada, ella siempre estaba ahí. Sonriente, con los brazos abiertos y la cena lista. Así lo hizo hasta el 25 de agosto de 1982, el último día que el abuelo volvió a un hogar feliz.



1982



Corría el mes de mayo de 1982. Mis abuelos, que meses antes se habían comprado una casa más cerca del pub familiar, en el barrio de Bielside, se pasaban las tardes y los fines de semana reformándola a su gusto. Era antigua, pero imponente. La fachada de granito gris brillaba al contacto con el sol. Las ventanas de guillotina eran altísimas y sus marcos, de piedra blanca, contrastaban con el tejado de pizarra oscura. Sus aleros eran enormes y había dos chimeneas que emergían a ambos lados de la estructura. La parte inferior de la fachada la protagonizaba una ventana semicircular que sobresalía suavemente en el lateral izquierdo. Yo no llegué a pisar esa casa, pero las vistas desde ese punto debían de ser preciosas, pues tenían un jardín enorme cubierto de robles y lavanda. El entorno era idílico, pero la situación familiar no.

A Isla le habían detectado leucemia poco después del inicio de la reforma y, para el mes de mayo, ya tenía las semanas contadas a sus diez años. La noticia fulminó a la que, hasta ese momento, había sido la mujer más risueña del mundo. La abuela Vivienne se centró en cuidar de Isla cada segundo del día. Lo hacía alegre para que su hija no escuchara el crujir de un corazón que, cuando se quedaba a solas, se partía en mil pedazos. Pidió a sus otras dos hijas, Victoria y

Charlotte, que imitaran su comportamiento, que guardaran la compostura delante de su hermana mayor. No se les permitía llorar, lamentarse ni, tan siquiera, hablar del tema. Pero la burbuja de tristeza que asolaba a la familia Brown era más que evidente. La tía Isla era consciente de la situación, claro. Mi madre recuerda cómo, una noche mientras todos dormían, su hermana mayor acudió al cuarto que compartía con Charlotte y se metió en la cama con ellas:

—Niñas, ¿me voy a morir? —preguntó a las pequeñas que, todavía medio dormidas, respondieron abrazando a su hermana mayor.

En ese momento, la familia pasaba la que sería su primera y última temporada en la casa nueva. Una casa que, lejos de acumular recuerdos bonitos, nunca más podría ser un hogar después de lo que estaba a punto de ocurrir. A Isla le tocaba quimioterapia los jueves y, como ni el abuelo ni la abuela querían dejarla sola en esas duras sesiones, las dos pequeñas se quedaban al cuidado de la tía Margot. La hermana mayor del abuelo era brusca y cruel. En las interminables horas sin sus padres y su hermana, tanto Charlotte como Victoria, que no tenían más de nueve años, se veían obligadas a escuchar los horribles presagios de una mujer cuya sensibilidad brillaba por su ausencia.

—Cuando Isla se muera, tendréis que cuidar de papá y de mamá.

—¡No se va a morir! —replicaba Charlotte enfadada.

—Ay, niña... ¡Qué boba eres! —solía contestar entre risas—. Victoria, tú eres más lista. Procura que tu hermana entre en razón. Pobrecita...

Tenía razón. La noche del 26 de agosto, la tía Isla se fue a dormir por última vez. A la mañana siguiente, mamá y Charlotte escucharon el paso acelerado de sus padres a lo largo del pasillo y, tras unos segundos de silencio, el llanto desgarrador de la abuela les confirmó lo peor. Pero se quedaron inmóviles, abrazadas, cubriéndose con el edredón y tapándose los oídos cada vez que su madre emitía un grito de dolor. Permanecieron así un buen rato, hasta que el abuelo entró en su habitación, con los ojos hinchados y la cara empapada. Ambas

se abalanzaron sobre él, se abrazaron con fuerza y escucharon cómo repetía, una y otra vez:

—Ya está descansando. Ya está descansando. Ya está descansando.

A la abuela no la vieron hasta mediodía, pues no abandonó el cuerpo sin vida de Isla ni un segundo. Permaneció tumbada junto a ella toda la mañana, haciendo caso omiso a los familiares que empezaban a llenar la casa de los Brown con el paso de las horas. El abuelo abría la puerta y saludaba a los recién llegados, pero subía cada dos por tres a ver a su mujer. Cuando lo hacía, en los dos o tres segundos que la puerta de la habitación de Isla se abría, todos los presentes escuchaban el inconsolable llanto de una madre que, desde ese día, nunca volvería a ser la misma. En el comedor se guardaba silencio, se secaban las lágrimas y se agachaban las cabezas en señal de respeto y de dolor. La tía Margot, que llevaba meses tratando el tema con frialdad, se debilitó ante sus sobrinas, a las que abrazó fuerte durante horas. Al cabo de un rato, con la casa repleta de rostros conocidos, y no tan conocidos, el abuelo bajó las escaleras lentamente y se detuvo al final de estas, desde donde podía observar a todos, también a sus pequeñas.

—Victoria, Charlotte... ¿Queréis despediros de vuestra hermana?
—preguntó con la voz quebrada.

Charlotte negó con la cabeza, pero mi madre la cogió de la mano y la animó a acompañarla con un gesto de complicidad. Al final, su hermana accedió y ambas cruzaron el pasillo de personas que ahora abrían paso a las pequeñas. Subieron las escaleras de la mano de su padre, que les decía algo en susurros, nadie recuerda el qué. Entraron a la habitación de Isla con las cabezas gachas, evitando alzar las miradas. Entonces, la abuela Vivienne tendió ambas manos, ofreciéndoles así acompañamiento hasta donde su hija y ella se encontraban. Cuando mi madre dirigió la vista hacia el horror, se encontró con el cadáver de Isla y comenzó a llorar desconsoladamente al mismo tiempo que se tumbaba a su lado para abrazarla por última vez. Charlotte, en cambio, se quedó helada, inmóvil ante una escena que sentía que no le tocaba vivir.

—Charlotte, cariño, acércate —le pidió su madre entre lágrimas.

—No —sentenció mi tía justo antes de derrumbarse sobre sus propias piernas, cayendo al suelo de rodillas, viendo cómo un mar de lágrimas mojaba el suelo.

—Parece que está dormidita —la consoló mi madre, que ahora la acompañaba en el suelo—. ¡Vamos, dale un beso antes de que se la lleven!

No sé si la tía Charlotte terminó acercándose a Isla, pues nadie ha sido capaz de contarme completa esa tenebrosa escena. Tampoco a mí se me ocurría preguntar demasiado a mi madre, pues imaginaba que no debía de ser muy agradable revivir el momento más traumático de su infancia. Lo que sí sabía es que, pasado un rato, el abuelo devolvió a las niñas al comedor para que no vieran cómo el personal de la funeraria metía a Isla en el féretro de roble blanco que, a escondidas de la abuela, había elegido semanas antes. Pero, a pesar de su esfuerzo porque Victoria y Charlotte no fueran testigos de tan doloroso momento, sentirlo desde la planta de abajo fue inevitable. Los últimos besos de la abuela a su hija, el afilado llanto mezclado con gritos, el crujir de la madera del ataúd... Todo se escuchó en el denso silencio que reinaba en el comedor.

Mamá recuerda cómo dos hombres bajaban el pequeño féretro por la escalera. Lo hicieron lentamente al ritmo del llanto de la abuela que, una vez abajo, abrazó el ataúd impidiendo que saliera de una casa que, en realidad, ese día todos pisarían por última vez.



Despedidas



A pesar de que la resaca de la tragedia siempre ha pesado sobre mi familia, el abuelo llevaba años esforzándose porque, al menos, la temporada navideña fuera feliz. A fin de cuentas, toda su vida había sido su festividad favorita y, desde aquel horrible verano, hacía el más titánico de los esfuerzos por aparentar normalidad. Nadie podía decir lo mismo de la abuela, pues para ella nunca había vuelto a existir una razón para celebrar. No importaba si era Navidad, verano o el cumpleaños de cualquiera de sus nietos. Vivienne se pasaba el día en su mecedora de madera y yute, observando las fotos que adornaban la repisa de la chimenea, leyendo sus novelas de las hermanas Brontë y, muy de vez en cuando, conversando a desgana con quien viniera a visitarla.

Mis padres, como el abuelo, han contribuido a que cada reunión familiar sea una fiesta. Mis hermanos y yo, aun acostumbrados desde nuestro nacimiento a una abuela ausente, hemos gozado de una infancia felizmente blindada, algo de lo que, sin ir más lejos, mi madre jamás podría presumir. Desde que su hermana Isla dejó este mundo, y hasta que volvieron a celebrar una triste Nochebuena, pasaron más de cinco años. Fueron años de tristeza y desolación que, tanto Charlotte como ella, aceptaron con cierta resignación. Las

noches eran silenciosas, era raro el día que veían la televisión y pocas veces volvieron a ver a Vivienne sonreír. Por eso, desde que mi madre conoció a mi padre, tuvo claro que el pasado no iba a pesar sobre nadie más, y mucho menos sobre nosotros, sus hijos.

Sin embargo, esa Navidad fue agridulce. Todos la recibieron con ganas, pero yo me mantuve reticente a su llegada pues, solo una semana después, abandonaría mi hogar durante seis meses. Quería terminar la carrera en Edimburgo, era algo que tuve claro desde que la empecé y, aunque solo estaría a poco más de dos horas y media de mi hogar, sentía que ese semestre era el inicio de mi independencia. Su Facultad de Medicina gozaba de un prestigio superior y mi madre, de quien había heredado la vocación sanitaria, alardeaba de ello con sus amigas. Mi padre, algo más protector, insistía en que vendría a visitarme, al menos, dos veces en esos seis meses. Sophie y Owen, mis hermanos pequeños, todavía no tenían edad para centrarse en otra cosa que no fuera luchar el uno contra el otro por conseguir mi habitación esa temporada. Al abuelo le entristecía mi partida y a la abuela, como casi todo en esta vida, le daba bastante igual. Su única reacción cuando se lo conté fue:

—El abuelo y yo íbamos mucho a Edimburgo antes. Es muy bonita, te va a gustar.

—No es la primera vez que voy, abuela —dije.

—Hummmm... —fue su respuesta, y nada más.

El primer martes de enero, ya pasadas las fiestas, me levanté temprano. Vivíamos en una casa a treinta minutos de Aberdeen, en Inverurie, y las vistas al entorno natural eran cafeína para mis sentidos. El sol no salpicaba todavía los prados, pero empezaba a haber cierta claridad de un tono entre el violeta y el azul. Abrí la ventana de par en par, respiré hondo y se me humedecieron los ojos al ser consciente de que, en cuestión de horas, cambiaría la hierba por el asfalto. Bajé al piso inferior, me puse las botas de montar y me fui directa a por mi yegua.

Llevaba montando a Breeze doce años y, aunque nunca lo había dicho en voz alta, era lo que más iba a echar de menos de no estar en

casa. Era preciosa. Tenía el pelaje beis, pero la melena, el flequillo y la cola eran rubios, prácticamente blancos. La acaricié suavemente y, como si de mi mejor amiga se tratara, empecé a contarle todas las cosas que tenía que hacer ese día. Después la cepillé, la preparé y nos fuimos al valle del Don a dar el que sería nuestro último paseo juntas en una temporada.

No dejé de hablarle en todo el camino pues, en parte, me servía a mí misma para ordenar las ideas que revoloteaban en mi cabeza y que apenas me dejaban dormir: los últimos trámites universitarios antes de la llegada a Edimburgo, las gestiones con la residencia en la que me alojaría, las dos maletas enormes, algunas fotos, el fonendoscopio que mi madre me regaló cuando empecé la carrera de medicina... No podía olvidar nada y la simple idea de que eso fuera a suceder me estresaba muchísimo. Por suerte, el valle estaba especialmente bonito esa mañana y consiguió que, por un momento, olvidara el agobiante presente. El sonido lejano del río Don, el olor a hierba y a resina, los rebaños de ovejas que se nos cruzaban de vez en cuando, las vacas peludas que pastaban a sus anchas, la luz dorada que poco a poco se iba filtrando por los pinos...

Me recreé más tiempo de lo normal en el paseo con Breeze que, casi tres horas más tarde, me trajo de vuelta a casa. Había perdido mucho tiempo, pero me dio igual. Llené un cubo enorme de agua y se lo ofrecí mientras la liberaba de las monturas. Yo, en cambio, no conseguía librarme del nudo que se había formado en mi garganta en el camino de regreso. Le di un beso en el lomo y salí del establo sin mirar atrás.

—Te quiero, princesa. Volveré pronto —dije mientras cerraba el portón, con el susurro propio de quien está a punto de llorar.

Entré en casa por la puerta de atrás, secándome las lágrimas con la manga del abrigo. Allí, en la cocina, encontré a mi madre, que ya preparaba el almuerzo.

—Buenos días, Harper. ¿Estabas con Breeze? —me preguntó tras darme un beso en la frente.

—Sí, mamá —contesté con los ojos rojos—. Joder, la voy a echar de menos...

—Y ella a ti, cariño. Pero no tienes de qué preocuparte, la cuidaremos bien —aseguró—. Además, estarás a poco más de dos horas. Si te organizas bien, podrías venir los fines de semana.

Tenía dos maletas enteras que preparar, pero también me tomé mi tiempo en darme una ducha caliente. El paseo con Breeze había apaciguado mi estrés y no estaba dispuesta a agobiarme por nada esas últimas horas en casa. Cuando salí del baño, envuelta en un albornoz blanco y con la toalla todavía cubriendo mi pelo, sorprendí a mi hermano en mi habitación. Owen tenía ocho años y la entrada prohibida, así que le regañé:

—¡Owen! —exclamé enfadada—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no puedes entrar sin permiso?

—¡Es que te ha llamado tu novio! —exclamó en un tono jocoso mientras levantaba mi móvil con sus pequeñas manos.

—¿Has hablado con Callum? —pregunté nerviosa y, sin dejarle responder, rectifiqué—. ¡Y no es mi novio, idiota, es mi mejor amigo! Y ahora, si no te importa, ¡largo de aquí!

No mentí, era mi mejor amigo, pero desde hacía unos meses, empezaba a tener la certeza de que sentía algo por él. Quizás me fallaba la intuición, pero, por cómo se comportaba conmigo, presentía que, fuera lo que fuera que nos estuviera pasando, era mutuo. Era bastante más alto que yo, tenía el pelo castaño claro, los ojos azules y la mandíbula fuertemente marcada. Reconozco que tuve un flechazo con él la primera vez que le vi, pero tardamos poco en hacernos muy amigos y se convirtió en algo mucho más valioso que una mera atracción sexual.

De Callum me gustaba todo, especialmente la forma en la que nos complementábamos. Él era discreto, tranquilo, racional y empático. Yo, en cambio, siempre he sido habladora, impaciente y, a veces, demasiado extrovertida. Él era agua; yo, fuego.

Le devolví la llamada en cuanto Owen salió de mi habitación y Callum contestó rápidamente, casi como si hubiera estado esperando

frente al móvil todo ese rato. Quedamos en vernos esa tarde y elegimos The Lochside Inn, el pub que una vez perteneció a mi familia pero que, desde la jubilación de mi abuelo, regentaba una familia mexicana. A pesar del cambio de propietarios, que también habían introducido en la carta platos de su tierra, el local seguía siendo exactamente igual que cuando todavía era nuestro. Por dentro, el olor a madera vieja, a cuero gastado y a whisky se mezclaba con el aire húmedo que se colaba por las dos únicas ventanas que había. Era grande, pero algo oscuro, y sus paredes seguían decoradas con carteles antiguos, matrículas oxidadas, fotos del río Don en tonos sepia y sombreros de paja. La barra de madera maciza, marcada con cicatrices de vasos y cuchillos, presidía el pub. A su alrededor, las mesas de madera y las sillas de respaldo recto estaban orientadas al pequeño escenario en el que, cada jueves, un grupo de música acudía a actuar para los clientes.

Ese día no disfrutamos de música en vivo, pero eso facilitó que Callum y yo habláramos sin parar durante horas. Desde hacía unos meses, estar con él implicaba que el resto del mundo desapareciera a nuestro alrededor. Así lo hizo esa tarde, al menos, hasta que la conversación de la mesa que teníamos delante alteró nuestra paz.

—Este antro antes era de la vieja loca que te dije —le contaba una mujer a otra.

—¿La que vimos en la iglesia el domingo?

—¡Esa, esa! Se le murió su hija mayor y se le fue la pinza. ¡Es un fantasma con patas! Dicen que una de sus hijas también se ha vuelto completamente loca —añadió riéndose a carcajada limpia, contagiándole también la risa a su amiga, que le seguía el rollo.

No pude seguir escuchando, así que me levanté bruscamente, haciendo mucho ruido con la silla. Le toqué el hombro por detrás y, aunque mi instinto me pedía darle una paliza, me habían educado mejor.

—¿De qué vieja loca hablas? —pregunté en un tono algo violento.

Callum también se levantó haciendo ruido y se acercó a nosotras.

—Harper, déjalo, no merece la pena.

—¡Callum, está hablando de mi familia! —grité, convirtiéndonos a los cuatro en el *show* sorpresa de la noche.

Las dos arpías, que no esperaban que la nieta de Vivienne estuviera escuchando, enmudecieron de repente.

—Ahora no decís nada, ¿eh? Zorras de mierda... Debería daros vergüenza ir por ahí ensuciando el nombre de una persona sin tener ni idea de nada —seguí, cada vez más enfadada.

—¡No, la que no tiene ni idea eres tú! —me sorprendió la que había hablado mal de mi abuela, que ahora se levantaba de su silla para superar mi altura.

Me observaba fijamente y yo, que no quería que notara mi desconcierto, le devolví la mirada desafiante. Estaba retocadísima. Tenía el pelo de un rubio muy artificial, como si se lo hubieran decolorado y hubieran olvidado ponerle algún matiz. Los labios eran desproporcionados con respecto al resto de sus rasgos y le olía el aliento a alcohol. En algún punto de ese tenso momento, Callum se acercó un poco más, me cogió de la mano y yo la sacudí instintivamente para que la soltara. La dueña del pub, a quien conocía desde hacía años, dejó de ser testigo de la discusión desde detrás de la barra y también vino a tratar de apaciguarme.

—Harper, cariño, haz caso a tu amigo. No merece la pena —me dijo en un tono casi maternal—. Y ustedes dos... —Miró esta vez a las dos mujeres—. ¡Largo de aquí! Ni mi marido ni yo vamos a consentir semejante falta de respeto a la familia Brown. No en nuestro pub —sentenció en un inglés claramente marcado por su exótico acento mexicano.

Ambas mujeres cogieron sus bolsos, dejaron caer unas cuantas libras en la mesa y se dispusieron a salir de The Lochside Inn. La rubia con la que había tenido el enfrentamiento me sostuvo la mirada y, justo antes de empujar la puerta de madera con brusquedad, gritó:

—¡El día que alguien te lo cuente todo, llorarás! Niñata de mierda...

Una vez desaparecieron de la vista de todos, volví a sentarme y Callum me imitó. Me tapé la cara con las manos y tuve muchas ganas de llorar. La señora Cruz también se sentó a mi lado y, sin decir nada, pasó un brazo por encima de mi hombro procurando que me sintiera arropada. Tras unos minutos de silencio, la clientela volvió a sus conversaciones y yo conseguí tranquilizarme cuando noté que ya no era el centro de todas las miradas.

—¿Quiénes eran esas? —pregunté a la dueña con cara de asco.

—Solo conozco a una y es hija de los Johnson. Pero vive en Inverness, así que no te preocupes, solo está de paso —me tranquilizó.

Los Johnson eran amigos de mis abuelos cuando eran jóvenes. Había oído hablar de ellos tantas veces que casi creía conocer a Jack y a Eloise en persona. Perdieron toda la amistad que un día les unió tras la tragedia de la tía Isla y, por lo visto, ahora dedicaban sus reuniones familiares a contar historias de quienes, hace no tanto tiempo, eran dos buenos amigos. Me dio mucha rabia pensarlo, así que decidí olvidar lo sucedido para no seguir alimentando mi ira con suposiciones envenenadas. Callum pagó lo que habíamos tomado y abandonamos The Lochside Inn en dirección a su coche. Me senté en el asiento del copiloto y él emitió un fuerte suspiro.

—Lo siento, Callum. He perdido los papeles, pero es que...

—¿Las has llamado zorras de mierda? —preguntó justo antes de soltar una fortísima carcajada.

—Son unas zorras de mierda —contesté riéndome.

—Te voy a echar de menos...

Y, en ese momento, inclinó su cara hacia la mía, buscando el beso que tantas noches me había tenido en duermévela. Fue perfecto, suave y sin prisa. Ambos nos recreamos en lo que, acababa de confirmar, llevábamos esperando mucho tiempo. Nos separamos un instante solo para abrazarnos. Me rodeó con sus enormes y musculados brazos y yo me perdí en el perfume que desprendía su sudadera. Cerré los ojos y sentí que se me humedecían cuando recordé que no sabía cuándo le volvería a ver.

Encendió el motor, me dio una palmadita en la pierna derecha y me dijo: «Te llevo a casa». Por el camino, cantamos «Sweet Home Alabama» a todo volumen y, después, «Highway to Hell», intentando no convertir nuestra despedida en un episodio demasiado dramático.

No cambiaba de país, no ponía un océano de por medio, ni siquiera un molesto cambio horario; pero estábamos acostumbrados a vernos casi a diario y mi partida suponía una rotura de esquemas, en aquel momento, un tanto inoportuna. Cuando llegamos a mi casa, me quedé observándola unos segundos. Todo en aquella noche parecía una despedida a largo plazo y se me encogía el corazón de pensarlo. Decidí no extender la agonía y, esa vez, fui yo la que se inclinó para buscar sus labios. Ese beso fue más intenso, más ansioso y mucho más confiado que el primero. Como si lleváramos haciéndolo meses, incluso años.

—¿Me llamarás? —preguntó bajando la ventanilla mientras yo caminaba hacia la entrada.

—Todos los días —prometí.

Y entonces se fue. Su coche desapareció por la carretera de pinos y sonreí nostálgica. Se acababa de marchar y ya le echaba de menos.



Edimburgo



Mi casa era un caos al día siguiente. Todos corríamos de un lado para otro como pollos sin cabeza. Parecíamos los McCallister la mañana que dejaron a Kevin solo en casa. Mi madre recorría las habitaciones en busca de algo que se me hubiera podido olvidar y, de vez en cuando, me preguntaba cosas como: «¿Quieres llevarte este libro? Me lo acabo de leer y me ha encantado», «Llevas el botiquín, ¿verdad?», «¿Te has acordado de meter el pijama que te compré en Navidad?», «¿Quieres un sándwich de pavo para el tren?». Mi padre, que parecía más tranquilo, no lo estaba. Se pasó la mañana sentado en la mesa de la cocina, cerciorándose de que todos mis documentos estuvieran en regla, apuntándome las direcciones de la residencia y la facultad de Medicina, reservando un taxi que me recogiera en la estación... Mis dos hermanos, sin embargo, no ayudaron nada. Sophie no paraba de llorar, la tuve pegada como una lapa, abrazada a mi cintura, unas dos horas. Y Owen... Owen estaba demasiado ocupado haciendo preguntas absurdas mientras arrasaba con las últimas galletas de jengibre que quedaban de la noche de fin de año.

A mediodía fui a despedirme de mis abuelos. Tenía el estómago cerrado, pero hice el esfuerzo en deferencia al abuelo, quien había estado preparando su especialidad toda la mañana: pasta gratinada

con beicon. A medida que se acercaba la hora de partir hacia la estación, el nudo de mi garganta fue aumentando de tamaño hasta que me costó hablar. Finalmente me rendí y me despedí de todos entre lágrimas. Seis meses era mucho tiempo para alguien que nunca ha estado más de una semana lejos de casa. En el fondo de mi corazón, y aunque no me permití pensarlo demasiado hasta ese momento, sabía que me arriesgaba a que esa fuera, de hecho, la última vez que veía a alguno de mis abuelos con vida. O a los dos, ¿quién sabe?

Pasé mucho rato abrazada a mi abuelo. Diría que más tiempo que con el resto. Sin embargo, respeté el espacio personal que siempre ha parecido pedir la abuela Vivienne. Me limité a darle un beso en la frente y a pedirle que cuidara del abuelo. Ella, tan impasible como siempre, se limitó a decirme:

—Buen viaje, cariño —murmuró con voz calmada y acto seguido añadió—: Dile que lo siento.

—¿A quién, abuela? —pregunté desconcertada.

—Tú díselo, ¿sí? —insistió.

Mi abuelo me miró con el mismo gesto de confusión y mi madre, que a esas alturas ya era un manojo de nervios, interrumpió para avisarme de que alguien más quería despedirse. Jamás hubiera creído que Callum sería capaz de presentarse en casa de mis abuelos como si nada, pero así lo hizo. Le encontré apoyado en su coche, al otro lado del caminito de cemento que cruzaba el jardín frontal en dirección a la carretera. Me dio vergüenza que mi familia notara que me temblaban las piernas, pero se me pasó cuando fui consciente de que nadie, más que él y yo, sabíamos lo de la noche anterior. Avancé en su dirección, ante la atenta mirada de mi familia, que me despedía desde la puerta principal, y la de mi madre, que ojeaba el reloj preocupada cada dos por tres.

—¡Te espero en el coche, Harper! —exclamó dirigiéndose hacia el garaje de mis abuelos.

—¡Vale, mamá! —respondí cuando ya estaba lo suficientemente cerca de Callum, que extendió los brazos pidiendo que me acercara

—. ¡Qué sorpresa, no te esperaba! —murmuré ilusionada.

—Lo sé, perdona, tendría que haberte avisado.

—¡Qué va! Me ha hecho mucha ilusión —confesé ya entre sus brazos.

—No paro de pensar en lo que sucedió anoche.

—Yo tampoco —respondí tan avergonzada como si, de repente, volviera a tener quince años.

—Qué mierda, ¿no? Justo ahora que te vas...

—Bueno, siempre puedes venir a visitarme.

—Lo haré —prometió.

Entonces, me cercioré de que ya nadie nos miraba desde la casa de mis abuelos y le besé. Se me hizo corto y casi me da un ataque al corazón cuando escuché la bocina del coche de mi madre, que ya estaba histérica porque se nos hacía tarde y me esperaba con el motor en marcha muy cerca de donde Callum y yo nos encontrábamos. Los dos nos reímos y me alejé de él, como la noche anterior, sonriendo, pero sin mirar atrás.

El intento de interrogatorio durante el trayecto fue inevitable. Como era de esperar, mi madre quiso saber qué se había perdido en toda esa historia, pero no le di el gusto.

—No sé de qué me hablas —respondí sin esforzarme por parecer creíble.

En ese momento, subí el volumen de la radio que, casualmente o no, reproducía nuestra canción: «Build Me Up Buttercup». Ambas cantamos como dos locas, mirándonos de vez en cuando, cerrando los puños en forma de micrófono, intercambiando la complicidad que siempre habíamos tenido. Me entristeció pensar que ella nunca había tenido una relación similar con la abuela y, dado que estaba a punto de poner kilómetros de por medio, bajé los decibelios y me atreví a preguntar.

—Mamá, creo que nunca te lo he preguntado, pero... ¿cómo fue vivir con la abuela después de que se muriera Isla?

—Una pesadilla, cariño. Solo lloraba, se encerraba en su habitación durante horas, iba a la iglesia todos los días... Ya sabes.

—Al menos tenías a la tía Charlotte, ¿no?

—¿La tía Charlotte? —se rio con cierta amargura—. Tu tía se fue en cuanto cumplió la mayoría de edad y nunca más se supo.

—Pero los años previos, debisteis de ser uña y carne las dos, ¿no?

—No, cariño. A Charlotte le marcó lo sucedido casi tanto como a la abuela. Se volvió distante, desagradable, irascible... Era una tortura estar cerca de ella. El abuelo decía que echaba mucho de menos a Isla, pero yo sé que lo que le pasaba era que estaba enfadada con la abuela. Se trataban como desconocidas, ¿sabes?

—¿El abuelo cuidó de ti entonces?

—Jamás habría sobrevivido sin él —respondió emocionada, sin apartar la vista de la carretera.

Sonreí pensando en la bendición que debió de suponer tener un padre como él. Pero esa sonrisa fue invirtiendo su curva conforme nos acercamos a la estación. Cuando volví a mirar a mi madre, ya se había convertido en un mar de lágrimas. Apreté los labios para no contagiarme y me giré hacia la ventana para secarme la única gota que permití que recorriera mis mejillas. Cuando nos tocó separarnos, a unos pasos del torno de acceso, nos dimos un abrazo intenso y largo. Su olor deshizo el nudo de mi garganta y me abandoné al segundo llanto del día. Este fue desconsolado y demasiado llamativo. Era como si llevara semanas acumulando esas lágrimas. La gente que pasaba por nuestro lado nos miraba con compasión. Conseguí separarme de ella pasados unos minutos, presa de la prisa que sentí por llegar al andén a tiempo. Ella esperó a que empezara a bajar las escaleras desde el otro lado.

—Te quiero —le dije en voz baja, pero vocalizando mucho para que pudiera leerme los labios, y desaparecí.

El viaje se me hizo corto. Me pasé las dos horas y media del trayecto en tren escuchando música y admirando las vistas que, una vez más, me confirmaban que vivía en el lugar más bonito del mundo. Llegué a la estación de Waverley a las cinco y ya era de noche. Estaba cansada, pero emocionada por esa nueva etapa. Tardé unos escasos siete minutos en llegar a la residencia, pues mi padre

había reservado un taxi para que no tuviera que cargar con dos maletas más grandes que yo por las empedradas y empinadas calles de la Old Town.

No era, ni de lejos, mi primera vez en Edimburgo. Había venido varias veces con mis padres, dos más con una excursión del colegio, otras dos con el instituto y, hacía unos tres años, con mis mejores amigas por el decimoctavo cumpleaños de una de ellas. A pesar de ello, ese primer día de vuelta lo sentí de una forma diferente. Ya no era ocio, ahora tenía que ser mi casa. Pensé en lo diferente que era de Aberdeen y, al mismo tiempo, sus edificios de piedra gris me recordaban a mi hogar. En Edimburgo la gente vestía muy elegante a pesar del frío. Llevaban abrigos sastre, pantalones con raya diplomática, sombreros y boinas, botines acordonados y hasta zapatos de tacón.

El taxista me dejó en la puerta de la residencia, ubicada en Simpson Loan, una sofisticada calle de edificios gemelos con cafeterías en cada rincón y una interminable ola de estudiantes que recorrían el campus por todas partes. El edificio al que estaba a punto de acceder mantenía, de alguna forma, la estética medieval del resto de la ciudad, a pesar de que se intuía cierta modernidad en su construcción. Una chica joven me recibió en la recepción, me hizo un *tour* por las zonas comunes y me guio a mi habitación. Esta era espaciosa, tenía dos escritorios, dos camas pegadas a la pared, pero separadas por una cómoda alta, y había una ventana enorme con vistas a la facultad.

Observé que mi compañera no se encontraba allí, pero no fue difícil adivinar que ya había elegido su espacio. Me acomodé tranquilamente, deshice las maletas y coloqué algunas fotos en las estanterías que me pertenecían. Después me di una ducha, me cambié de ropa y dudé si esperar a mi compañera para presentarme, pero descarté la idea en cuanto me urgió salir a dar una vuelta. De todas formas, no sabía si tardaría o no en volver.

Caminé en dirección al casco antiguo, siguiendo los pasos de decenas de estudiantes que, para ese momento del día, seguramente

se dirigían a algún pub. Al cabo de pocos minutos, llegué a Grassmarket, la alargada plaza que siempre estaba a rebosar de turistas. Desde ella, vi la esquina de la colorida Victoria Street y recordé que, justo ahí, en una de sus esquinas, papá, mamá, Sophie y yo tenemos una foto familiar entrañable. Owen ni siquiera había nacido todavía y mi hermana y yo tendríamos unos diez y cuatro años, respectivamente. Sonreí y esa fue la primera vez que les eché de menos. Busqué un pub en el que sentarme para llamar a Callum y tuve suerte, pues encontré una mesa libre en uno en el que, juraría, había estado con mis amigas el verano que visitamos la ciudad.

Me senté junto a la ventana, bajo una viga de madera de la que colgaba lo que parecía una cuerda antigua en forma de sogá. Justo al lado, había una pareja cuya conversación confieso que escuché como quien no quiere la cosa.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó el chico, que me pareció guapísimo. Era alto, tenía el pelo castaño claro, una barba de varias semanas y unos ojos verdes, muy bonitos y algo intimidantes, que no apartaban la vista de su acompañante ni un segundo.

—Un poco, sí —respondió ella con un acento algo exótico. Definitivamente, y aunque hablaba inglés perfectamente, no era su idioma materno.

Ella también era preciosa, la verdad. Tenía el pelo rubio y largo. También me fijé en que vestía muy, muy bien. Llevaba una chaqueta de *tweed* azul marino, unas bermudas del mismo color y un pañuelo anudado al cuello que se quitó con nerviosismo mientras se abanicaba con la otra mano. Pensándolo bien, puede que estuviera siendo un tanto descarada, pero no podía dejar de mirarlos. La forma en que él la miraba, la dulzura con la que ella respondía... Eran magnéticos. Al cabo de unos pocos minutos, un hombre mayor se acercó a ellos y ambos se levantaron rápidamente.

—Papá, esta es Alba.

Claro, le estaba presentando a su padre. La chica extendió la mano, pero él respondió con un afectuoso abrazo. Eso la tranquilizó. Lo sé porque sonrió aliviada y el chico también.

—William me ha hablado mucho de ti, ¿sabes? —comentó el señor con una sonrisa de oreja a oreja mientras llamaba la atención del camarero alzando el brazo izquierdo.

Y en ese momento supe que mi papel de espectadora tenía que acabar. Les devolví la intimidad que no sabían que habían perdido y me dispuse a enviar mensajes a mis propios seres queridos. Empecé por mis padres, seguí con mi abuelo y, acto seguido, llamé a Callum. Me coloqué los auriculares para no molestar, pero no respondió. Lo intenté una segunda vez y dejé de insistir. Terminé mi refresco tranquilamente, haciendo un poco de tiempo con la esperanza de que me devolviera la llamada. De todas formas, seguía entretenida con la reunión de enfrente. En un momento dado, la chica me pilló mirándola, así que aparté los ojos avergonzada y me lo tomé como una señal para irme. Cogí mis cosas sin levantar la vista, me abrigué bien y volví a la residencia siguiendo el mismo camino por el que había venido. Para ese momento, mi compañera ya había llegado y tocaba socializar.



Greta



—¡Hola! Me llamo Greta, ¡es un placer conocerte por fin!

Me recibió con el entusiasmo que necesitaba. Reconozco que me daba pánico tener que compartir habitación con una persona antipática, pero no parecía el caso. Greta era alta, bastante más que yo. Tenía una melena pelirroja preciosa, muchas pecas por toda la cara y los ojos de un azul turquesa que casi parecía falso.

—¡Encantada, Greta! Yo soy Harper. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Llegué la semana pasada. Espero que no te importe que haya elegido mi parte de la habitación. No estaba segura de cuál ibas a preferir y te dejé el lado de la ventana. ¿Te parece bien? Porque si no, podemos cambiarnos.

—Me parece genial, muchas gracias —respondí agradecida.

—Medicina, ¿eh? —preguntó.

—¿Cómo lo sabes?

Ella respondió señalando mi fonendoscopio. Olvidaba que ya lo había acomodado en mi escritorio sobre el enorme libro de anatomía que traía de casa. Sonreí al ser consciente. Greta me contó que ella estudiaba Literatura, que era de Bristol, que tenía dos hermanos y dos hermanas, que estudiaba en Edimburgo desde los dieciocho, que siempre había compartido piso y que se acababa de trasladar a la

residencia para socializar algo más de lo que había conseguido los años previos. Parecía que sus compañeras no eran muy amables y casi nunca contaban con ella para hacer planes. En realidad, me lo contó todo. No paraba de hablar y yo estaba agotada.

Cuando terminó el monólogo, empezó el interrogatorio. Le dije que venía de Aberdeen, que tenía dos hermanos pequeños y que siempre había querido terminar la carrera y, quizás, optar a una plaza de residente en Edimburgo.

—¿Ya conoces la ciudad?

—Sí, he estado varias veces, así que...

—Yo te la puedo enseñar, si quieres —me interrumpió, demostrando que lo suyo era hablar y no escuchar—. La conozco muy bien. Es preciosa, te va a encantar. ¡Tengo una idea! Podemos intercambiar nuestros horarios de clase y buscamos huecos para pasear entre horas. Tienes que ir a St. Giles, bajar a Mary King's Close, entrar al castillo... ¡Ay, Dios mío, el castillo es una pasada! ¿Quieres que saque entradas para las dos? Yo he estado un montón de veces, pero no me importa volver. Los estudiantes tenemos descuento, ¿sabes? Déjame a mí, yo me encargo. Si te gusta ir de compras, también te puedo llevar a mis tiendas favoritas. Después iremos a Calton Hill. El atardecer desde esa colina es un pasote. Los estudiantes vamos a beber ahí los viernes. ¿Tú bebes? Si no bebes no pasa nada, no es obligatorio. Yo tampoco bebo, salvo si es fin de semana. Los viernes me tomo una o dos pintas.

Greta no paraba de hablar. Era un amor, pero la intensidad de su verborrea me estaba dando dolor de cabeza. Disimulé bien, asintiendo entusiasmada ante cada propuesta de plan y, en uno de los escasos silencios que hizo, intervine educadamente para decirle que estaba cansada y que necesitaba dormir. Lo entendió perfectamente, incluso me dio un abrazo de buenas noches y, por fin, reinó la paz entre las cuatro paredes que, a partir de ahora, tendría que llamar «hogar». Miré el móvil una última vez con la esperanza de encontrar alguna notificación de Callum, pero no tuve suerte.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, Greta salía del baño. Ya estaba vestida y, como era de esperar, tenía más energía que la noche anterior. Me dio un abrazo y, sin que se lo pidiera, esperó a que me preparara para ir juntas a desayunar. En realidad, me alegraba haber encontrado una amiga tan pronto. Era habladora, sí, pero también muy agradable. Servicial, incluso. Mientras me maquillaba, ella se dispuso a ordenar la habitación. Hizo su cama, pulverizó ambientador por toda la estancia, abrió la ventana para ventilar y llenó su bolso de clase con dos libros, el portátil y una botella de agua. Hice lo propio y ambas salimos de la residencia en busca de un café.

Greta me llevó a su cafetería favorita, que estaba cerca del campus, pero no tan concurrida como las que había visto el día anterior. Me tomé un *latte* y un *porridge* de avena que, prácticamente, me obligó a pedir. Como si jamás lo hubiera desayunado. Ella no dejaba de hablar, pero una notificación de mi móvil la silenció. Greta se inclinó sobre la mesa para ver mi pantalla.

—¿Quién te escribe? —quiso saber, haciendo acopio de una confianza que todavía no teníamos.

—Es Callum, un amigo —le dije cuando vi su mensaje de buenos días.

—Yo no pongo sonrisilla de tonta cuando me escribe «un amigo» —reaccionó poniendo en duda el calificativo que acababa de darle.

—Bueno, en realidad...

No me dejó terminar la frase, pues se acababa de dar cuenta de que llegaba tarde a clase y, tras disculparse, se levantó a toda prisa, me dio un abrazo y se marchó.

—¡Luego me lo cuentas! —gritó desde el otro lado del local, haciendo que todo el mundo nos mirara. Agaché la cabeza en señal de vergüenza y terminé mi desayuno manejando el escaso perfil bajo que Greta me había dejado.

A las once tenía mi primera clase, así que busqué el edificio Chancellor, situado en el epicentro del campus. Los pasillos estaban repletos de gente que hacía mucho ruido. No tardé en encontrar mi

aula, a la que accedí algo nerviosa, como si fuera una niña de diez años empezando en un colegio nuevo en mitad del curso. Evidentemente no conocía a nadie, así que me senté en una esquina, al lado de dos chicos que ya compartían una conversación cuando llegué. Les saludé tímidamente y abrí mi portátil. Antes de que se encendiera, el profesor entró y se situó tras la mesa que había bajo una pizarra desplegable. Colocó sus propios materiales en silencio y, tras alzar la vista hacia nosotros, introdujo la asignatura, el temario y el programa de estudios para dicho semestre.

La clase de Anestesiología terminó unos minutos más tarde de lo programado. Se me hicieron eternos porque era la siguiente asignatura la que me interesaba de verdad, la de Psiquiatría. La recibí con entusiasmo pues, al fin y al cabo, era la rama hacia la que quería dirigir mi especialidad. Muy a mi pesar, no fue demasiado interesante, pues el doctor Campbell se pasó los cincuenta minutos de la sesión comentando el plan de estudios, la programación de los exámenes y haciéndonos anotar los libros que íbamos a necesitar. Una vez terminada la clase, cuando todos habían abandonado el aula, me acerqué a él.

—Doctor Campbell, disculpe que le moleste.

Era un hombre mayor, quizás demasiado. Tenía el pelo totalmente gris y la ausencia de barba dejaba ver todas y cada una de las arrugas que el tiempo había dejado a su paso. Me miró mientras guardaba un libro en su maletín, esperando que prosiguiera.

—Verá, siempre he tenido claro que quiero especializarme en psiquiatría y quería saber si usted me puede guiar en lo referente a prácticas hospitalarias, señor.

—¿Cuál es su nombre?

—Harper Thompson.

—Tenga, señorita Thompson —dijo extendiendo su tarjeta, en la que vi que figuraba su correo electrónico, un número de teléfono y el nombre del hospital psiquiátrico cuya plantilla dirigía, el Royal Edinburgh Hospital—. Venga a verme el miércoles a las nueve y hablamos de posibles oportunidades, ¿le parece?

—¡Por supuesto! —afirmé agradecida y emocionada—. ¡Gracias, doctor!

Ya que disponía de dos horas libres, volví a la residencia y, de camino, llamé a mi madre para contárselo todo. Le dije que había conocido al doctor Campbell y que este me había invitado a hacerle una visita en el hospital para contemplar, esperaba, un posible acceso a la residencia en Psiquiatría más pronto que tarde. Se alegró mucho, claro, pero tuve que interrumpirla cuando la llamada de Callum se coló entre medias.

—¡Hey! ¿Qué tal?

—Querría hablar con la doctora Thompson, por favor —bromeó.

—¡Qué idiota! —dije riendo—. ¿Cómo va todo por ahí?

—Ya sabes, como siempre. Triste, gris, aburrido... Y sin ti ya ni te cuento.

—No será para tanto...

—Lo es —sentenció.

Ambos nos quedamos en silencio unos segundos. Él esperando respuesta, yo intentando encontrar las palabras. Se me daba fatal flirtear por teléfono y, además, todavía me resultaba raro hablar en esos términos con el que, hasta hacía unos días, era mi mejor amigo. Cambié de tema.

—¿Sabes qué? —pregunté emocionada.

—Sorpréndeme.

—Creo que voy a conseguir prácticas en psiquiatría antes de lo previsto.

—¡Wow! Siempre consigues lo que quieres, ¿eh?

—No siempre. Además, es pronto para emocionarse, pero he quedado con el doctor Campbell la semana que viene en el hospital psiquiátrico. Desconozco por qué quiere verme allí, pero, como comprenderás, no me voy a negar.

—Claro, claro. Pues ya me contarás.

—Sí.

Y, contra todo pronóstico, nos quedamos sin conversación. Nunca nos había pasado eso. Hasta ese momento, nuestras charlas fluían

como si el tiempo no existiera. No había temas tabúes, no había líneas rojas y, sobre todo, no había silencios. Sospeché que empezábamos a asumir las consecuencias de lo ocurrido la noche antes de venirme a Edimburgo, cuando, sin pensarlo bien, ambos le dimos un giro de ciento ochenta grados al vínculo que nos unía. De hecho, no sabía si seguíamos siendo mejores amigos, si éramos un «casi algo» o si, directamente, acabábamos de empezar una relación a distancia. En cualquier caso, por primera vez en años, me sentí incómoda, así que me inventé una excusa para colgar.



Morningside



El hospital psiquiátrico de la ciudad se encontraba en Morningside, un barrio residencial acomodado y tranquilo, a unos veinte minutos del centro de Edimburgo. Llegué con algo de tiempo para pasear por sus calles arboladas, llenas de casas adosadas con enormes ventanales, cafeterías, tiendas de libros y antigüedades. Casi parecía una ciudad diferente, pues la paz reinaba de una forma de la que el centro histórico pocas veces podía presumir. En un momento dado, las casas de piedra de color miel dieron paso a otro tipo de edificios, más grandes y de aspecto institucional. No tardé en encontrar el Royal Edinburgh Hospital, que nada tenía que ver con un centro general de los grandes. Este también lo era, pero estaba formado por un conjunto de edificios de diferentes épocas. Algunos tenían fachadas de piedra clásica y otros eran más funcionales y contemporáneos. El terreno sobre el que se erigía era enorme. Había espacios ajardinados y senderos pavimentados por los que el personal sanitario y algunos pacientes paseaban con aparente tranquilidad.

De camino al despacho del doctor Campbell, siguiendo las indicaciones de uno de los recepcionistas, tuve que recorrer un pasillo entero de habitaciones cerradas. No me crucé con un solo

paciente, pero sí los oía perfectamente. Risas delirantes, gritos desesperados, golpes, llantos... El personal corría de un lado a otro, abriendo y cerrando habitaciones, con llave en algunos casos. Reconozco que la situación me inspiraba respeto y, al mismo tiempo, sentía que mi vocación estaba más latente que nunca. Una vez hube encontrado el despacho, vi que la puerta estaba entornada y tuve reparo en entrar como si nada. Entre otras cosas, porque había una mujer esperando en una silla justo al lado de la entrada.

—Disculpe que la moleste. ¿Está usted esperando al doctor Campbell?

La mujer, de unos cuarenta años, pero con un aspecto claramente deteriorado, no contestó. Estaba segura de que me había escuchado, pero me ignoraba. Ni siquiera me miró, pero yo observé que llevaba un abrigo demasiado grande para ella, el pelo recogido en un moño mal hecho, probablemente de hacía varios días, y estaba sentada en el borde de la silla, ligeramente inclinada hacia adelante, con los brazos pegados al cuerpo. Hacía un movimiento sutil, apenas perceptible, pero constante. Se mecía suavemente, como si su cuerpo se balanceara al ritmo de un pensamiento que no podía detenerse. No había nadie más en el pasillo, solo se escuchaba el zumbido de las luces y el tímido murmullo que había empezado a emitir. Fue entonces cuando decidí tocar a la puerta y, justo cuando estaba a punto de rozarla con los nudillos, ella me agarró la otra muñeca con fuerza.

—¡Niña!

Sus ojos, claros pero enrojecidos, por fin me miraron. A pesar de la agresividad del gesto, no vi hostilidad en ellos. Solo una distancia difícil de descifrar.

—Tú no deberías estar aquí —dijo en un tono más dulce que el anterior.

—Ah, no, solo vengo para un asunto de la universidad —contesté.

—Todos venimos por algo pequeño.

—No tardaré mucho. Si quiere, puedo avisarle de que está aquí —sugerí sin saber muy bien qué más decir.

La mujer negó con la cabeza y la volvió a agachar.

—No hay que avisarle. Él sale cuando la habitación está quieta.

Después suspiró, como cansada de una conversación demasiado larga para ella. Fue entonces cuando yo también decidí poner fin a nuestra charla y, sin pensarlo dos veces, di tres golpes en la puerta.

El doctor Campbell se encontraba tras su escritorio, sentado en una enorme silla de piel y observando la pantalla de su ordenador, cuya luz azul se reflejaba en sus gafas de pasta cuadrada. Se las bajó y me miró por encima de las mismas, sorprendido por una cita que, intuí, había olvidado que tenía.

—¿Tú eras...? —preguntó por fin, dirigiéndose a mí.

—Harper, doctor. Harper Thompson.

—Cierto, Harper. Perdóname y, sobre todo, no te lo tomes como algo personal. Se me da tremendamente mal recordar nombres.

—No se preocupe —respondí amablemente.

Acto seguido, me invitó a ocupar una de las sillas frente a él.

—Veamos qué puedo hacer por ti —dijo revisando su ordenador, haciendo clic sin parar en una pantalla que me daba la espalda. Yo esperé recta, en silencio y con una tímida sonrisa de agradecimiento—. Veamos... —murmuró.

—Realmente, doctor, solo me gustaría saber si los alumnos de quinto podemos optar a prácticas previas a la residencia. Como le dije, quiero ser psiquiatra y nada me gustaría más que tener un primer contacto de la especialidad en este hospital.

—Entiendo, Harper. Sí, bueno... —le costaba expresarse. Titubeaba mucho, parecía confundido y presiento que no sabía muy bien qué decirme. Confirmé que se le había olvidado que él mismo me había extendido la invitación y ahora le tocaba salir del paso. Finalmente, arrancó—: Ahora mismo no disponemos de plazas extracurriculares, tenemos el cupo de estudiantes lleno, pero puedo ofrecerte algo.

—Claro, lo que sea —respondí intentando que no se me notara la decepción.

—Si tienes disponibilidad, podrías venir algunas tardes a ayudarme con el papeleo. Sé que no es lo que tenías en mente, pero yo empecé así, leyendo y organizando historiales de pacientes. Se aprende mucho, ¿sabes?

—¿Podré tener contacto con ellos?

—¿Con quién?

—Con los pacientes...

—Bueno, no exactamente, pero puedes presenciar mis sesiones con ellos. No podrás intervenir, pero sí tomar nota de todo cuanto te sea útil para adquirir conocimientos.

—Me encantaría, gracias —mentí.

Claro que no era lo que tenía en mente, pero era mejor que nada y, a fin de cuentas, asistiría al jefe de Psiquiatría que, para ser una recién llegada, no estaba nada mal.

—¿Es remunerado?

—No, Harper. Como te digo, es un puesto extraoficial.

—Entiendo —dije con resignación.

—Sin embargo... —respondió justo antes de quedarse pensativo unos segundos—. Se me ocurre una idea mejor... ¿Puedes esperar fuera? Tengo que hacer una llamada.

Tal y como ordenó, salí para otorgarle la privacidad que solicitaba. Cerré la puerta a mis espaldas y me encontré con la sala de espera vacía. La señora ya no estaba y, en cierto modo, me sentí culpable. ¿Le habría robado su hora? ¿Tanto tiempo llevábamos hablando el doctor y yo? Esperé no haber sido la responsable de su marcha y me senté en la silla que, en algún momento, ella había desocupado. La encontré fría, por lo que intuí que hacía ya mucho rato que se había ido. Cinco minutos después, que se me hicieron eternos, el doctor Campbell salió a buscarme.

—Verás, la mujer de un buen amigo mío necesita... ayuda. No es paciente mía, no quiere serlo, pero no es nada grave, solo es un poco... maniática —me explicó, dudando en este último término.

—¿Y cómo puedo ayudar si no quiere venir al centro?

—Esa es la cuestión. Tendrías que ir a su casa. Como te digo, ella no está por la labor, pero su marido y yo creemos que podríamos simular que eres una estudiante que necesita un empleo para cubrir gastos académicos.

—¿Haciendo qué? —pregunté, disimulando lo poco que me estaba gustando la idea.

—A ella le diremos que serás algo así como su asistente. No trabaja, pero siempre tiene cosas que hacer. Su marido está convencido de que no dirá que no a algo de ayuda con los recados, las llamadas y otros encargos de los que, ahora mismo, se ocupa sola. Tú aprovecha para establecer relación. Escúchala, habla con ella, toma notas a escondidas... Diagnostícala, Harper. Serás una especie de detective, de doctora encubierta, ¿me explico?

Al principio no podía creer lo que estaba escuchando. Después, entendí que había algo realmente emocionante en la misión que se me encomendaba. Atender a una paciente sin que ella supiera que lo es, analizarla, establecer un diagnóstico, escucharla cuando lo necesitara, hacer algo de terapia disfrazada de complicidad... Conforme más lo pensaba, más me atraía la idea. Así que sí, accedí.

—Bien. Démosle una semana, ¿te parece? James, mi amigo, hablará con ella para que tu llegada no le pille por sorpresa. Es una mujer testaruda y seguramente no acepte tus servicios al principio. Ya cuentan con una interna que hace todas las labores del hogar, pero es importante que piense que tú le serás valiosa en otro sentido.

—De acuerdo, doctor, entonces espero su llamada —aseguré estrechando su mano justo antes de abandonar el despacho.

Llegué a la residencia un poco antes de mediodía. Ese día me había saltado dos clases, pero la ocasión lo merecía. Greta, que también acababa de llegar, me propuso que comiéramos juntas. Accedí, pues no podía esperar para contarle a alguien el inusual trabajo que me acababan de ofrecer. Caminamos juntas hasta Victoria Street y nos sentamos en Bertie's donde, según mi compañera, servían el mejor *fish and chips* de la ciudad. Ese día tuve la palabra la mayoría del tiempo. Le conté a Greta todo lo

relacionado con mi encuentro con el doctor Campbell, lo de la mujer que había en la sala de espera y lo emocionada que estaba por un trabajo que, al principio, recibí con reticencia. Como era de esperar, mi compañera de habitación tenía muchas preguntas, pero no dejé que las formulara hasta que hube acabado de hablar.

—A ver si lo he entendido, ¿vas a ser la recadera de una señora rica?

—Bueno, esa es la teoría, sí. En la práctica, seré mucho más que eso.

—Pero, Harper, pobre mujer... ¿No va eso en contra del código deontológico de la medicina o algo así? —preguntó aparentemente preocupada.

—La verdad es que no lo sé, pero bueno, al fin y al cabo, ha sido idea del doctor Campbell.

—Confieso que me parece una locura, pero tienes razón, suena fascinante.

—Lo es. Me muero de ganas de empezar. El doctor Campbell dice que es una mujer un poco especial, muy hermética y bastante maniática. Es carne de terapia, pero ella no lo sabe.

—¿Qué pasa si os pilla?

—No nos va a pillar. Voy a tratarla de una forma muy poco invasiva. Me ceñiré a mis tareas y, de vez en cuando, estableceré conversación con ella para que, poco a poco, confíe en mí y se abra en canal.

—Si tú lo dices... —suspiró Greta, abrumada—. A fin de cuentas, ¿qué sabré yo, una estudiante de Literatura, de prácticas psiquiátricas? Más bien poco. Aunque bueno, en realidad, aprendí mucho de Sylvia Plath en *La campana de cristal*. ¡Oh! Y en *Siempre hemos vivido en el castillo*, de Shirley Jackson. ¿Te lo has leído? ¡Madre mía, Harper! Te encantaría. Lo tengo en la habitación, luego te lo dejo. Te lo tienes que leer.

Y ahí acabó mi turno de palabra hasta el día siguiente.



Los McNeil



El primer lunes de febrero empezó mi nueva aventura. Había tardado más de lo que pensaba, pero acudí en cuanto el doctor Campbell me dio luz verde para ello. Según me contó, convencer a la señora McNeil había sido más complicado de lo que él y su amigo imaginaban. De hecho, todavía no lo estaba del todo. Eso me preocupó un poco, pues intuía que mi llegada no le haría ni pizca de gracia. Era un día frío, nublado y muy gris. La niebla de la mañana todavía restaba visibilidad a las empedradas calles de Morningside. Las farolas seguían suministrando luz en las aceras, por las que me crucé con varios hombres trajeados y con alguna que otra familia llevando a sus hijos al colegio o paseando a sus perros.

Ese día tenía que volver a saltarme clases pues, aunque mis turnos en la casa de los McNeil serían por la tarde, la señora había pedido expresamente que tuviéramos una entrevista previa y tenía que ser esa mañana.

Tras revisar las indicaciones del doctor Campbell para llegar a la casa, la encontré con facilidad en una esquina silenciosa y algo alejada del resto. Medio escondida entre árboles enormes, que llevarían custodiándola vete tú a saber cuántas décadas, en cuanto la vi no tuve duda de que había llegado.

Tenía una estética claramente victoriana, visible en la piedra de arenisca gris, en los muros gruesos de la entrada, en las ventanas altas y estrechas con marcos de madera y en el torreón cuadrado que destacaba por encima del resto de los elementos. Delante había un jardín delimitado por un muro de piedra alto y una verja de hierro forjado con puntas afiladas que encontré abierta. El sendero de tierra que llevaba a la puerta principal estaba rodeado de arbustos perfectamente recortados y, más adelante, enfrente de una de las ventanas más grandes, había un estanque rodeado de vegetación y, aparentemente, más descuidado que todo lo anterior. La grava bajo mis pies crujía a cada paso y, justo cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, comenzó a llover, así que aceleré y me detuve frente a ella. Alcancé el timbre de bronce, que rompió el denso silencio que ni siquiera la lluvia conseguía eclipsar.

—Señorita Thompson —me saludó una mujer que, por su ropa, deduje que debía de ser la interna. Llevaba un vestido camisero blanco y unos zapatos de goma del mismo color—. Los señores la están esperando. Acompañeme, si es tan amable.

Me guio hacia el recibidor y esa fue la primera vez que percibí la oscuridad de la casa. A pesar de que las ventanas del *hall* estaban abiertas de par en par, la luz era escasísima. El suelo de baldosas geométricas en un tono gris oscuro y las cortinas de color vino no ayudaban en absoluto a que el espacio adquiriera algo de luminosidad. Seguí a la interna hacia las escaleras, que se dividían en dos al alcanzar la planta superior. Mientras subíamos al primer piso, observé que la pared estaba llena de retratos familiares, algunos muy antiguos, en óleo, otros claramente contemporáneos. No me detuve a observarlos, pues ella caminaba a paso acelerado y no quería quedarme atrás. Tenía la sensación de que alguien nos seguía. El impulso de subir a toda prisa me aceleraba el corazón y, aunque sabía que no se trataba de una amenaza real, mi cerebro activó una adrenalina injustificada e incómoda.

Cuando llegamos al pasillo del primer piso, aunque no era más luminoso que el inferior, la sensación de peligro se disolvió. No había

nadie detrás, nunca lo hubo. Solo era mi cuerpo cuidándose de lo que fuera que me esperaba a partir de ese momento. Cruzamos un ancho pasillo hasta alcanzar una imponente puerta de roble, cuyo pomo giró justo antes de apartarse para dejarme pasar.

—El señor y la señora McNeil vendrán enseguida —aseguró asintiendo con la cabeza—. Me llamo Margaret, por cierto. Será un placer trabajar con usted, señorita Thompson.

—Gracias, Margaret, lo mismo digo —respondí.

Comprendí que estábamos en el salón principal, pues era una habitación enorme. El suelo enmoquetado era de color *beige*, había un sofá semicircular enorme y, tras él, una mesa de comedor de madera oscura. Me quedé de pie sin saber muy bien si sentarme o no. Fue entonces cuando me fijé en una chimenea de mármol blanco en cuya repisa había más fotos familiares. La curiosidad me empujó a acercarme y descubrí que el matrimonio McNeil debía de tener dos hijas, pues no había ni un solo retrato que no protagonizaran ellas. Me pregunté si seguirían viviendo en casa o si, por el contrario, ya se habrían independizado. No tuve que esperar mucho para averiguarlo, pues de repente oí unos pasos acercándose al salón. Me alejé instintivamente de la chimenea y volví a la zona del comedor.

El señor McNeil era muy alto. Estaba bien peinado, pero lucía una barba de varias semanas. Vestía un traje azul marino con corbata verde, lo cual me llevó a pensar que seguramente tendría un puesto importante donde fuera que trabajara. Su mujer, por otra parte, parecía más delicada. También era alta, pero la delgadez marcaba los huesos de sus pómulos de una forma muy llamativa. Llevaba una blusa de seda marfil metida por dentro de una falda de lana estrecha y larga hasta los tobillos. Cuando las dos nos encontramos con la mirada, ella abrió mucho los ojos y paró en seco. Su marido siguió avanzando en mi dirección hasta que se dio cuenta de que se había quedado atrás. Retrocedió, la cogió de la mano y la acompañó hasta donde yo me encontraba. El señor McNeil estrechó mi mano con calidez, pero ella seguía inmóvil. Su marido la miraba de reojo, como si estuviera avergonzado por su actitud. Y, por fin, tras un tenso

momento que ninguno de los dos sabíamos bien cómo romper, extendió su delicada mano en mi dirección. Él respiró aliviado y, justo después, me ofreció asiento.

—Gracias por venir, Harper. Siéntate, por favor —dijo la señora McNeil, ofreciéndome una de las sillas tapizadas que había en torno a la mesa del comedor.

Ambos se sentaron enfrente, dispuestos a comenzar la entrevista. Aunque parecía que ella había tomado la iniciativa, la batuta la llevó su marido, quien se encargó de contarme en qué consistía el trabajo a ojos de su mujer, claro, pues ambos sabíamos que esa no era, ni de lejos, mi función real. Los dos actuamos bastante bien y ella, que no me quitaba ojo, permaneció callada un buen rato, hasta que por fin habló:

—Ya has conocido a Margaret. Es nuestra interna desde hace muchos años. Cuando nosotros no estemos en casa, ella será quien te ayudará en lo que necesites. Y dime, Harper, ¿cómo se te dan los niños?

En ese momento, al señor McNeil le cambió la cara. Su semblante empalideció, adquiriendo un tono grisáceo a juego con las paredes de la habitación. Sospeché que el hecho de que su mujer quisiera que la ayudara de esa forma era un giro con el que no contaba y que, seguramente, podría afectar a mi misión real. En cualquier caso, no quise ser maleducada y contesté:

—Francamente, muy bien. Tengo dos hermanos pequeños, así que...

—No te equivoques —me interrumpió—. De mis hijas me encargo yo. Solo quería saber si te relacionas con niños pequeños por si, en algún momento, necesito que las recojas del colegio o que las vigiles si yo estoy en otra habitación.

—De acuerdo, señora, pero no me queda claro entonces...

—Empiezas mañana —dijo sin permitirme acabar la frase.

Se levantó haciendo ruido con la silla, pero con una elegancia superior. Tocó el hombro de su marido al pasar y abandonó el salón, dejándonos solos.

—No te preocupes, Harper. Hablaré con ella. Esto no es lo que teníamos previsto. ¿Puedes estar aquí mañana a las cinco de la tarde?

—Claro, sí. Aquí estaré.

—Estupendo, gracias. ¡Ah! Y te pido disculpas, yo... solucionaré esto, no te preocupes.

Asentí y esperé a Margaret, que me acompañó de vuelta a la salida.

Llamé a mi madre en el autobús de regreso al campus. Disfracé la realidad para que no hiciera muchas preguntas y, aun así, se mostró tan preocupada como lo hizo Greta el día que se lo conté. Le dije que el doctor Campbell me había encomendado visitar a ciertos pacientes en sus domicilios y, dado que hablábamos de personas con algún trastorno psiquiátrico, no le gustó la idea.

—Pero, cariño, ¿irás sola a ver a esa gente? ¿No va nadie contigo?

—Mamá, solo tengo que ir a comprobar que se toman las medicinas. No es para tanto... Mira, ya te contaré todo bien, te tengo que colgar.

Quería llamar también a Callum a quien, al contrario que mi compañera y mi madre, mi nuevo trabajo le pareció una pasada. A él se lo conté todo tal cual era. Llegué a la residencia y seguía hablando con él, pues tenía mucha curiosidad por saber cómo me las iba a apañar para ser secretaria, niñera a ratos y psiquiatra al mismo tiempo. Reconozco que me empezaba a divertir mucho la idea y es que, claramente, todavía no podía imaginar lo que se me venía encima.



Las niñas



Esa mañana me desperté agitada. No había podido pegar ojo en toda la noche y, a pesar de ello, estaba enérgica, expectante y ansiosa por ir a Morningside después de las clases. Tuve Geriatría y Medicina de Urgencias, comí con Greta en la cafetería de la residencia y después subí a la habitación para cambiarme. Tuve un pequeño bloqueo en el proceso, pues no había tenido tiempo para reflexionar sobre cuál sería un atuendo correcto para esa clase de trabajo. Pensé en la señora McNeil y en lo elegante que me pareció en nuestro primer encuentro, así que me propuse estar a la altura y opté por un conjunto de punto camel, medias negras y un par de *Mary Janes* del mismo color. Me las había regalado mi madre esa Navidad y me encantaban, pero después descubrí que eran incomodísimas y esa fue la última vez que me las puse.

De camino a la parada del autobús, recibí una llamada del profesor Campbell.

—¡Hola, doctor! Ya estoy de camino a casa de los McNeil.

—Estupendo, Harper. Recuerda ser amable con ella, pero no pierdas el foco. Gánate su confianza, sé cercana, conversa siempre que puedas y, sobre todo, llámame cuando salgas. No importa la hora que sea.

—De acuerdo —acepté y colgué.

A pesar de que sus órdenes eran claras, en esa breve conversación me transmitió cierta preocupación. Parecía convencido con la idea, pero ese «sobre todo, llámame cuando salgas» me hizo pensar que tenía más cabos sin atar de los que yo creía. Hice caso omiso a mi percepción y llegué a Morningside unos minutos más tarde de lo previsto. No me había dado cuenta de que el atasco a la salida del centro iba a alterar tanto mi hora de llegada, de forma que corrí acalorada desde la marquesina hasta la casa. Esa vez no abrió la puerta Margaret, sino la señora McNeil.

—Llegas tarde —sentenció en un tono muy serio.

—Lo siento mucho, señora, había un poco de atasco y...

—Que sea la última vez —me interrumpió, dándome la espalda para que la siguiera hasta las escaleras.

—No volverá a suceder, se lo prometo —contesté intimidada y avergonzada a partes iguales.

Me condujo hasta el comedor donde nos conocimos el día anterior. Me invitó a sentarme y Margaret, que también se encontraba allí, me ofreció un té que acababa de preparar. Le agradecí el gesto y, mientras ella lo servía en una exquisita taza de cerámica blanca con bordes dorados, la señora McNeil se sentó enfrente y comenzó a detallarme las normas del trabajo.

—Has de saber que en esta casa reina la disciplina, así que presta mucha atención porque voy a contarte cómo funcionan las cosas aquí. Ante todo, la rutina no se improvisa, ¿de acuerdo? Las niñas necesitan estructura y, por ende, tú y yo también.

—De acuerdo, señora.

—Bien. Como te dije ayer, de mis hijas me ocupo yo. Sin embargo, he de compartir contigo sus horarios para que, si en algún momento necesito que me asistas con ellas, no hagas preguntas y actúes. De cinco a seis jugamos. Juegos tranquilos, nada brusco, nada ruidoso. A Edith le gustan las actividades más ordenadas como dibujar o resolver rompecabezas. Poppy puede que necesite algo más de movimiento, pero siempre controlado. No corren dentro de casa.

Nunca. A las seis en punto, es la hora de la lectura. No antes, no después. Les dejo que escojan sus libros, pero siempre de entre los de la balda inferior de sus respectivas estanterías. Si quieren que lea yo, lo hago, pero siempre con voz clara, sin exagerar ni hacer voces absurdas. Esto no es un teatro.

—Entendido —intervine para que supiera que memorizaba todo.

—A las seis y media les doy de cenar. Lo que sea que haya preparado Margaret es lo que comen. No se negocia, ni se sustituye. A las siete les doy un baño a las dos juntas, nunca por separado. Así ahorramos tiempo. El agua se la pongo tibia, nunca caliente, que se empañan los cristales y no lo puedo soportar. No jugamos en el agua. A las siete y veinte, tú estarás a punto de marcharte y yo las acompaño a su dormitorio, me aseguro de que se meten en la cama y les dejo una luz tenue porque les da miedo la oscuridad. Duermen en habitaciones separadas y a veces intentan comunicarse de una a otra, pero detesto que griten.

—Claro, normal —contesté intentando que empezara a surgir algo de complicidad entre nosotras.

—¡Ah! Un par de cosas más: nada de pantallas, ni siquiera un momento. No se les pregunta qué quieren hacer, se les dice lo que toca hacer. Si alguna se porta mal, se le habla con firmeza. La autoridad tranquila es fundamental. Edith es muy observadora, notará cualquier inconsistencia. Poppy es más inocente, pero probará tus límites si deduce que los hay. ¿Está todo claro?

—Bueno, en realidad, no, señora. No me queda muy claro cuál es mi papel en todo esto.

—Tú estarás con nosotras todo el rato, pero sin intervenir demasiado y solo cuando yo te lo solicite expresamente. Entre medias, seguramente te pida que me traigas un té, que hagas alguna llamada, que avises a Margaret de algo, que prepares la cama de las niñas, e incluso el baño... Yo no me separo de ellas.

—Comprendo, señora.

—Estupendo. Voy a por las niñas, ahora vuelvo.

Asentí y aproveché su salida para emitir un suspiro. Me preocupaba no retener correctamente todos esos horarios, las normas y la cuadriculada rutina que, por lo que había entendido, en algún momento me tocaría dirigir. Estaba a punto de sacar mi móvil del bolso para hacer algunas anotaciones, pero Margaret interrumpió el intento.

—Señorita Harper, no dude en pedirme ayuda si lo necesita, ¿de acuerdo? Estaré por aquí todo el tiempo.

—Eres muy amable, Margaret, gracias. Aunque no creo que la necesite; tengo dos hermanos pequeños, ¿sabes? Creo que me las puedo apañar.

Margaret me miró con ternura y apretó los labios con una expresión que no logré descifrar. A los pocos segundos, escuché los pasos de la señora McNeil acercarse de nuevo al comedor. Sus tacones resonaban con fuerza contra la madera del pasillo y se detuvieron a las puertas de la estancia, desde donde murmuró algo que no logré escuchar. Cuando abrió, por fin las vi. Delante de su madre, dos niñas de unos ocho o nueve años, más o menos, me sonreían tímidamente. Dejé la taza cuidadosamente sobre la mesa y me levanté para recibirlas educadamente.

—Harper, estas son mis hijas, Edith y Poppy.

—¿Cómo está, señorita? —contestó Edith, que era, claramente, la mayor de las dos.

—Estoy muy bien, gracias. Pero, por favor, no me llaméis señorita. Llamadme Harper.

Ambas asintieron sonrientes, pero no se separaron de su madre en ningún momento. Asumí que todavía era una desconocida para ellas y mantuve la distancia. El señor McNeil pasó por delante del comedor, se asomó y me saludó con un gesto desganado. Yo respondí asintiendo y desapareció de mi vista.

—Niñas, Harper ayudará a mamá en sus cosas para que yo pueda estar todo el tiempo con vosotras, ¿de acuerdo?

Ambas movieron la cabeza en señal de consentimiento.

Después de la presentación, y sin decir nada, las tres comenzaron a caminar en dirección a la salida del comedor. Las seguí por los pasillos de una casa que, dadas sus dimensiones, deduje que me costaría memorizar. Incluso perdí la cuenta de las habitaciones cerradas por las que pasamos antes de llegar a la de Poppy. Una vez allí, madre e hijas se sentaron en el suelo para jugar. Yo no sabía muy bien qué hacer, así que me quedé de pie junto a la puerta, observando lo bonita que era la habitación de la pequeña. Todo estaba decorado en tonos crema. La moqueta tenía un patrón de cuadros con líneas blancas, las cortinas de terciopelo tapaban parte del ventanal que había sobre la cama y esta estaba vestida con un edredón de la misma paleta, con dibujos de lazos rosas que formaban rombos simétricos. En la pared, un cuadro bordado con hilo blanco dibujaba su nombre. Todo estaba limpio y ordenado, quizás demasiado para una niña de su edad, pero claramente acorde a la esencia controladora y pulcra de su madre.

—Harper —me llamó la señora—, ve a por mi agenda, por favor. Está en el despacho de mi marido, en una mesilla auxiliar junto al sillón. Busca a Margaret y pídele que te enseñe la casa de paso.

De camino al piso inferior pensé en que era, ciertamente, un ser peculiar. ¿Quién demonios seguía usando una agenda de papel?, me pregunté. Seguí el olor a comida y encontré la cocina, donde Margaret ya preparaba la cena de las niñas. Me disculpé por interrumpirla y le conté que la señora quería que me enseñara la casa. Ella se limpió las manos con papel de cocina, se quitó el delantal, bajó el fuego y comenzó el *tour*.

Margaret empezó por la cocina, que era una auténtica preciosidad. Los muebles eran negros, de un material espejado que reflejaba la luz de la enorme lámpara de cristal que colgaba del techo. Había una isla central de mármol verde con taburetes de terciopelo blanco alrededor. En una esquina, bajo el enorme ventanal que daba al jardín trasero, tenían una mesa redonda con espacio para los cuatro miembros de la familia. La despensa, anexa a esta primera estancia, era más grande que la habitación que compartía con Greta. Estaba

llena de estanterías con botes de cristal etiquetados con nombres de pasta, tipos de arroz, cereales, harinas... Todo en esa casa estaba organizado al milímetro. Omitió el salón principal, pues ya lo había visto, y también la habitación de las niñas.

—A la señora no le gusta que la molestemos —dijo justificando que nos saltáramos esa parte de la casa.

—Ya he estado en la habitación de Poppy, así que no te preocupes porque intuyo que la de Edith está justo al lado.

Asintió y la seguí por otro largo pasillo, donde me indicó que se encontraba la habitación del matrimonio, su baño y un vestidor. A estas tres salas tampoco entramos. Después me enseñó dos cuartos de invitados y sus dos baños. Subimos hasta el desván, localizado en el tercer y último piso. Margaret me contó que ahí dormía ella, en una buhardilla con baño propio, justo al lado de una habitación que los señores usaban de trastero. Cuando volvimos al piso inferior, pasamos de largo por el recibidor para que viera el jardín. Daba la vuelta a toda la casa y era enorme. Incluso había un pequeño bosque, el estanque que había visto el primer día y un gran garaje con espacio para tres o cuatro coches. Por la parte trasera, había un porche acristalado con unas vistas preciosas al sinfín de árboles que la familia custodiaba. Allí había una mesa de comedor, un banco con forma de balancín y una mesa de billar.

—¿Tienen perro los señores? —pregunté cuando me di cuenta de la presencia de una cama tirada en el suelo de una de las esquinas del porche.

—Tenían —contestó Margaret—. Se murió el año pasado.

—¡Ay no! —expresé con quizás demasiada emoción—. Esto... Margaret, la señora me ha pedido que me indique dónde está el despacho de su marido. Tengo que llevarle su agenda.

—¿Al despacho del señor?

—Sí, eso ha dicho.

Y, así, la interna me guio hasta la última estancia que nos quedaba por visitar. Estaba en el piso inferior, en el extremo opuesto a la entrada de la casa. Era enorme. Tenía puertas dobles, como las del

salón principal, y un imponente escritorio frente a una ventana alargada que daba al porche que acabábamos de visitar. No tenía paredes visibles, solo estanterías repletas de libros, diplomas, estatuas, jarrones y una ostentosa colección de plumas que pensé que costarían una fortuna y media. Busqué la mesilla auxiliar y, justo como me había indicado, ahí encontré su agenda. La alcancé sin perder de vista la solemne decoración de esa oficina casera y retrocedí para abandonarla junto a Margaret. Le di las gracias por enseñarme la casa, ella volvió a la cocina y yo subí al piso superior a paso rápido, pero sin hacer mucho ruido. La señora lo detestaba.

Cuando llegué a la habitación de Poppy, ya no estaban allí. Miré mi reloj e hice memoria para comprender que ya era la hora de la lectura y que, seguramente, estarían en la de Edith. Me quedé en silencio, intentando oír alguna voz que me guiara hasta donde se encontraban. Nada. Salí del cuarto marcha atrás, mirando de un lado a otro del pasillo buscando, al menos, algo de luz por debajo de las puertas. Giré la cabeza hacia la izquierda y después hacia la derecha y, allí, vi a Poppy. Estaba al final del pasillo, de pie, con un libro en la mano.

—Poppy, ¿ya estáis leyendo? —le pregunté desde donde me encontraba.

—Sí —asintió.

Después comenzó a caminar en dirección contraria, girando por una esquina que, juraría, llevaba a la habitación de sus padres. Estaba a punto de seguirla cuando, de repente, una mano se posó en mi espalda.

—Te he dicho que no se alza la voz —era la señora McNeil.

—Ah, sí, discúlpeme, es que he visto a Poppy ahí y... —respondí señalando el pasillo de la derecha.

—Estamos leyendo, ven.

Y me llevó a la habitación de Edith, que estaba justo en el sentido contrario.

Cuando llegamos al cuarto de la hija mayor, las encontré leyendo, sentadas en la alfombra. Era idéntica a la de su hermana y ambas

ojeaban el mismo libro prestando mucha atención. Tanta que ni siquiera reaccionaron cuando su madre y yo entramos. Me di cuenta de que leían a Beatrix Potter, una escritora que yo misma había devorado durante años cuando era pequeña. El recuerdo me dio mucha ternura y, sin pensarlo dos veces, exclamé:

—¡Beatrix Potter! Me encanta esa autora.

Pero a la señora McNeil no le gustó mi intervención. Me miró seria e impasible, igual que sus hijas, que tampoco reaccionaron a mi comentario. No sabía quién era más rara de las tres. Me parecía todo demasiado serio, demasiado formal. No encontraba rastro de una infancia convencional, sino todo lo contrario. Al menos no observaba violencia, pero reconozco que me entristecía soberanamente que fueran tan desmesuradamente disciplinadas.

—¿Has traído la agenda?

—Sí, aquí está —respondí extendiéndole la libreta.

—No, no, quédatela. Busca a Rhona y llámala. Es la secretaria de mi marido. Él seguramente esté reunido y no le quiero molestar. Habla con ella y averigua a qué hora volverá a casa.

—De acuerdo, señora.

Saqué mi móvil del bolsillo y comencé a teclear.

—Harper, sal de la habitación para hacer llamadas. ¿No ves que las niñas están leyendo?

Obedecí y me alejé lo suficiente como para que no escucharan ni un simple murmullo. Me dirigí al lado opuesto del pasillo y me apoyé en la esquina que daba paso al ala matrimonial de la casa. Encendí una de las luces del pasillo para no estar en completa penumbra y esperé mientras oía el tono de llamada.

—Despacho del señor McNeil, le atiende Rhona, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, Rhona. Me llamo Harper, soy la nueva asistente de la señora McNeil y le llamaba porque me gustaría saber a qué hora volverá el señor hoy.

—Disculpe, señorita, pero nadie me ha dicho que la señora tenga una asistente, así que, como comprenderá, no puedo darle esa

información.

—Puede preguntárselo al señor, si quiere.

—No puedo molestarle ahora mismo, está reunido.

—Entiendo, de verdad que lo entiendo; pero es que es muy importante que me facilite esta información. Su mujer necesita saber a qué hora estará de vuelta o me buscaré un problema con ella.

—¿Puede decirle a la señora que se ponga? Solo si me lo pide ella misma sabré que no es una desconocida cualquiera.

—No puedo hacer eso, Rhona. La señora está con sus hijas y no quiere que la molesten.

—Siento mucho no poder ayudarla. Que pase una buena tarde.

Y me colgó.

Ahora me tocaba reunir el valor necesario para volver a la habitación a explicarle a la estirada de mi jefa que no había sido capaz de ayudarla con la primera cosa que me pide. Fantástico. Ensayé la conversación en mi cabeza y volví lentamente a la habitación de Edith. Miré la hora y me di cuenta de que estarían a punto de bajar a cenar, así que me di prisa. Encontré la puerta de la habitación cerrada, por lo que la golpeé suavemente con los nudillos hasta que la señora respondió desde el otro lado.

—Pasa. —La encontré sentada en una mecedora en la esquina de la habitación de Edith, leyendo su propio libro mientras sus hijas acababan los suyos—. ¿Y bien?

—Señora, Rhona me ha dicho que sigue reunido y no ha sabido decirme una hora exacta.

Tardó en responder y yo me temí lo peor. Había sonado convincente, pero ni la más razonable de las respuestas parecía ser válida para esa mujer.

—De acuerdo, gracias, Harper.

¡Vaya, qué sorpresa! Una respuesta amable por fin. Sonreí satisfecha y esperé órdenes.

—Estamos a punto de bajar a cenar. ¿Puedes avisar a Margaret y, después, preparar el baño de las niñas? Recuerda que el agua esté tibia, por favor. Vierte un poco de jabón cuando la bañera esté casi

llena. No te pases, no quiero que sea la fiesta de la espuma. ¡Ah! Y cuelga sus albornoces del toallero para que estén calientes cuando los vayan a usar.

—Sí, señora —respondí devolviéndole su agenda.

Me estaba empezando a sentir bastante ridícula. «Sí, señora» para arriba, «sí, señora» para abajo... Casi seis años estudiando Medicina para acabar a la merced de una mujer desagradable, caprichosa y mandona. No llevaba ni una tarde entera y ya empezaba a pensar que no me iba a merecer la pena. De todas formas, tampoco se me estaba permitiendo pasar tiempo con ella, por lo que las horas de conversación que me había imaginado empezaban a intuirse más bien imposibles. Es cierto que su personalidad hablaba por sí sola y que podría conseguir un diagnóstico inicial con cierta facilidad, pero no sabía hasta qué punto eso sería sostenible de cara a hacerlo con exactitud.

Bajé a la cocina, avisé a Margaret y volví a subir para hacer lo que me había pedido. El baño, localizado entre las dos habitaciones de las niñas, era tan bonito como el resto de la casa, pero algo más jovial y alegre. Todo era blanco, incluso el suelo. Había un espejo enorme sobre un lavabo doble, una esterilla rosa a juego con los albornoces, y hasta una colección de patitos de goma de lo más divertidos que, sin duda, serían mucho más útiles si no estuvieran bajo llave en una vitrina. Llené la bañera de agua, esperando que su concepto de «tibia» coincidiera con el mío. Colgué los albornoces del toallero, preparé la esterilla y apoyé mis rodillas sobre ella para verter un poco de gel.

Al cabo de pocos minutos, escuché los pasos de la señora McNeil acercarse. Las niñas se quedaron fuera, sujetas a las manos de su madre, que me pidió que esperara abajo mientras ella les daba el baño.

—Es que a Poppy no le gusta que la miren mientras está en el agua —añadió Edith.

—Por supuesto, os dejo solas —respondí—. Estaré en la cocina con Margaret.

Volví en busca de la interna, esperando que esa fuera la última vez en ese día que bajaba esas escaleras para volver a subirlas. No tuve suerte, pues cuando las niñas aparecieron en la cocina, ya con sus pijamas a juego, la señora me pidió que preparara sus camas y que aprovechara para volver a llamar a Rhona. «Sí, señora», otra vez. Empezaba a parecerme muchísimo a las criadas de *Downton Abbey*, solo me faltaba el vestido negro hasta los tobillos, el delantal blanco, los puños, la cofia y los zapatos eduardianos.

Una vez hube deshecho las camas por una esquina y encendido las lámparas de luz tenue que ambas tenían en la estantería más cercana a la puerta, volví a llamar a la secretaria.

—Despacho del señor McNeil, le atiende Rhona, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, Rhona. Disculpe que la moleste otra vez, soy la asistente de la señora. ¿Sería tan amable de decirme si el señor McNeil está ya de camino a casa? Su mujer insiste, se lo pido por favor.

—Otra vez tú... Por el amor de Dios, niña, deja de molestar. Ya te he dicho que no estoy autorizada a dar esa información a desconocidos.

—Le digo que soy empleada de la familia. ¿Cómo puedo demostrárselo? ¿Quizás si le describo su casa...?

Y me volvió a colgar, dejándome con la palabra en la boca. Podía entender sus razones, pero no había necesidad de ser tan desagradable. Me frustré mucho, pero intuí que no había mucho más que pudiera hacer. Llevaba esperando un buen rato y no sabía qué podía hacer, así que me senté en uno de los escalones. Había un silencio sepulcral. Un silencio denso, como si la casa contuviera la respiración.

Mientras observaba el papel de las paredes, la oscuridad de los pasillos entre los que me encontraba y la decoración austera de una casa que parecía del siglo pasado, escuché algo. No era un sonido demasiado claro, más bien parecía una irregularidad en el silencio. Poco a poco comenzó a ser más notable y percibí que llevaba un compás. Como si alguien estuviera golpeando algún trozo de madera

con la mano abierta. Pensé que habría empezado a llover y que lo que estaba escuchando no era más que el agua contra las ventanas, cada vez más abundante. Aun así, haciendo gala de la curiosidad que siempre me ha llevado a indagarlo todo, seguí el ruido por el pasillo que llevaba a la habitación de las niñas.

Lo recorrí hacia el fondo mientras me quedaba claro que cada vez se parecía menos al ruido de la lluvia. Corroboré mi sospecha cuando, desde donde me encontraba, observé a través de la ventana de Poppy que, efectivamente, no llovía. Las casas antiguas crujen, me dije, y seguí hasta el final. De frente, me encontré con una puerta que no recordaba haber visto antes. Estaba cerrada y había una llave colocada en la cerradura. Me picó la curiosidad y estuve a punto de girarla cuando sentí un roce en la nuca. Fue como el desplazamiento del aire que deja alguien al pasar demasiado cerca. Me giré de golpe, pero no había nadie. Solo la luz intermitente de una lámpara adosada a la pared que, hasta entonces había funcionado con normalidad. En ese momento, la puerta de la habitación de Poppy emitió un crujido oxidado. En ese punto ya estaba empezando a asustarme, así que me quedé inmóvil, esperando reunir el valor para volver a las escaleras. Sentía que no quería dar la espalda a la misteriosa habitación del final, así que volví lentamente, mirando hacia atrás con cada paso que daba. Cuando alcancé el umbral de la habitación de Poppy, la puerta se cerró despacio. Volví a quedarme de piedra y el silencio regresó, más espeso que antes, más cargado. Por primera vez, comprendí que estaba sola. Y la casa lo sabía.

Pasé por delante de la puerta de Poppy rápidamente y, cuando llegué a la de Edith, casi me doy de bruces con la señora, que salía de esta con cuidado.

—¡Harper, qué susto me has dado! —exclamó tapándose la boca con una mano.

—Discúlpeme, señora. No las he oído subir.

—Puedes irte a casa —ordenó acompañándome hasta el principio de la escalera.

—Gracias, señora, aunque si necesita algo más, yo...

—Todo controlado. Nos vemos mañana a la misma hora.

Mientras recorría el jardín de camino a la salida de la finca, observé la casa, ya bañada por la oscuridad de la noche. Había algo en ella que no me inspiraba seguridad. Escudriñé las ventanas cuyos cristales, en completa oscuridad, parecían ocultar a algún espectador. De camino al autobús, llamé al doctor Campbell.

—¿Sí? —respondió enseguida.

—Buenas noches, doctor. Soy Harper. —Ya habíamos hablado por teléfono, pero dado el despiste que parecía caracterizarle, consideré necesaria la aclaración.

—¡Harper! ¿Qué tal el primer día?

—Bueno, no muy bien...

—¿Ha sucedido algo? —preguntó con curiosidad.

—No, nada, es solo que no he tenido mucho tiempo para observar a la señora. Solo me daba órdenes que implicaban que me alejara de ella y, claro, así es imposible hablar. Me temo que, como esta sea la tónica habitual, no podré serle de gran ayuda. Ni a usted, ni a su marido ni a ella.

—Bueno, no tengas prisa. Despacito y con buena letra, Harper. Seguro que encuentras el momento, pero no seas demasiado evidente, ¿sí? Es una mujer muy inteligente, no la subestimes.

—Descuide.

Aproveché el trayecto en autobús para hacer algunas anotaciones. Quería tener algo más que contarle al día siguiente, así que hice memoria y recopilé toda la información que mis prematuros conocimientos en psiquiatría almacenaron esa tarde:

Observación conductual:

—*Postura corporal rígida.*

—*Contacto visual sostenido, a ratos intenso.*

—*Se percibe esfuerzo consciente por mantener el control.*

—*Lenguaje fluido, bien articulado.*

—*Razonamiento lógico y coherente.*

—No se observan alteraciones formales del curso del pensamiento.

Releí lo escrito y me di cuenta de que no era mucho más que lo que el doctor me había dicho de ella previamente. Confiaba en contar con algo más de material conforme avanzaran las semanas, si es que aguantaba tanto. Todavía en ese momento me fascinaba la idea, pero no podía negar que el trabajo iba a ser más difícil de lo que había imaginado.

La siguiente llamada que hice fue a Callum. No obtuve respuesta, así que no insistí. Luego recordé que a esa hora estaría entrenando. Era jugador de *rugby* en el club de Aberdeen y, dado que estaban a las puertas de un torneo nacional importante, pasaba muchas horas preparándose durante esas semanas. Era tarde, pero bajé en Princes Street para caminar. Necesitaba despejarme, pues había sido un día largo y denso, así que pensé que nada me vendría mejor que un poco de aire fresco antes de volver a encerrarme en la residencia.

Cuando llegué, no encontré a Greta. Me extrañó, pues era una chica muy disciplinada y los horarios, para ella, eran intocables entre semana. Madrugaba mucho para ir a clase y, si no me fallaban los cálculos, para cuando yo volví a la habitación, ya debería estar en la cama. No fue el caso. Revisé mi móvil, por si me había escrito avisándome o contándome que llegaría tarde, pero no lo había hecho. Le escribí, pero no contestó. Intenté mantenerme despierta hasta obtener señales de vida de mi compañera, pero no hubo suerte. Estaba agotada y me quedé dormida con la lamparilla todavía encendida.



Toma de contacto



A la mañana siguiente, mi despertador no sonó, pero el de Greta sí. Fue un alivio amanecer sabiendo que estaba ahí, sana y salva. El sonido retumbaba en las cuatro paredes de la habitación, pero nadie lo apagaba. Fue entonces cuando me incorporé para comprobar que mi compañera no estaba en su cama, aunque esta estaba deshecha. Me dirigí al baño, cuya puerta encontré cerrada, y di tres golpes suaves.

—¿Greta?

—¡Harper! —contestó desde el otro lado—. Enseguida salgo.

La encontré hecha polvo. Tenía el pelo enmarañado, unas ojeras que le llegaban hasta el suelo y se había puesto el pijama al revés. Me contó que había trasnochado, que estaba intentando integrarse en uno de los grupos de clase y que se le fue el santo al cielo en el pub la noche anterior. Le dije que me había preocupado y que hubiera estado bien un mensaje dando señales de vida. Se disculpó y se dirigió a su armario para vestirse. Olía a alcohol que echaba para atrás, pero ni la peor de las resacas podría impedir que una persona tan aplicada como Greta se saltara una sola clase. Sin embargo, no tenía muchas ganas de hablar. Ni siquiera me preguntó por mi primer día en casa de los McNeil, cosa que ya me pareció

preocupante a otro nivel. Por alguna razón, el silencio se volvió tenso y, aunque llevábamos poco tiempo siendo amigas, se me hizo extraño. Estaba a punto de contárselo todo igualmente, pero una llamada de Callum pospuso mi voluntad de hacerlo.

—Es Callum —dije con una sonrisita tonta.

Greta me la devolvió a desgana. Respondí y estuve hablando con él el tiempo suficiente como para que mi compañera tuviera que irse a clase. Nos despedimos haciendo un gesto con la cabeza y, cuando intuí que ya se habría alejado lo suficiente, se lo conté a Callum.

—Greta está rarísima...

—¿Sí? ¿Qué le pasa?

—Ojalá lo supiera. No sé a qué hora llegó anoche, no la oí, pero esta mañana tenía un aspecto horroroso. Apestaba a alcohol.

—Se llama resaca, Harper.

—¿Y la resaca enmudece? Porque yo pensaba que a esta niña no la callaba ni una alarma de incendios y no ha dicho más de tres frases completas hoy.

—Dale unas horas. Seguro que cuando os reencontréis esta tarde vas a desear que vuelva a reinar el silencio.

Me reí porque tenía razón. Greta era intensa, imprudente a veces, pero me gustaba así. Es cierto que no la conocía lo suficiente como para saber que había algo más allá de una molesta intoxicación de ginebra, pero algo me decía que me faltaba información. En cualquier caso, tenía que ponerme a estudiar, así que me despedí de Callum, me vestí y me senté en mi escritorio frente al culpable de que una de las maletas que traje duplicara su peso, el libro de anatomía. Me pasé toda la mañana haciendo esquemas e intentando retener conocimientos que, de vez en cuando, se contaminaban con imágenes de la señora McNeil, de la casa, de sus hijas y de la voz del doctor Campbell al otro lado del teléfono la noche anterior.

Tras las dos clases que tenía ese día, repetí el ritual que me acompañaría durante semanas desde aquella tarde. Compré un sándwich para llevar, me lo comí de camino al autobús en dirección a Morningside y bajé dos paradas antes para caminar pues, de lo

contrario, llegaría demasiado pronto. En el trayecto, me crucé con varios niños que, por el uniforme, intuí que compartían colegio con Edith y Poppy. Fue entonces cuando caí en que, quizás, ellas también acababan de salir. No me equivocaba. Al otro lado de la calle que estaba a punto de cruzar, vi a la señora McNeil con las dos niñas. Una a cada lado, de la mano de su madre, caminando a paso acelerado en dirección a la casa. Yo también aceleré para alcanzarlas. Llovía con fuerza, así que tuve que elevar el tono.

—¡Señora McNeil! —exclamé cuando ya me encontraba a una distancia prudencial.

—¡Harper, menos mal que has llegado pronto hoy! —afirmó aliviada, pero con un tonito que me pareció más un dardo por haber llegado tarde el primer día—. ¿Puedes llevártelas a casa? Tengo que ir a hacer unos recados antes de que cierren

—¡Claro, yo me encargo!

Las niñas se desprendieron de las manos de su madre y cogieron las mías con fuerza. Hacía frío y no llevaban guantes, así que las tenían congeladas. Antes de irse, la señora McNeil me dijo que Margaret se encontraba indispuesta y me pidió que no la molestáramos salvo que fuera estrictamente necesario.

—Cuando lleguéis, acompañañas a su habitación. Que jueguen un rato en lo que yo vuelvo. Tú quédate fuera, en el pasillo, pero no dejes que cierren la puerta. Coge un taburete del salón y obsérvalas desde ahí, ¿entendido?

Asentí con recelo, molesta por la forma en que desconfiaba de mí. Pensé que, si tan preocupada estaba, podría llevarse a las niñas con ella y dejarme en paz. No lo hizo y se marchó por donde yo acababa de llegar. Las tres esperamos a que doblara la esquina y yo me di cuenta de que todo el mundo la miraba. Incluso el más distraído de los transeúntes se paraba en seco. Los que paseaban por la acera de enfrente, algún que otro conductor de autobús, la dueña de la cafetería, la madre de unos niños que volvían del colegio... La señora debía de ser algo así como una celebridad en Morningside. He de decir que su vestimenta tampoco ayudaba a que pasara

desapercibida, la verdad. Recuerdo perfectamente que ese día llevaba un abrigo de terciopelo negro hasta los pies, unos pendientes de perlas demasiado vistosos y unos zapatos de tacón que golpeaban el asfalto con fuerza, como si fuera consciente de que la observaban y se hubiera propuesto que nada de eso la amedrentara.

Cuando perdí de vista a la mujer cuya presencia me inspiraba temor y ternura a partes iguales, continuamos nuestro camino a casa. Las niñas soltaron mis manos en cuanto su madre dejó de mirar, pero ya veíamos la casa desde el paso de peatones y no insistí. De todas formas, ya eran mayorcitas. Ojalá su madre también se diera cuenta de eso. Decidí entablar conversación con ellas, pero no tuve suerte. Asentían o negaban y poco más. La comunicación entre nosotras no fluía y, de nuevo, decidí no resultar pesada. Alcanzamos el jardín frontal a los pocos minutos y, antes de entrar, saqué mi móvil del bolso para ponerlo en silencio. Vi un mensaje de Callum, así que lo leí rápidamente y, cuando alcé la vista, Edith empujaba a Poppy, que se había quedado mirando el estanque que había a nuestra izquierda. La lluvia era intensa y las tres nos estábamos empapando, así que guardé de nuevo el teléfono y entramos.

Las ayudé con las mochilas, que coloqué en un perchero que había en la entrada, y las niñas comenzaron a subir por las escaleras. Las imité y, de camino, paré en el salón del que su madre me había dicho que cogiera un taburete. Para cuando lo coloqué en el pasillo, adosado a la pared que separaba las habitaciones de las pequeñas, ya estaban jugando. No hacían ruido, ni siquiera hablaban entre ellas. Tal y como la señora McNeil me dijo el primer día, Poppy toqueteaba una cocinita mientras que Edith empezaba un puzzle de más de mil piezas. No tardé en empezar a aburrirme y esperaba que su madre fuera una mujer de palabra y volviera pronto. De vez en cuando me asomaba para comprobar que estuvieran bien y suspiraba bajito, para que no me escucharan.

Transcurrieron unos cuarenta minutos hasta que escuché los inconfundibles taconazos de la jefa. Llegó acalorada e impaciente por ver a sus niñas que, seguramente, era la primera vez que se

quedaban a cargo de alguien que no era ella. Ni me saludó. Pasó por delante de donde me encontraba, consiguiendo que mi sonrisa de cortesía resultara estúpida, y entró en ambas habitaciones. Primero en la de Poppy, un beso, luego en la de Edith, otro beso y, al salir, por fin dejé de ser invisible.

—Harper, he llegado a tiempo a la pescadería, pero necesitaba comprar algunas cosas más. Me quedo yo con las niñas y vas tú —decidió con tono dictatorial.

—Claro, para eso estoy, ¿qué necesita?

No la entendía. ¿No podríamos habernos organizado así desde el principio? Al final me iba a volver loca, estaba segura.

—Ve al supermercado de la esquina, el que está en la calle principal, y compra pan, queso en lonchas, dos calabacines y pasta, por favor. Pasta normal, no las rellenas esas que vete tú a saber qué llevan realmente —aclaró rindiendo tributo, una vez más, a su obsesión por el control—. Apúntatelo, así no se te olvida. A la vuelta, si te da tiempo y todavía no han cerrado, entra en la floristería y dile a la señora Anderson que vas de mi parte. Ella sabrá qué flores darte.

—Entendido, señora —contesté mientras terminaba de apuntarlo todo en mi móvil—. No tardaré.

De camino a la salida de la casa, me encontré con el señor McNeil. Venía de la zona en la que se encontraba su despacho, por lo que deduje que ese día trabajaba ahí. Al principio creí que fue un encuentro casual, pero por cómo se dirigió a mí, terminé deduciendo que salió en mi busca en cuanto escuchó mis pasos.

—¡Harper! ¿Dónde vas?

—Hola, señor McNeil. Voy al supermercado y a la floristería. Su mujer me ha pedido que haga unos recados.

—¿Ella está en casa?

—Sí, está arriba, en la habitación de las niñas.

—¿Cómo la ves, Harper? ¿Crees que podrás ayudarnos?

—No he tenido ocasión para conversar con ella demasiado, señor, pero estoy segura de que encontraré el momento. Solo necesito más tiempo.

—¿Te ha contado algo significativo en estos dos días?

—Como le digo, apenas hemos hablado. Solo hago lo que me pide y casi siempre implica separarme de ella.

—Entiendo, sí... Bueno, cualquier cosa que necesites, me avisas.

—Intentaré que no sea necesario molestarle. —Y, antes de que se girara, añadí—: Por cierto, señor McNeil, ¿le importaría comunicarle a su secretaria que trabajo para su mujer?

—¿A Rhona? —preguntó incrédulo, pues claramente desconocía en qué momento me había comunicado yo con ella.

Asentí.

—Claro, lo haré.

Sin más dilación, salí por la puerta principal. Notaba cómo él me observaba alejarme. Cerré la puerta con cuidado y aceleré el paso, pues la lluvia se había vuelto más intensa y no quería volver empapada.

Regresé casi media hora después, con una bolsa de papel destrozada por el agua y un ramo de peonías blancas. Debían de ser las favoritas de la señora y me encantó averiguar que, por fin, teníamos algo en común. Coloqué la comida en su sitio y creí que sería buena idea buscar un jarrón en el que poner las flores a remojo. Dado que todavía tenía tiempo hasta que a las niñas les tocara cenar, me recreé en la tarea. A mi madre le encantaba tener la casa llena de flores y, aunque se encargaba ella, llevaba años observando cómo hacía los arreglos más bonitos en un santiamén. Llené una vasija de porcelana con agua, corté los tallos a la altura perfecta y coloqué las peonías de la forma más bonita que supe. Estaba orgullosa, así que saqué mi móvil para hacerle una foto y se la envié a mi madre.

Poco después de terminar, escuché un murmullo al otro lado de la puerta de la cocina. El matrimonio intercambió una conversación corta que, dado el grosor de la puerta que nos separaba, no logré oír con precisión. Solo descifré algo así como «volveré tarde». Después, los tacones de la señora me indicaron que se acercaba a la cocina, así que me aparté de la puerta lo suficiente como para que no pudiera sospechar que husmeaba tras ella. Sonreí cuando nuestras miradas

se cruzaron, pero la suya se desvió rápidamente hacia las flores, que había colocado en la isla de mármol segundos antes.

—¿Qué narices has hecho? —preguntó con un tono que cambió mi semblante.

—Yo... Pensé que le gustaría poner las flores a remojo y... —no supe cómo seguir.

—¿Te he dicho yo acaso que hagas eso? ¡Quería las flores en su envoltorio! ¡No son para mí, joder! —exclamó alzando la voz y emitiendo la primera y última palabrota que le escuché jamás.

—¡Ay, Dios mío! —respondí, tapándome la boca con las dos manos—. No sabe cuánto lo siento, señora. No tenía ni idea, yo solo quería ayudar.

—Da igual —respondió mirando hacia otro lado. Acto seguido, volvió a su elegante y habitual tono—. Las niñas están terminando de leer. Voy a prepararles la cena. ¿Tú sabes cocinar?

—No es mi punto fuerte —contesté, cansada de intentar ser perfecta para una mujer difícil de contentar en cualquier caso—. Pero mi abuelo cocina genial y siempre me ha encantado ser su pinche. Seguro que se me ha pegado algo.

—¿No tienes abuela? —quiso saber mientras me extendía un calabacín y un cuchillo para que lo cortara en rodajas.

—Sí, pero la pobre está... Está mayor. El abuelo cuida de ella desde hace mucho tiempo y, en general, se encarga de todo, el pobre.

—¿Demencia?

—Sí, eso creo. Ha tenido una vida... complicada —le conté sin querer entrar demasiado en detalles salvo que ella quisiera indagar.

No me importaba hablar de mi familia. Es más, me pareció buena idea de cara a entablar una conversación más cálida con esa mujer, pero había aprendido que la imprudencia no era de su agrado, así que me mantuve todo lo formal que supe frente a una historia que, en realidad, no me molestaba compartir. Sorprendentemente, y contra cualquier pronóstico, sí parecía querer saber más.

—¿Y tu abuelo? ¿Él no ha tenido una vida complicada?

—Desde luego que sí, pero él ha sabido sobreponerse a la adversidad, supongo. Es la persona más buena que conozco. Siempre está alegre, aunque a veces le duela el corazón. Protege a mi abuela de una forma tan bonita...

—La merluza.

—¿Cómo?

—Que me pases la merluza —me pidió negándome la primera oportunidad que tenía de acercarme a ella a nivel personal.

El resto del tiempo lo pasamos en silencio. Hicimos pescado al horno con verduras sin más conversación que la imprescindible para pasarnos utensilios de cocina. Mientras esperábamos a que la cena estuviera lista, ambas lavábamos toda la vajilla utilizada y pusimos la mesa con dos platos, uno para cada hija. Cuando la alarma del horno nos avisó de que ya había terminado, me pidió que emplatará mientras ella acudía a por sus hijas. Obedecí y añadí la misma cantidad en uno y en otro. La puerta volvió a abrirse y justo cuando esperaba encontrar a las niñas, solamente volvió ella. Estaba acalorada y ansiosa.

—¡Harper! ¿Y las niñas? ¿Las has visto?

—No, señora, no me he movido de aquí.

—No están en su habitación —sentenció como si fuera mi culpa o algo parecido.

—Probablemente están jugando al escondite, no se preocupe. Llámelas y seguro que vuelven —procuré tranquilizarla.

—Tienen prohibido jugar al escondite.

Ellas no podían jugar al escondite y yo tenía que dejar de jugar con fuego si no quería caerle peor. Si es que eso era posible. Me pidió que yo buscara por el piso superior. Piso que, aseguraba, ya había recorrido sin éxito. Ella se quedó abajo. Subí las escaleras rápidamente y no fue hasta que alcancé el final que comencé a llamarlas.

—¿Poppy? ¿Edith?

Nada. Otra vez ese denso e incómodo silencio. Lo rompí pronunciando sus nombres una y otra vez. Cada vez que entraba en

una habitación, cada vez que volvía al pasillo, cada vez que encontraba una puerta cerrada cuyo pomo jamás me hubiera atrevido a girar.

—¡Poppy! ¡Edith! —insistí cuando llegué al final del pasillo.

Otra vez esa puerta. Era diferente a las demás. Más robusta, más antigua... Juro que casi parecía que no perteneciera a la casa. Era como si fuera un objeto traído de otra vivienda y colocado ahí por error. Me fijé en que ya no estaba la llave que ocupaba la cerradura el día anterior. No estaba segura de si eso significaba que antes estaba abierta y ahora cerrada o al revés, pero desde luego que no iba a comprobarlo. Lo que sí hice, no sin dudar antes, fue pegar la oreja a la estructura de madera, esperando descubrir a las niñas haciendo, por fin, una travesura digna de su edad. Casi me da un infarto cuando, al apoyar un lado de la cara con algo más de fuerza, se abrió emitiendo un sonido oxidado. No se abrió mucho; solo se quedó entornada.

Retrocedí unos pasos. No había luz dentro de esa habitación y dudaba que se encontraran ahí, pero volví a llamarlas por si acaso. Esa vez más despacio, casi en forma de susurro. Me quedé en completo silencio, esperando escuchar algo desde el otro lado y, entonces, lo conseguí. Era como el roce de tela contra tela. Sonaba, paraba, sonaba, paraba. Como si alguien estuviera caminando, luego parando, caminando otra vez, parando de nuevo. Me rebelé contra la irracionalidad de mi temor por la absurda habitación y coloqué mi mano sobre el pomo de porcelana blanca que, a diferencia del resto de la casa, no estaba frío. Alguien lo había tocado antes que yo y no hacía mucho.

—Chicas, no tiene gracia. Si estáis jugando, os pido que paréis. Vuestra madre está preocupada y yo...

Dejé de hablar cuando, de nuevo, una ligera brisa me recorrió la columna. Me giré para observar el pasillo al que daba la espalda, que de repente parecía más largo. Dos de las lámparas adosadas sobre el papel de las paredes comenzaron a parpadear sin ritmo, pero con velocidad. En ese punto casi podía escuchar mi corazón suplicando

salir de mi pecho y, justo después, un sonido húmedo, apenas perceptible... Una respiración. Una respiración irregular, demasiado larga en la exhalación. Como si quien respirara estuviera imitando la manera de hacerlo. Lejos de asustarme más de lo que ya estaba, me revelé contra mis propios miedos. Me convencí de que estaba sugestionada y de que no podía permitir que una simple casa me condicionara tanto, así que comencé a andar de vuelta a las escaleras, decidida pero algo incómoda por dar la espalda a la maldita puerta del final.

Pasé por delante de la habitación de las niñas, que ya había revisado previamente, y me detuve dos o tres pasos más adelante cuando juro que escuché algo así como: «Es ella» y, acto seguido, un «shhh».

Me armé de valor, volví sobre mis pasos para llegar al cuarto de Edith y casi me da un infarto cuando una figura, oscura dada la falta de luz en el interior, se acercó hasta donde yo estaba.

—¡Shhhhhh! —era la señora McNeil.

—Señora, ¿ha encontrado a las niñas? —pregunté procurando que no se me notara que me faltaba el aliento.

—Están durmiendo, Harper —contestó señalando la figura de Edith bajo el edredón de rombos—. Vete a casa, es tarde.

Estaba en *shock*. ¿Cómo era posible? Si acababa de pasar por ahí minutos antes. Si había estado al final del pasillo todo el tiempo. ¿Tan sigilosas eran que no las había oído llegar? ¿A ninguna de las tres? Y, sobre todo, ¿tan mala era esa mujer que no había tenido la decencia de avisarme de que ya las había encontrado para que, como mínimo, dejara de hablar con los fantasmas de su puñetera casa? Estaba enfadada, muy enfadada.

Abandoné la casa rápidamente, recreándome en el gusto de cerrar la puerta principal con algo más de fuerza de lo que a ella le gustaría. Me la imaginé frunciendo el ceño desde arriba, echando humo por las orejas y preparando la ofensiva verbal que me lanzaría al día siguiente. Sin embargo, mientras abandonaba la finca, me giré y la encontré observándome por la ventana. Estaba de pie frente a ella,

con las manos entrelazadas, el semblante tranquilo, como si estuviera en paz. Le dije adiós con la mano y ella respondió asintiendo justo antes de girarse para desaparecer de mi vista.



Recuerdo que ese día necesitaba ser escuchada. Escribí a Callum, que no contestó, y pensé que mi madre ya estaría dormida. Solo me quedaba Greta. Cuando crucé la puerta de nuestra habitación, la encontré durmiendo. «Mierda», me dije. Sentía que tanta información no me dejaría dormir, y antes de desvestirme, decidí añadir todo lo aprendido a mis primeras anotaciones antes de que olvidara algo. Encendí la lámpara que había en mi mesilla, modulé la intensidad para no despertar a mi compañera y comencé a escribir:

Afecto y estado de ánimo:

- Afecto restringido.*
- Actitud defensiva.*
- Escasa resonancia emocional con los temas tratados (salvo que impliquen a sus hijas).*
- Estado de ánimo aparentemente eutímico, aunque con claros rasgos de frialdad afectiva.*
- Posible hipomanía subclínica: elevada energía mental, rapidez en la toma de decisiones...*

Conducta observable:

- Comportamiento controlado y calculado.
- Alta tolerancia a la ambigüedad y al silencio.
- Tendencia a la anticipación y a la planificación.
- Rasgos de hiperautocontrol.

Rasgos de personalidad:

- Predominio de rasgos obsesivo-compulsivos y posibles rasgos narcisistas (control, autosuficiencia emocional, distancia interpersonal...).
- Dificultad para encontrar intimidad emocional.

Impresión diagnóstica preliminar (no concluyente):

- Funcionamiento global alto.
- No hay criterios claros de trastorno psicótico ni afectivo mayor.
- Considerar evaluación longitudinal para descartar trastorno del estado de ánimo en espectro bipolar (hipomanía leve) vs. patrón estable de personalidad.

Plan de acción:

Profundizar en historia evolutiva, relaciones interpersonales y respuestas al estrés. Evaluar variabilidad afectiva en distintos contextos y presencia de conductas de riesgo.

Nota: observación limitada; conclusiones sujetas a reevaluación clínica.

Por suerte, al día siguiente tenía clase con el doctor Campbell, al que abordé cuando terminó la lección.

—Doctor Campbell, ¿podemos hablar?

—Harper, ahora no. Tengo prisa —contestó mientras guardaba sus carpetas en el sobrio maletín de piel que siempre le acompañaba. Ignoré su respuesta e insistí.

—Tengo un análisis preliminar sobre la señora McNeil y me gustaría que le echara un vistazo.

Me había tomado la molestia de imprimir mis anotaciones, que extendí, de nuevo, reclamando su atención.

—Ven al hospital cuando termines en la casa esta noche, ¿de acuerdo? Como te he dicho, ahora no tengo tiempo.

Y se fue. Entre él y mi «jefa-paciente» estaban consiguiendo que perdiera la fe en la humanidad. Menudo par de tarados. Es como si la vida no fuera con ellos, como si yo solo fuera una de esas figurantes de las películas a las que pagan para hacer de transeúntes invisibles tras los protagonistas. ¿Acaso no había sido él quien me había encargado la misión de tratar a la mujer de su amigo? Empecé a sentirme ridícula, como si hubiera jugado conmigo. No negaré que se me pasó por la cabeza abandonar, pues estaba claro que no me compensaba habitar una casa cuya energía me causaba tanto rechazo como su dueña. Me sentí patética mientras observaba las anotaciones que tan meticulosamente había elaborado la noche anterior. Fue entonces cuando decidí que no me vendría nada mal despejar mi mente unos días, reconectar con mi vocación, paradójicamente, alejándome de ella.

—Hola, cariño.

—Mamá —dije en cuanto escuché su voz al otro lado del teléfono—. Vuelvo a casa este finde, ¿vale?

—¡Qué ilusión! Estamos deseando verte, pero ¿va todo bien? —El sexto sentido maternal al habla.

—Sí, solo que... Os echo de menos —mentí.

Acto seguido, llamé a mi jefa. Estaba tan saturada que ni siquiera elaboré previamente mi discurso, palabra por palabra, como siempre hacía antes de dirigirme a ella:

—Señora McNeil, soy Harper.

—Sí, dime —contestó con la frialdad y la indiferencia con la que siempre me trataba.

—¿Le importa que me coja la tarde libre hoy? —pregunté firmemente, sin titubear—. He de volver a casa a Aberdeen...

—Como quieras.

Y colgó.

Estaba claro que le importaba bien poco. Miento, sí le importaba y me prefería lejos de su casa y de sus hijas. Ahora más que nunca, estaba convencida de que necesitaba poner tierra de por medio para ver las cosas con más perspectiva. Si el doctor Campbell había perdido el interés en nuestra «investigación» y a la señora a la que asistía le molestaba tanto mi presencia, tendría que replantearme mi situación. No avisé a Callum, quería que fuera sorpresa. Me salté la última clase y volví a la residencia para preparar una pequeña maleta de tres días. Por suerte, Greta se encontraba allí. La encontré en su escritorio, inmersa en un sinfín de apuntes subrayados con diferentes colores y, a simple vista, algo estresada por los exámenes de la semana siguiente.

—Hola, Greta —la saludé al entrar, tocándole el hombro derecho con cariño.

—Harper, pensaba que tenías clase.

—Y la tenía, pero me la voy a saltar. Necesito volver a casa este fin de semana.

El semblante de mi compañera cambió por completo. Intentó ocultarlo agachando la cabeza, pero no lo consiguió.

—Greta... —Me agaché al lado de su silla, buscando su mirada para tratar de comprender qué sucedía—. ¿Estás bien?

—Bueno, la verdad es que no —confesó por fin—. ¿Recuerdas que te conté que antes compartía piso con otras chicas de clase?

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Me están haciendo el vacío, las muy zorras. Intento hacerme hueco con otros grupos porque me siento muy sola, pero creo que nadie me soporta, Harper —me explicó mientras una lágrima pequeñita le recorría la mejilla izquierda—. ¿Soy insoportable? Dime la verdad.

—No eres insoportable, Greta... —Se quedó en silencio y no muy convencida con mi respuesta—. Mira, ¿sabes lo que siempre dice mi madre? Que nadie que realmente es feliz tiene tiempo para hacer

sentir mal a otra persona —afirmé, cogiéndola de la mano—. Así que no solo son unas zorras, sino que encima están amargadas. —Las dos nos reímos—. No dejes que te apaguen, no te lo mereces.

Ambas nos levantamos y me dio un abrazo. En ese momento, y sin haberlo pensado demasiado, lo tuve claro:

—¿Quieres venir a Aberdeen conmigo este finde? —sugerí.

—¡Ay no, no! No quiero molestar... —contestó secándose las lágrimas.

—Pero ¿qué dices? No molestas. Te estoy invitando yo.

—¿No les importará a tus padres?

—¡Qué va! Estarán encantados de conocerte.

Greta y yo preparamos nuestras cosas y pusimos rumbo a la estación de Waverley. Avisé a mi madre de mi llegada con acompañante durante el trayecto y, exactamente como esperaba, se alegró mucho. También escribí al doctor Campbell, con quien había quedado horas más tarde en su despacho.

Doctor Campbell, no podremos vernos esta tarde. He de volver a casa por motivos personales. Le veré el lunes si tiene un hueco.

Ok

Su contestación me confirmó, una vez más, su repentina indiferencia a nuestro acuerdo.

Cuando llegamos a Aberdeen, mi padre nos esperaba a la salida de la estación. Trajo consigo a Sophie, que se abalanzó a mis brazos en cuanto me vio. Me recreé en el abrazo con mi hermana pequeña a la que jamás pensé que echaría tanto de menos. Pregunté por Owen que, según me dijo mi padre, estaba jugando al *rugby*. Eso me recordó a Callum, a quien esperaba ver en algún momento, todavía no sabía cuándo. Estaba claro que no había pensado bien lo de Greta, que de repente se convirtió en un obstáculo para el reencuentro que llevaba semanas imaginando. Se la presenté a mi padre y a mi hermana, que la abrazaron con la calidez que esperaba, y volvimos a

casa entretenidos con el monólogo de Sophie, cuya verborrea competía fuertemente con la de mi compañera de habitación. No paró de hablar en todo el trayecto. Le contó a Greta que teníamos caballos, que le encantaba su acento inglés, que mamá y ella se habían ido de compras el día anterior y tenía un montón de vestidos nuevos, que Owen le había robado mi habitación porque lo habían echado a suertes y ella había perdido... Sorprendentemente, Greta escuchó atenta a mi hermana, cosa que pocas veces había hecho conmigo.

Mi madre había salido a tomar algo con sus amigas del club de tenis y no pude presentarle a Greta cuando llegamos a casa. Lo haría más tarde pues, aunque las dos estábamos exhaustas, decidimos animarnos y salir a tomar algo también. Mi compañera no conocía Aberdeen, así que aproveché para hacerle un *minitour* por el pequeño casco antiguo antes de ir a por unas pintas a The Lochside Inn. Le expliqué que lo fundaron mis abuelos, pero que nunca habíamos dejado de ir. Era como una segunda casa para mi familia, en parte, gracias al cariño que nos tenían los actuales dueños. Tardamos en llegar más de lo previsto, pues Greta se paraba cada dos por tres a hacer fotos. También tuve que hacerle unas cuantas bajo el monumento de Mercat Cross. Una vez satisfecha con el resultado, por fin llegamos al pub.

Era viernes y se notaba. Los toneles de la terraza estaban a rebosar de fumadores, que salían en grupo con sus cervezas en la mano, ajenos al frío invernal. Nos las apañamos para acceder al interior, que también estaba repleto de universitarios ociosos. Casi me da un vuelco el corazón cuando identifiqué unas cuantas camisetas del equipo de *rugby* al que pertenecía Callum. Las franjas rojas y blancas eran inconfundibles. Recorrí la sala con la mirada en su búsqueda, pero no le encontré. Sus colegas ocupaban la barra y varias mesas de la esquina en la que nosotros nos solíamos sentar. Eran muy escandalosos. Cantaban, reían, hablaban alto y bebían sin parar. Me resultó extraño que Callum no estuviera allí pues, si llevaban la

equipación puesta, seguramente venían del campo y él no se saltaba un solo entrenamiento.

Greta y yo nos sentamos en la mesa que más alejada estaba del barullo que habían formado y yo seguí buscándole. La dueña me interrumpió con un abrazo y se sentó con nosotras unos minutos para preguntarme por mi nueva vida universitaria en Edimburgo. Respondí todas sus preguntas desviando la mirada de vez en cuando, pues algo me decía que Callum estaba por allí, en alguna parte. La señora Cruz por fin me dejó en paz y se puso a hablar con Greta, la cual estaba mucho más por la labor de conversar en ese momento.

Me ausenté de la conversación cuando uno de los compañeros de equipo de Callum me miró. Casi se atraganta con la cerveza justo antes de dirigirse a otro de sus amigos, el cual también me miró sorprendido. Al principio pensé que le habría hablado de nosotros y que el cuchicheo se debía a que cotilleaban sobre lo que yo pensaba que solo él y yo sabíamos. Pero no, la que no tenía ni idea era yo y no tardé en entenderlo.

Al final de la sala, en una de nuestras mesas favoritas, por fin le encontré. Se reía, bebía cerveza y tenía una actitud evidentemente cariñosa con la chica que estaba sentada en sus piernas. Se me paró el corazón. Jamás me lo hubiera esperado. Y justo cuando pensaba que la escena no podía empeorar, la chica le robó un beso que el correspondió con efusividad.

—¿Qué vais a tomar, chicas? —preguntó la señora Cruz.

—Nada —contesté—. Nos vamos.

Tanto ella como Greta me miraron perplejas.

—Pero Harper, acabamos de llegar —replicó mi compañera.

—He dicho que nos vamos.

La cogí de la mano y me disculpé ante la dueña del pub, que seguía sin dar crédito. No sé si fue mi lenguaje corporal, claramente alterado por la situación, o el tono de voz de nuestra anfitriona, que casi lograba imponerse a la testosterona del ambiente; pero Callum me vio e intercambiamos una mirada que duró un escaso segundo. No quería hablar con él, así que me di prisa por alcanzar la puerta,

olvidando a mi acompañante por un momento. Y justo cuando estaba a punto de cruzar el umbral de un lugar al que no debí entrar esa noche, una mano sujetó mi brazo con fuerza.

—¡Harper! ¿Qué haces aquí? —preguntó Callum en un esfuerzo frustrado por hacer como si nada. Sin embargo, le conocía bien. Tuvo que tragar saliva varias veces, estaba pálido y la sombra de la culpabilidad eclipsaba su entusiasmo por verme.

—Suéltame —ordené con aparente tranquilidad.

Greta, que observaba la escena sin saber muy bien de qué se trataba, se interpuso.

—¿No la has oído? Te ha dicho que la sueltes.

Callum miró a Greta confuso, pero obedeció.

—Harper, no sé qué has visto, pero ¿podemos hablar?

—Tú y yo ya no tenemos nada de qué hablar.

—No sabía que venías, podrías haberme avisado...

—¿Que podría haberte avisado? —Me reí—. ¿Para qué, Callum? ¿Para comértela a besos en tu coche en vez de en un pub a la vista de todos? —Se quedó mudo—. Mira, venía a darte una sorpresa. Lo que no sabía es que la sorpresa me la iba a llevar yo. Y bien calentita, ¿eh?

—No habíamos... o sea, nunca dijimos que esto fuera... exclusivo.

—¿De verdad vas a ir por ahí?

—No estoy diciendo que no me importes. Me importas, ya lo sabes. Pero, joder, estás lejos, hablamos cuándo podemos, no sé qué somos...

—No tengo tiempo para esto —contesté justo antes de coger a Greta del brazo para largarnos. Pero Callum vino detrás.

—Harper, por favor... —insistió una última vez.

—¡Que te largues! —contestó Greta, que me echó el brazo por encima de los hombros mientras nos alejábamos de la puerta del pub.

Una vez nos hubimos apartado de la zona, me rompí. No lloré como una niña pequeña, pero sí permití que varios lagrimones cayeran por mis mejillas sin alterar mi expresión de enfado.

Sorprendentemente, Greta respetó el momento y se limitó a rodearme con sus brazos en silencio, validando unos sentimientos que no me hizo falta explicar. De hecho, no quise hablar del tema en ese momento. Pasados unos minutos, me esforcé por reponerme, me sequé las últimas lágrimas, respiré hondo y sugerí volver a casa.

El trayecto en autobús también fue silencioso, aunque de vez en cuando intentaba obviar lo sucedido explicándole alguna que otra cosa a Greta. Le enseñé el instituto al que había ido años antes cuando pasamos por la puerta, el centro comercial en el que solía hacer mis compras, la casa de una de mis mejores amigas de toda la vida... Tragaba saliva de vez en cuando, intentando deshacer el nudo de mi garganta para que, una vez en casa, tampoco allí tuviera que dar explicaciones.

Estaba rota de dolor, la verdad. Jamás me hubiera esperado eso de Callum. Al fin y al cabo, había sido mi mejor amigo varios años. Creía que le conocía lo suficiente como para poner la mano en el fuego por él. El sentimiento de traición era profundo, pero no tanto como el de pérdida. Pues no solo acababa de despedirme del que pensaba que sería mi nueva relación formal, sino, y, sobre todo, de mi número uno en todos los aspectos. Mi amigo, mi confidente, mi alma gemela, mi «sí a todo»... Hasta ahora.

Me gustó que mi madre hubiera vuelto a casa cuando llegamos. Le presenté a Greta, ganándome el Óscar a Mejor Actriz por lo bien que oculté mi estado de ánimo en ese momento, y cenamos todos juntos en la sala de estar. También estaba Owen, que no paraba de incidir en lo extraño que era el acento de mi compañera. A ella le hacía mucha gracia que mi hermano pequeño la considerara tan exótica y bromeaba con nuestro propio acento también.

En mi casa, la tradición de los viernes es cenar *pizza* y eso hicimos. Normalmente las preparábamos caseras, pero ese día mis padres las pidieron a domicilio. Todos comían con ganas, pero a mí no me entraba nada. Disimulé hablando sin parar mientras el resto engullía. Tanto que, salvo mi madre, nadie notó que apenas había probado bocado. En un momento, me cogió de la mano por debajo

de la mesa, me examinó con la mirada y yo le devolví una sonrisa que, aunque para cualquiera habría resultado convincente, no lo fue para ella.

Mi padre y mis hermanos se fueron a dormir cuando terminamos de ver una película en el salón, pero mi madre se quedó charlando con nosotras. Estaba agotada, se notaba mucho, pero decidió aguantar algo más para asegurarse de que estaba bien. Greta monopolizó la conversación. Mi madre nos sirvió una copa de vino a cada una y mi compañera aprovechó para contarle su vida primero y para hacerle un interrogatorio después.

—¿Siempre habéis vivido en Aberdeen? —le preguntó a mi madre.

—Siempre, de toda la vida.

—¿El papá de Harper también?

—No, él es de Fort William. Vino a Aberdeen a estudiar y se quedó. Los abuelos paternos de Harper siguen viviendo allí.

—¿Y los maternos? ¿Los conoceré? —quiso saber desviando la mirada en mi dirección.

—Claro, mañana te los presento —contesté con desgana—. Bueno, mi abuela está un poco ausente siempre. No te lo tomes como algo personal si no se muestra entusiasmada.

—¿Qué le pasa? ¿Está enferma?

—Sí... —respondimos mi madre y yo al unísono.

—Oh, vaya... Cuánto lo siento, señora Thompson.

—Llámame Victoria, Greta, por favor.

Mi compañera sonrió ante la calidez que le inspiraba mi madre e intuí que en su familia ese tipo de situaciones debían de ser mucho más frías. Dio un sorbo a su copa de vino y, justo cuando pensaba que por fin gozaríamos de algo de silencio, siguió con el cuestionario:

—¿Demencia? —adivinó.

—Demencia, sí —respondió mi madre, terminando su copa de un trago.

—¿Desde hace cuánto?

En ese momento, miré a mi madre como pidiéndole perdón. Tendría que haberla avisado de que mi nueva amiga podía llegar a

ser un poco imprudente. Sabía que era un tema sensible para mi familia y me resultó incómodo que mi madre se sintiera forzada a hablar tanto del tema. Sin embargo, no pareció molestarle y respondió a Greta con aparente naturalidad.

—Uf, ni me acuerdo. Hace muchos años que está así.

—Quizás hubo algún detonante que se os ha escapado...

—Por desgracia, no. No se nos ha escapado.

—¿Qué pasó?

Mi madre rellenó su copa y la de Greta, creando así un silencio que duró varios segundos y que aumentó mi nivel de incomodidad. Ni siquiera yo había sido capaz de hablar tanto de ese tema con ella en todos esos años. Reconozco que agradecí que mi madre estuviera por la labor de hablar esa noche pues, aunque me molestaba que una desconocida hurgara en la herida, sentía que a mí misma me faltaba información.

—Hace muchos años yo tenía dos hermanas. Una murió y la otra desapareció —dijo guardando la compostura.

—¡Ay, Dios mío, Victoria! No sabes cuánto lo siento... Debió de ser horrible.

—Lo fue... Isla, mi hermana mayor, tenía leucemia y falleció en 1982. A raíz de eso, el alma de mi madre se ausentó de su cuerpo para siempre. Antes era superdivertida, el abuelo de Harper siempre lo cuenta, ¿verdad? —dijo dirigiéndose a mí para hacerme partícipe de una conversación de la que yo solo quería ser espectadora por el momento.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Greta, que parecía estar escuchando la historia más interesante de su vida.

—Nada... Bueno, que se olvidó un poco de nosotras. Yo tuve que hacerme mayor muy pronto y entendí que estaba traumatizada, que ya no volvería a ser la misma, que le recordábamos a Isla constantemente... Ahora que soy madre la entiendo mejor, pero Charlotte... Charlotte nunca lo soportó.

—¿Charlotte era más pequeña que tú?

—No, éramos mellizas. Bueno, somos.

—¿No sabes nada de ella?

—Muy poco. Tengo su teléfono y nos hemos felicitado la Navidad algún que otro año, no todos. Solo sé que se mudó al sur y poco más.

—Quizás se haya casado y tenga hijos... ¿No tienes curiosidad por saber qué fue de ella? ¿No te apetece recuperar el vínculo?

—Se casó, sí. Es lo único que sé, pero nunca he sentido que ella esté predispuesta a recuperar nada, así que no me pienso esforzar —sentenció mi madre, que de repente se puso algo más seria.

Me vi reflejada en ella en ese momento. Su expresión denotaba enfado, traición. Siempre había sabido que lo que hizo Charlotte fue muy desestabilizante para ella; al fin y al cabo, era la única hermana que le quedaba. Perdió el apoyo de la persona que la conocía mejor que nadie y estoy convencida de que lo percibió como un acto egoísta. Nos parecíamos mucho mi madre y yo, por eso sé que eso fue exactamente lo que debió sentir. Es más, de repente, hice acopio de sus propios sentimientos y experimenté la necesidad de formar parte de la conversación.

—Greta, la estúpida de mi tía se largó en cuanto pudo. Abandonó a su madre porque estaba enfadada con ella, pero es que también dejó atrás a mi abuelo, quien nunca descuidó a sus hijas, y a mi madre, que la necesitaba, ¿verdad, mamá?

—Sí, yo entendí que quisiera irse de casa. Teníamos dieciocho años ya y era lo que tocaba, pero no de la forma en que lo hizo. No se despidió de nadie, no nos dejó un número de teléfono donde localizarla, no volvió en Navidad, no se esforzó por recuperar el contacto hasta que pasaron muchos años...

—¿Tampoco se despidió de ti? —demandó saber Greta.

—Me dio un abrazo la noche antes de partir y me dijo: «No seas tonta. ¿No ves que esta gente ni nos quiere ni nos ha querido nunca? Vente conmigo y empecemos de cero juntas».

—¿Y tú qué respondiste?

—Que yo no quería abandonar a papá y a mamá. Que todos lo habíamos pasado muy mal, pero que no era necesario un

distanciamiento tan drástico. Que papá nos necesitaba todavía... En fin, lo que sigo pensando a día de hoy.

Mi madre nos contó que a partir de ahí perdieron el contacto hasta que, pasados cinco años, dejó un mensaje en el contestador de la casa que, para ese momento, ya compartía con mi padre. Dijo que no sabía cómo había conseguido su número, pero no le dio demasiada importancia. O, al menos, no tanta como al contenido del mensaje que, según mi madre, fue algo así:

Victoria, soy Charlotte. Esto... Me he casado. Pensé que te gustaría saberlo. Este es mi nuevo número, por si algún día te apetece devolverme la llamada. Y, nada más, que espero que estés bien.

Mi madre, cuyo mundo volvió a desordenarse tras escuchar dicho mensaje, tardó varias semanas en hacer lo que su hermana le sugirió. Nos contó que, cuando se sintió preparada, la llamó. Estaba enfadada con ella, pero estaba dispuesta a retomar la relación. Llevaba años intentando entenderla, comprendiendo que ninguna de las dos había tenido una infancia y una adolescencia fáciles, pero que si ella lo había gestionado mejor no era culpa de Charlotte. En cualquier caso, nunca le perdonó el abandono y, tras esa llamada, corroboró que la persona que una vez fue su «todo», ya no era nada. Hablaron como desconocidas, con cierta timidez incluso. Hubo más silencios que palabras de un lado al otro del teléfono.

—¿Y te dijo dónde vivía o algo? —pregunté yo, intrigada ante todo lo que nunca había sabido.

—En Edimburgo.

—¡Anda! Igual hasta nos la hemos cruzado, Harper. Como son mellizas, no se parecerá mucho a tu madre, así que no tienes por qué haberte dado cuenta —comentó Greta en un tono divertido que chirriaba con el halo sentimental y misterioso que había creado la conversación.

—Más le vale no parecerse, porque si me la encuentro le digo cuatro cosas —reaccioné en un tono que parecía seguir el tono de Greta, pero que nada tenía que ver con eso.

Mi madre sonrió. Parecía orgullosa de que hubiera heredado su carácter y, seguramente también, de que quisiera defender su honor ante quien le había hecho daño. Después se levantó, nos dio un abrazo a las dos y se fue a dormir. Greta y yo decidimos hacer lo mismo, así que la acompañé al cuarto de invitados y yo volví al salón para recoger las copas y la botella de vino. Desde la ventana de la cocina, vi que había un coche aparcado frente a la entrada de nuestro jardín. Tenía las luces encendidas, así que claramente había alguien dentro. Me quedé mirándolo disimuladamente mientras limpiaba las copas, pero no conseguí distinguir ni el modelo ni el color. De repente, mi móvil sonó y di un pequeño salto del susto. Era Callum, obviamente.

Harper, ¿estás en casa?

Leí con la pantalla bloqueada. No contesté. Pasados unos segundos, otro mensaje:

Harper, por favor. Solo déjame explicarte.

Tampoco obtuvo respuesta, así que comenzó a hacer llamadas. Una, dos, tres y hasta cuatro. Esa última sí la contesté.

—¿Qué coño quieres, tío?

—Estoy fuera, ¿puedes salir?

—Claro que puedo, pero no lo pienso hacer.

—Por favor, Harper. Entiendo que estés enfadada, pero solo... Déjame verte y hablamos.

—Me está dando mucho asco escucharte.

—Asco... ¡Vaya! —Se produjo un silencio. Pude haber colgado en ese momento, pero en el fondo, quería saber qué tenía que decir—. Me da pena que te sientas así, pero no voy a parar hasta que hable

contigo. Puede ser ahora, puede ser mañana por la mañana, puede ser mañana por la tarde, puedo ir a Edimburgo incluso. No voy a parar, Harper. Te debo una explicación y te la pienso dar.

—Suerte en la vida. —Y colgué.

Él no sabía que le estaba viendo desde la cocina, así que esperé a ver cómo se iba. Unos segundos después, arrancó el motor y desapareció de mi vista a toda velocidad.



El verano pasado



Pensé que la escena del pub y la historia de mi madre y su hermana no me dejarían dormir esa noche, pero sí pude. Caí rendida pocos minutos después de meterme en la cama. Estaba física y emocionalmente exhausta, así que concilié el sueño con sorprendente facilidad y amanecí descansada. Cuando bajé a la cocina, todos desayunaban, pero faltaba Greta.

—Cariño, queríamos esperaros, pero sois unas dormilonas las dos —bromeó mi padre al verme aparecer.

—¿Greta no ha bajado aún?

—No, creemos que sigue dormida porque no se escucha nada —respondió mi madre—. Ve a despertarla, que he hecho tortitas y huevos revueltos.

—¡Voy!

Fui a por ella. Cuando llegué a la puerta de la habitación de invitados, di tres golpes con los nudillos, pero no obtuve respuesta, así que abrí de todas formas. Greta estaba metida en la cama todavía, despierta, pero con los ojos hinchados y el móvil en la mano.

—Greta, ¿bajas a desayunar? —pregunté antes de notar que, claramente, había estado llorando. Me acerqué a la cama y me senté a su lado—. ¿Estás bien?

No respondió, solo me dio su móvil para enseñarme algo y, cuando lo vi, lo comprendí todo. Un usuario anónimo había publicado una foto suya en un foro de clase. En ella, aparecía de espaldas, caminando en dirección a la facultad y con una pequeña mancha de menstruación en la falda. Arriba, el asqueroso desconocido escribió: «La cerda volviendo del matadero».

—¿Quién ha hecho eso? —fue lo único que se me ocurrió decir.

Greta se encogió de hombros justo antes de romper a llorar otra vez. Le di un abrazo y, como ella había hecho la noche anterior, validé sus sentimientos en silencio. Cuando nos separamos, le cogí la mano con fuerza y le prometí que la ayudaría a detener el acoso que estaba sufriendo. Desde ese momento, tuve tres frentes abiertos: detener el *bullying* hacia mi amiga, olvidarme de Callum y sobrevivir en la casa de los McNeil.

Le pedí que se tomara su tiempo, que no tuviera prisa por bajar a la cocina y se diera una ducha. No había prisa, yo la esperaba abajo cuando estuviera lista. Me uní a mi familia y comenté que Greta había pasado mala noche y no se encontraba muy bien. Todos se compadecieron de ella e insistieron en ayudarnos si necesitábamos algo. Entonces, se me ocurrió que salir a dar un paseo con los caballos, podría venirnos bien a las dos. Terminé de desayunar y, como todavía no había bajado, preparé equipamiento para ella también: un par de botas de montar, un abrigo calentito pero flexible, unos *leggings* y un gorro de punto. Para cuando mi compañera apareció, cada miembro de mi familia ya estaba a sus cosas. Mamá se había ido a jugar al tenis, papá se estaba duchando, Owen veía la tele en el salón y Sophie jugaba en su habitación. Noté que para Greta fue un alivio no encontrarse a nadie esa mañana, solo a mí. Había disimulado muy bien la hinchazón con maquillaje y, cuando le conté el plan que se me había ocurrido, le cambió la cara. Se puso muy contenta y yo me alegré por ella.

De camino al establo, que se encontraba a la izquierda del jardín frontal, le vi. Ahí estaba otra vez, dentro del coche, aparcado frente a

mi casa. Abrió mucho los ojos al verme y, cuando se disponía a salir, le hice un gesto de negación con el dedo. Se quedó dentro.

—¿Ese es Callum?

—Sí, tía. Vino anoche también.

—¿En serio? ¡Qué pesado!

—Y que lo digas...

Volví a mirarle antes de acceder al establo y él, que no me había quitado un ojo de encima, me hizo un gesto de súplica uniendo las palmas de las manos. Le ignoré. Una vez dentro, corrí hacia el compartimento donde dormía Breeze y la abracé con fuerza. Semejante cóctel de emociones había conseguido que olvidara lo mucho que necesitaba verla. Greta comentó lo bonita que era. Después le presenté a River, el caballo de mi madre. Era muy diferente a mi yegua. Más grande e imponente, con el pelaje negro azabache. Preparé a ambos animales con las sillas y ayudé a Greta a subirse. Cuando salimos del establo, Callum seguía ahí. Lo vi de reojo, pero no le miré directamente. Me subí a Breeze y emprendí la marcha hacia el sendero que llevaba al campo, procurando que esa fuera una respuesta suficiente para él. Greta me siguió a lomos de River, a quien montó sorprendentemente bien para no estar acostumbrada.

Por el camino me contó que había montado a caballo varias veces durante su infancia. Decía que sus padres la llevaban a un campamento de verano en Brighton, un pueblo costero al sur de Inglaterra, donde una de las actividades por las tardes era esa. Yo pensaba que querría hablar de lo del foro universitario, pero no. Se pasó la hora y media contándome de su infancia y de su adolescencia. Como siempre, mi turno de palabra brilló por su ausencia, pero no me importó. Notaba que se le iluminaba la mirada con cada anécdota. Contaba las cosas emocionada, nostálgica a veces, pero no demasiado. Aproveché la temática de la conversación para intentar averiguar si también tuvo problemas con sus compañeros en el colegio. Formulé la pregunta con tacto.

—¿Y qué hay de tus amigos del cole? ¿Sigues teniendo contacto con ellos?

—No fui a ningún cole —respondió—. Recibía clases en casa.

—¿En serio? ¿Y eso por qué? —quise saber sin aparentar demasiada extrañeza, aunque reconozco que me pareció rarísimo. Nunca había conocido a alguien que no hubiera ido al colegio.

—Mi padre es diplomático y hemos vivido en muchos países a lo largo de los años. Aunque cambiábamos de sitio, yo siempre recibía clase en casa. Una institutriz nos acompañaba a cada destino y seguía el curso académico con ella.

—¡Qué divertido! ¿Dónde has vivido?

—En Madrid, en Oslo, en Berna, en París...

—¿En París? ¡Madre mía, qué pasada, Greta! Debe ser precioso, me muero de ganas de ir.

—Vamos cuando quieras —sugirió emocionada.

Ahora lo comprendía todo. La pobre no había tenido la oportunidad de desarrollar sus habilidades sociales como cualquier otra persona. Según entendí, el único contacto que había tenido con niños y adolescentes de su edad fue en los campamentos de verano y, más tarde, en la universidad. Me dio pena que le hubiera tocado compartir aula con las zorras más zorras de Escocia. Sin embargo, me sentí orgullosa de que hubiera encontrado en mí lo más parecido a un lugar seguro que, probablemente, hubiera tenido nunca.

Esa tarde la llevé a conocer a mis abuelos, que nos invitaron a cenar. Bueno, nos invitó el abuelo. La abuela Vivienne seguía ajena al mundo que la rodeaba. Ese día la encontré más deteriorada que nunca. Tanto que ni siquiera me saludó. Se mecía por inercia desde el rincón que le costaba abandonar. Mi abuelo le daba un beso en la frente cada vez que pasaba por su lado y Greta sonreía con admiración al verle. Se acercó a ver las fotos familiares que adornaban la repisa de la chimenea y yo le expliqué quién era quién. Los abuelos de jóvenes, su boda, su viaje de novios a Londres, Charlotte y mi madre de pequeñas, la tía Isla...

—¡Vaya, Harper! Te pareces un montón a tu abuela —reconoció Greta cuando hube terminado de explicarle cada retrato.

—Lo sé... El abuelo siempre lo dice.

—Es impresionante, sois la misma persona prácticamente.

—Ella era más guapa —comenté girándome hacia mi abuela, que ni se había inmutado aunque le estábamos tapando su vista favorita.

—Sois preciosas las dos —rectificó mi abuelo, que había venido desde la cocina para avisarnos de que la cena estaba lista.

Comimos salmón con verduras al horno y hablamos sin parar durante horas. La abuela Vivienne no nos acompañó esa vez. Mi abuelo le acercó un plato al salón que, antes de irnos, comprobamos que ni había tocado. Ambos apretamos los labios en señal de tristeza por la situación y nos despedimos con un abrazo fuerte, largo y muy sentido.

—Cuídala, Greta —ordenó mi abuelo.

—Siento decirle, señor, que es ella la que cuida de mí —respondió sonriendo.

Llegamos a casa a eso de las once de la noche. Greta subió directamente a la habitación. Me dijo que quería dejar la maleta preparada para estar tranquila. Yo me reuní con mis padres, que veían una película con mis hermanos en el salón. Fue entonces cuando mi madre formuló una pregunta que me pilló por sorpresa.

—¿Has hablado con Callum?

—¿Cómo? —pregunté para ganar tiempo, aunque la había oído perfectamente.

—¿Qué si has hablado con Callum? Te ha estado esperando toda la tarde ahí fuera, supongo que te lo habrá dicho.

—Ah, sí, sí —mentí—. Había olvidado que habíamos quedado. Hablé con él justo antes de llegar a casa de los abuelos.

Mi madre asintió, aunque no le convenció mucho mi respuesta. Evité seguir con el tema abandonando el salón y subí a mi habitación para darme una ducha. A la mañana siguiente, Greta y yo cogíamos el tren de las doce y media. Quería un último desayuno con mi familia antes de partir, despedirme de Breeze y caminar hasta la

estación para dar un último paseo por Aberdeen. A Greta le encantó la idea, pues así podría seguir conociendo la ciudad que, a decir verdad, poco habíamos pisado desde lo que sucedió el viernes. Reconozco que no me hubiera extrañado encontrar a Callum esperando en el andén, en la cafetería de la estación o en algún punto entre mi casa y esta. Por suerte para mí, no fue así. En cambio, sí recibí un mensaje.

Harper, no voy a molestarte más. Llevo horas intentándolo, pero respetaré que no quieras verme. Lo único que te pido, por favor, es que en algún momento puedas concederme unos minutos para hablar. Me duele pensar que te he perdido para siempre. No lo puedo soportar. Llama o escíbeme cuando tú quieras. Te quiero.

Esperé a estar sentada en el tren para leerlo y lo hice en voz alta, para que Greta escuchara. Se rio a carcajada limpia, tanto que la pareja de ancianos que teníamos enfrente nos miró con desagrado. Le pedí que bajara el tono.

—Hombres... —suspiró, como si de repente fuera la mayor de las expertas en la materia—. Pasa de él.

—Tampoco le he dado el beneficio de la duda. Quizás debería dejarle hablar.

—Siento ser tan brusca, querida, pero ¿qué duda tienes exactamente? Si le estaba metiendo la lengua hasta el fondo... Tú lo viste, ¿no?

Tenía razón. La horrorosa escena volvió como un puñal recién afilado. Me dolió el pecho al recordarla y después me enfadé, que es lo que siempre hago cuando estoy triste por algo. Porque, ante todo, sí, estaba triste. Me destrozaba pensar que jamás sería capaz de perdonarle y, por otra parte, conservaba un ápice de esperanza. Quizás tendría una buena explicación, algo que diera un giro de ciento ochenta grados a la situación. Lo dudaba, pero sabía que, en

algún momento, me aferraría a un clavo ardiendo por él. Todavía no, pero pronto.

El inicio de semana también se sintió como un bofetón. Era el día que más clases tenía por la mañana y, al terminar, tenía que volver a Morningside. Me daba mucha pereza compartir espacio con esa mujer, cuya existencia me empezaba a resultar tan incómoda como perturbadora; pero tenía que hacerlo. Me había comprometido con el doctor Campbell y, al contrario que él, yo sí estaba entregada a la causa. Me pasé las horas en el aula medio ausente, presa de un sinfín de pensamientos intrusivos que nada tenían que ver con lo que los profesores exponían. Cuando por fin sonó la alarma que indicaba el final de mis lecciones del día, me dirigí a la marquesina, donde el autobús con dirección a Morningside esperaba a los últimos pasajeros. Corrí para no perderlo, pero no lo conseguí. «Mierda, me va a matar», pensé. Ya había llegado tarde una vez y todavía me lo recordaba. Si me volvía a retrasar, era capaz de echarme. No lo iba a permitir, así que cogí el primer taxi que pasó por delante.

Llegué a la casa con algo de antelación, así que decidí que sería muy buena idea ir a por el ramo de flores semanal de la señora McNeil. De todas formas, me encargaría recogerlo en algún momento de la tarde. De camino a la tienda, que no estaba a más de dos minutos de la mansión, fantaseé con la idea de que le gustara mi iniciativa y mi proactividad. Luego recordé cómo era y sospeché que, seguramente, me trataría con la indiferencia habitual.

—¡Buenas tardes! —saludé a la señora que me había atendido la semana anterior—. Vengo a por las peonías de la señora McNeil, por favor.

—Por supuesto, justo las estaba preparando. Dame unos segundos.

Observé cómo las envolvía cuidadosamente en un papel de seda rosa, que aseguró con una cuerda con varias vueltas y un lazo doble. Mientras lo hacía, quiso entablar conversación.

—¿Trabajas para la familia?

—De hecho, sí. Soy asistente de la señora.

—¡Qué bien! Cuánto me alegro de que por fin haya pedido ayuda.

Tener información exterior no había entrado en mis planes en un principio, pero en cuanto descubrí que podría ser de valor, le seguí el juego.

—Sí, la verdad es que no sé cómo la pobre daba abasto antes de que yo llegara...

—Lo que yo no sé es de dónde saca las fuerzas para levantarse cada mañana, hija.

—Ella es fuerte —aseguré rezando porque esa afirmación encajara en lo que la dueña de la floristería decía.

—Lo es, sí. Pero después de lo que pasó el verano pasado, nadie daba un duro porque fuera capaz de recomponerse.

Bingo. Algo pasó el verano pasado. La señora McNeil no era así de nacimiento. Estaba claro que hubo un detonante. Una situación o un suceso lo suficientemente traumático como para que, de repente, su marido hubiera decidido que su ayuda, su apoyo y su presencia no eran suficientes. Yo no sabía cómo extender la conversación para que no notara que no tenía ni idea de lo que me estaba contando y, además, el ramo ya estaba listo. Ahora solo quería que fuera lunes otra vez, para poder volver a conversar con la única persona que, inconscientemente, me acababa de dar una pista clave.

Llegué a la puerta principal dos minutos tarde, pero tenía excusa. Abrió Margaret, que me saludó cariñosamente antes de acompañarme al piso superior. Encontré a la señora y a las niñas en la habitación de Poppy. Ninguna de las tres elevó la mirada un segundo, a pesar de que nuestros pasos no habían sido precisamente silenciosos. La asistenta se retiró cuando alcanzamos el umbral de la puerta.

—Llegas tarde —se quejó la madre, aún sin mirarme a la cara.

—Discúlpeme, señora. He pasado por la floristería para recoger las peonías y me he retrasado dos minutos.

Acentué el final de la frase: dos minutos. Fue entonces cuando, por fin, nuestras miradas se cruzaron.

—Bien. Bájalas a la cocina y, por favor, Harper... No las toques.

—De acuerdo, señora.

Me repugnaba a mí misma. «De acuerdo, señora», «disculpe, señora», «claro, señora». Ojalá algún día me dejara llamarla por su nombre que, por otra parte, ni siquiera sabía. Me reencontré con Margaret en la cocina, posé el ramo cuidadosamente sobre la encimera y volví a subir. Una vez arriba, ella salía de la habitación de las niñas, que ahora jugaban entre ellas, pues las oía hablar.

—Quédate con ellas un segundo. Tengo que ir a hacer una llamada.

—Sí, señora. ¿Me quedo en el pasillo?

Asintió y se fue. El taburete desde el que las «cuidaba» no estaba cerca y, como no quería separarme de ellas, permanecí de pie, apoyada en la pared y procurando no observar demasiado la dichosa puerta del final del pasillo. Fue entonces cuando mi móvil vibró dentro del bolsillo de mi pantalón. Por suerte, había recordado ponerlo en silencio antes de llegar a Morningside. No había recibido indicaciones al respecto, pero conociendo a esa mujer, supuse que nada le gustaría menos que el sonido de un móvil en horario laboral. Leí el nombre de Callum en la pantalla, me había enviado un mensaje.

*Lo siento. Sé que dije que no te iba a molestar más,
pero es que no puedo estar así.*

Pasé de él, pero mi móvil volvió a vibrar.

¿Te puedo llamar cinco minutos?

Y, entonces, presa del pánico por si efectivamente me llamaba, le contesté en tiempo récord:

No, Callum, estoy con las niñas.

Y, para que quedara claro que no era el momento, sostuve el botón de grabación para que las escuchara, ahora que por fin hacían algo de ruido. Pensé que solo así me dejaría en paz. Un rato, al menos. Envié el mensaje y volví a meterme el móvil en mi bolsillo, que vibró al segundo.

El audio no se escucha, Harper.

Me extrañó tanto que tuve que comprobarlo. Tenía razón. No se oía nada, pero me dio igual. Ya le había dicho que estaba con las niñas y no le quedaba otra que esperar. Procedí a desactivar el modo vibración, por si le daba por insistir, cuando la señora McNeil me pilló infraganti.

—Harper, no puedes usar el móvil mientras estás con mis hijas.

Quise explicarle que, de hecho, lo que estaba intentando era que no me distrajera, pero desistí. No se podía hablar con ella, y mucho menos discutir. Así que asentí, agaché la cabeza y me aparté de la puerta para que ella accediera a la habitación de las niñas.

—Vamos a leer —aseguró mientras sostenía la puerta para cerrarla—. Ve a ayudar a Margaret con la cena, por favor. —Y me dejó fuera de su espacio personal con sus hijas, una vez más.

De camino a la cocina, se me ocurrió que un rato a solas con la interna no me vendría nada mal. El comentario que había hecho la dueña de la floristería me tenía intrigada y, fuera lo que fuera a lo que se refería, supe que averiguarlo era clave para tener toda la información sobre ella. Así pues, conversé con ella de temas banales al principio. No sabía cómo iba a hacerlo, pero tenía que conseguir que pensara que, antes de aceptar el trabajo, alguien me habría puesto al día de la situación. No me extrañó que el doctor Campbell no lo hiciera pues, a juzgar por su actitud despistada, seguramente ni se acordaba de lo que me había contado y lo que no. También sospeché que podría haberse ahorrado cierta información para que yo misma indagara de manera objetiva. En cualquier caso, no quería

volver a la residencia esa noche sin que alguien arrojara algo de luz sobre lo desconocido.

—¿Es bonito Aberdeen? —preguntó Margaret, que ya había sido informada de que había faltado el viernes para volver a casa.

—Sí, es bonito... Un poco gris.

—Edimburgo también es gris —reaccionó ella.

—No tanto. Para mí Edimburgo es *beige* —repliqué con una sonrisa, disimulando que intentaba desviar la conversación hacia mi punto de interés—. ¿Tú eres de aquí?

—Nací en Dundee, pero se podría decir que sí. Vine a Edimburgo cuando era pequeña, tendría unos cuatro años.

—¿Y los señores McNeil? ¿También son de Edimburgo?

—El señor sí, ella no.

—Lo he notado en su acento. ¿No sabes de dónde es? —me arrepentí de la forma en que había formulado esa última pregunta. Quizás se empezaba a notar que pretendía sacarle información.

—Nunca lo ha mencionado.

No me pareció raro. Era la mujer más hermética que había conocido en mi vida. Estaba completamente cerrada en banda y estaba claro que lo suyo no era el don de la palabra precisamente. Observé el reloj de la cocina y me di cuenta de que no tardarían en bajar. Tenía que darme prisa si quería recibir algo de información de valor por su parte, así que intenté ir al grano. No había tiempo para más rodeos.

—Qué horror lo del verano pasado, ¿eh? —me atreví a decir, agachando la cabeza y observando la reacción de Margaret disimuladamente.

—Ay, sí, Harper... Una pesadilla, la verdad.

—¿Cómo pudo pasar? —seguí actuando, procurando abordarla con frases ambiguas que, con suerte, pudieran encajar en el relato que desconocía.

—Nadie tiene la culpa de estas cosas. Simplemente pasó —respondió con pena.

—¿Ella se siente culpable?

En ese momento, Margaret se dio la vuelta hacia la cocina de gas, mostrándose claramente cerrada a hablar más. Me respondió con un silencio que tuve que acoger para no mostrarme demasiado invasiva. Es probable que fuera demasiado lejos con mi osadía esa tarde, pero el fin justificaba los medios y no iba a parar.

—¿Cómo lo lleva el señor? —quise saber.

—Mejor que ella —respondió a desgana.

—Eso está claro.

Estaba de acuerdo. Fuera lo que fuera que había sucedido, el señor McNeil parecía una persona mucho más corriente que su mujer. No hacía falta analizarla clínicamente para saber que algo en su vida no iba bien. Pero ¿el qué?

Margaret se retiró de la cocina cuando observó que el reloj marcaba las seis y media. Presentí que nuestra jefa le había indicado que prefería que saliera de allí antes de que las niñas bajaran a cenar. Era un rasgo muy peculiar en ella, acogerse a la intimidad exclusiva con sus hijas. Como si nadie, salvo su madre, fuera lo suficientemente digno de, tan siquiera, mirarlas. Era como si compartir el espacio con Poppy y Edith fuera el mayor de los regalos del cielo. Un regalo del que solo ella quería disfrutar. Quizás era esa clase de persona rica que todavía piensa que el servicio de una casa es inferior... Lo cierto es que de esa mujer me esperaba cualquier cosa.

Unos cinco segundos después de que la asistente abandonara la cocina, llegaron las niñas. Tan silenciosas como siempre, como tres almas en pena que se mantienen en este mundo queriendo pasar desapercibidas. No deseaba ser yo quien rompiera el silencio sepulcral al que su madre las tenía acostumbradas, así que con la máxima discreción con la que pude hacerlo, me dirigí a la puerta.

—Señora, estaré fuera si me necesita.

Pero no me respondió. Estaba muy ocupada acomodando a Poppy y a Edith en sus respectivos asientos. Acercándoles el plato de sopa que Margaret y yo acabábamos de servir. Salí de la sala y me senté en una butaca junto a la puerta principal, procurando escuchar de lo

que sea que hablaran ahí dentro. Nada, silencio. Solo oía los zapatos de Margaret en el piso superior. Durante mi espera, me entraron muchas ganas de ir al baño y, sin pedir permiso, busqué uno en el piso de abajo.

Los pasillos de la casa daban verdadero miedo. Estaba todo tan oscuro siempre... Parecía una capilla abandonada. Todo era tan lujoso e impecable, pero tan vacío y triste al mismo tiempo, que daba escalofríos. Era como si la familia McNeil ocupara una casa sin alma. Para ese momento ya sentía auténtica tristeza por esas niñas. Destinadas a vivir con un padre ausente y con una madre metódica, maniática y controladora que jamás permitiría que dieran rienda suelta a sus auténticas personalidades.

Al salir del baño, pasé por el salón del ala izquierda de la casa. Uno de sus ventanales daba al jardín de la entrada. Me quedé observando los árboles centenarios que, durante el día, otorgaban a la vivienda la sombra que menos necesitaba. Los arbustos que acorralaban el camino de tierra hacia la puerta estaban cuidadosamente podados. Las flores de las jardineras sobrevivían al frío escocés con elegancia. Lo único que estaba descuidado era el estanque bajo el roble, cuyas hojas cubrían la totalidad de la superficie. Era como si les estorbara, como si lo tuvieran en mal estado a propósito. Como si así fuera a ser engullido mágicamente por la tierra tarde o temprano. O, en todo caso, enterrado por las hojas del árbol con el paso de los años.

Y justo ahí, de pie delante de la ventana, un escalofrío erizó la piel de mis brazos. Acababa de sentir una brisa tan fuerte que la única explicación podía ser que hubiera una ventana o una puerta abiertas. Miré a mi alrededor para encontrar el origen, pero no pude. Le di la espalda a las vistas, presa de la incertidumbre por lo sucedido, pero mucho más intrigada. Y, de nuevo, un susurro ilegible llegó a mi oído izquierdo. No lo sentí como una voz lejana, todo lo contrario. Era como si alguien acabara de acercarse para contarme un secreto. Algo que solo yo tenía que saber.

Huí de ahí tan rápido como pude teniendo en cuenta que a la señora no le hacía ni pizca de gracia escuchar el aleteo de una mosca. Me detuve frente a la cocina, esperando encontrar cobijo cerca de la familia que, a esas alturas, ya era lo único humano que sentía en esa casa. Pegué mi oído a la puerta, pero solo escuchaba el golpe de los cubiertos sobre los platos. Imaginé que seguían cenando, aunque faltaría poco. Esperé impaciente, caminando de un lado a otro en silencio y esforzándome mucho por no desviar la mirada hacia el salón del que había salido por patas. Después, el arrastre de una silla sobre el suelo llamó mi atención, así que retrocedí unos pasos. La señora salió en mi busca.

—Harper, ¿puedes ir a preparar la habitación de las niñas, por favor? Deshaz las camas y enciende la luz de la mesita. Cuando terminen su baño quiero que todo esté preparado.

—Sí, señora.

Subí lentamente hacia el piso superior, el que más respeto me transmitía. Casi me da un ataque al corazón cuando oí unos pasos detrás de mí. Eran la señora y sus hijas, que me seguían silenciosamente, sin mirarme. Parecía un cortejo fúnebre. Me sentí intimidada con su presencia, así que aceleré el paso disimuladamente. No volví a mirar atrás, pero escuché como me seguían por el pasillo a una distancia prudencial. Y de repente, silencio. Accedieron al baño, cerraron la puerta y yo, por fin, llegué a la habitación de Poppy. Deshice la cama cuidadosamente, encendí la lamparilla e hice exactamente lo mismo en la de Edith.

Todavía disponía de unos veinte minutos hasta que salieran del baño y me preguntaba qué podía hacer. Hurgar entre sus cosas en busca de alguna pista, esperar en el pasillo como siempre o quizás... Quizás averiguar qué narices escondía la estúpida habitación del fondo que, desde el primer día y sin motivo alguno, infundía en mí semejante pánico. Sentí que no era capaz. Me temblaron las piernas solo de pensarlo. Finalmente, la curiosidad pudo conmigo y avancé hacia allí con sigilo, procurando que nadie en la enorme casa escuchara mis pasos. Es curioso porque no me atreví a mirarla hasta

que llegué a su umbral. Parecía cerrada, pero solo había una forma de cerciorarme.

Giré el pomo cuidadosamente, como si se tratara de una copa de cristal extremadamente frágil. De esas tan finas que casi parece que se van a quebrar de un simple vistazo. Pero no pude abrir. La segunda vez lo intenté con algo más de fuerza pues, a esas alturas, ya estaba encabazonada. Nada, el pomo porcelánico no daba un giro completo. Se estancaba a mitad de camino, así que deduje que alguien habría echado la llave que, desde aquel día, no había vuelto a ver.

Alguien tenía el control de la habitación y de lo que fuera que contenía. Lo más razonable fue pensar que esa responsabilidad le correspondía a la señora McNeil, pero no podía estar segura. Siendo su marido un alto cargo en su empresa, también podría estar ante un despacho secreto, un búnker camuflado para asuntos corporativos o algo así. Esa última idea me hizo retroceder, pues de repente cobró algo de sentido y no era una cuestión en la que me apetecía inmiscuirme. De todas formas, tampoco tenía opción, pues no podía entrar. Volví sobre mis pasos sin dar la espalda a la imponente puerta, que casi parecía que tenía vida propia. No soy capaz de explicarlo realmente, pero sentía que esta, o alguien desde el otro lado, me observaba.

El chirrido de otra puerta a mis espaldas hizo que me girara. Era la señora McNeil saliendo del cuarto de baño.

—¿Harper?

—¿Sí? —respondí casi por inercia, procurando que no notara que escondía sospechas e ideas retorcidas en mi cabeza.

—¿Qué hacías? —quiso saber frunciendo el ceño.

—Solo esperaba por si necesitaba algo más.

—Sabes bien que no. A partir de las siete te quiero fuera de esta casa.

Era tan brusca... No tenía filtro. Empezaba a pensar que decía lo primero que se le pasaba por la cabeza, sin siquiera pararse a reformular las frases para que sonaran más amables. Y a mí, que

siempre había tenido contestación para todo, me dejaba completamente muda. Era incapaz de responder como realmente me gustaría. En cambio, solo asentía y obedecía. Como un borrego más del rebaño más sumiso. Y eso hice, asentí y crucé el pasillo en dirección a las escaleras antes de que a las niñas les diera tiempo de salir del baño. Una vez fuera de la casa, de camino a la parada del autobús, escribí un mensaje al doctor Campbell.

*¿Podemos vernos mañana después de clase?
Tenemos cosas de las que hablar.*



No pienso abandonar



Una tira interminable de mensajes me despertó esa mañana. No era Callum ni el doctor Campbell quien, por cierto, no me había contestado. Era la señora McNeil.

Harper.

Harper, ¿estás despierta?

Por favor, contesta. Es urgente.

Necesito que te quedes con las niñas esta noche.

¿Puedes o no?

Harper, por favor.

Seis mensajes y, acto seguido, una llamada.

—Señora McNeil, buenos días —contesté en un tono que molestó a Greta, que se cubrió la cabeza con el edredón a regañadientes.

—¿No has leído mis mensajes?

Ni «buenos días», ni nada.

—Lo siento, me acabo de despertar y...

—Me gustaría saber si podrías quedarte hoy a dormir en casa —preguntó sin dejarme terminar la frase—. Mi marido tiene una cena de trabajo importante a la que insiste en que le acompañe. No pretendemos llegar muy tarde, pero con estas cosas nunca se sabe.

Reconozco que me encantó que me necesitara. Sonaba angustiada y, aunque me provocaba cierta ternura, no quería ponérselo tan fácil. De hecho, dudé si aceptar o no, pues mi objetivo en esa casa era acercarme a ella, no a sus hijas. Además, no era precisamente un lugar seguro para mí, y mucho menos sola. Con Margaret en el desván y dos niñas que casi parecían dos fantasmas errantes, se me hacía un mundo acceder a su petición. Entonces, se me ocurrió una excusa.

—Verá, señora, es que esta noche había quedado con una compañera para hacer un trabajo.

—Tienes la tarde libre. Me vale con que estés en casa a las siete y media.

—El problema es que es un trabajo complejo, ¿sabe? Nos llevará toda la noche seguramente, entonces...

—Tu compañera puede venir también —me interrumpió, dejándome completamente desarmada—. Os prepararé la habitación de invitados. Hay un escritorio, buena iluminación, una cama grande... Está cerca de las niñas, así que podéis trabajar tranquilamente y, al mismo tiempo, estar pendientes por si necesitan algo.

Miré a Greta, sintiendo mucho que estuviera a punto de convertirse en una razón inventada que me tocaba justificar. Terminé accediendo. Cuando me colgó, porque siempre lo hacía ella, me senté en la cama de mi compañera. La sacudí bajo las sábanas para que espabilara y, tras gruñir molesta, se destapó.

—Harper, que hoy no voy a clase, déjame dormir —suplicó con cara de pena.

—Greta, escúchame, necesito que me hagas un favor enorme.

—Es muy temprano para pedir favores, tía —replicó cubriéndose la cara de nuevo.

—¡Greta, joder! —insistí—. ¿Cuándo te he pedido yo algo? ¿Eh? Por favor...

—¿Qué necesitas?

—¿Te vienes a dormir conmigo a Morningside esta noche?

Yo presentía que Greta se apuntaba a un bombardeo y no me equivocaba. Le pareció bien y, sorprendentemente, no hizo preguntas. Supongo que cualquier cosa era mejor que quedarse sola en la habitación. Incluso si, aunque ella no lo supiera, ello implicara pasar la noche en la casa del silencio.

Después de clase, me dirigí al hospital de Morningside. Ya que tenía la tarde libre, era el momento perfecto para asaltar al doctor Campbell en su despacho. Allí no tendría escapatoria. Era la segunda vez que pisaba ese edificio, pero recordaba su olor perfectamente. Desinfectante de manos, café y algo más difícil de describir. Como una mezcla agria de botiquín y ropa antigua. También me acordaba del camino hacia la oficina de mi profesor, así que me recorrí los pasillos simulando que ya era una más del personal. Las luces fluorescentes zumbaban como si hubiera un enjambre atrapado en el techo. Las puertas de los pacientes tenían ventanas pequeñas pero reforzadas. Todas estaban cerradas y, sorprendentemente, reinaba el silencio.

Al final del pasillo por el que giré observé a la primera paciente que vi esa tarde. Era una mujer joven, de unos veintipocos años. Tenía buen aspecto salvo por la forma en que caminaba en círculos diminutos junto a una pared cubierta de dibujos hechos con rotulador rojo. Casas torcidas, árboles sin hojas, el número siete repetido cientos de veces... Al verme se detuvo y me observó con una concentración incómoda, como si estuviera intentando acordarse dónde nos habíamos visto antes.

—No están ahí. No están ahí. No están ahí.

Me dijo con aparente serenidad. Lo repitió varias veces, incluso cuando ya había pasado de largo. Un poco más adelante, un hombre

sorprendentemente alto se asomaba a una de las ventanas que daban al exterior, también reforzadas con barrotes de hierro. Cuando vi que no había ni rastro de personal sanitario a nuestro alrededor, recé porque esta vez sí fuera invisible para ese paciente, pero no tuve suerte.

—Eh..., tú. La de rojo.

Me detuve.

—¿Sí?

Me hizo un gesto para que me acercara. Dudé un momento, pero al final di dos pasos hacia él.

—Necesito ayuda —susurró.

—¿Qué le ocurre, señor?

Era mayor, pero seguramente no tanto como aparentaba. Le faltaban algunos dientes y mucho pelo. Llevaba el pijama al revés y tenía los pantalones manchados de algo parecido a salsa de tomate. Cuando vio que le prestaba atención, miró hacia ambos lados del pasillo, como si estuviera a punto de conspirar.

—Se me han perdido los martes.

Parpadeé.

—¿Los... martes? —repetí incrédula.

—Sí —dijo, cada vez más preocupado, pero manteniendo el volumen muy bajo—. Antes tenía uno cada semana. Siempre después del lunes. Pero desde hace tiempo ya no me los dan.

—¿Desde cuándo?

Frunció el ceño, intentando calcular.

—Tres años... o cuatro, no lo sé. —Y se inclinó hacia mí—. He mirado por todas partes, niña. Debajo de la cama, dentro del armario, en la sopa de los lunes...

—¿Y no estaban?

Negó lentamente.

—No. Solo había jueves. Y no me gustan los jueves, joder.

Guardé silencio intentando averiguar cómo salir de ahí. Fue un error entablar conversación.

—Tal vez... —dije con cuidado—, alguien del personal pueda ayudarle a buscarlos.

El enorme señor me observó como si acabara de decir algo importantísimo.

—¿Tú eres alguien del personal? —Ya no susurraba. Ahora sonaba autoritario, desafiante incluso.

—La verdad es que no. Soy estudiante.

—Ah... Entonces tú puedes verlos.

—¿Ver qué?

Se acercó a mi oído.

—Los huecos.

Sentí un escalofrío absurdo y, como estaba claro que no podía ayudarle, empecé a crear distancia entre nosotros de una forma sutil.

—Cuando los martes desaparecen dejan huecos. La gente de aquí no los ve. Apuesto a que tú sí —exclamó mientras me alejaba, lo que, al parecer, no le molestó—. Si encuentras uno, no lo rellenes, ¿vale? Mándamelo.

—¿Un martes?

—¡Sí! —contestó efusivo, como si acabara de ayudarle a resolver el mayor de sus conflictos.

Después se sentó en una de las sillas de plástico que había frente a la ventana donde me lo había encontrado y yo pude seguir mi camino hacia el despacho. Una vez superada la yincana que supuso alcanzar la puerta del profesor, di tres golpes con los nudillos y esperé respuesta. No la obtuve, así que esperé unos segundos más e insistí. La puerta se abrió antes de dar el último golpe. Era una enfermera del centro, que me pidió amablemente que me apartara para que pudiera salir. Cuando dejó de hacer frontera entre ambos, mi mirada se cruzó con la del doctor Campbell que, como era habitual, actuó como si le costara recordar quién era. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que nos habíamos visto en clase, pero él insistía en hacerme pensar que la demencia se apoderaba de su consciencia.

—Buenas tardes, doctor Campbell —le saludé con normalidad, como si me hubiera contestado al mensaje en el que solicitaba que

nos viéramos.

—¿Teníamos cita, Harper?

—Sí y no.

Se quedó perplejo y evitó responderme para que me pudiera explicar.

—Sí porque tenemos que hablar y no porque no responde a mis mensajes, doctor. Sin embargo, creo que es importante que mantengamos cierto contacto. Tengo novedades de la señora McNeil.

—¡Shhhhhhhh! —chistó enfadado, como si el apellido fuera innombrable. Y, en lugar de pedírmelo a mí, se levantó de su sillón de cuero para cerrar la puerta él mismo—. Siéntate, por favor.

—Como la última vez, he impreso mis últimas anotaciones. ¿Tiene unos minutos para que las comentemos?

Casi parecía yo la profesora y él el alumno. Suspiró con desgana, pero no le quedó más remedio que aceptar. Tal y como había intuido, asaltarle había sido la mejor de las ideas. Si todo aquello seguía dependiendo de su repentina indiferencia, no íbamos a llegar a ningún sitio. Y, le gustara o no, yo ya no estaba dispuesta a dejar el trabajo a medias.

—Verás, Harper... Es que no sé cómo decirte esto, pero el marido de la señora McNeil y yo hemos estado hablando y creemos que es mejor que no vuelvas a la casa.

—¿Disculpe? —le había oído perfectamente, pero quería asegurarme de que estaba entendiéndolo bien—. ¿Me están despidiendo?

—No, mujer, no. ¡No te pongas tremenda! —respondió en un tono que no me gustó demasiado—. Es simplemente que... Bueno, que ya no es necesario que sigas.

—¿Y eso por qué? —Ya ni siquiera guardé la compostura. Me estaba enfadando bastante.

—La señora McNeil no la quiere en casa.

—Eso es mentira, doctor —contesté tajante—. De hecho, me necesita. Hoy mismo me ha pedido que me quede con las niñas esta noche.

—¡Vamos, Harper, por Dios! —exclamó efusivo, levantándose del sillón al impulso de los manotazos que dio sobre los reposabrazos—. Tú y yo sabemos que esa señora necesita que la internen, no que una estudiante juegue a las casitas con ella.

—No estoy jugando a las casitas, doctor —respondí levantándome para ponerme a su altura—. Si la señora no me quiere allí, lo respetaré. Faltaría más. Pero, si no le importa, esperaré a que sea ella quien me lo pida. Y ahora, si le parece bien, he de irme. Me están esperando.

Esa fue la última vez que entré a ese despacho. Ahora lo entendía todo. Ya no quería que trabajara para él. Quizás pensaba que me quedaba grande todo aquello, pero yo sabía que no. Así que con su beneplácito o sin él, y hasta que la señora McNeil expresara lo contrario, no pensaba dejar de pasar mis tardes en Morningside. Me había propuesto llegar hasta el final de ese asunto y, teniendo en cuenta la poca ayuda que había recibido por su parte hasta ese momento, tampoco es que fuera a echarla en falta. Cerré la puerta con decisión y, de camino a la salida, escribí a Greta para enviarle la dirección.

Teníamos algo más de una hora todavía, así que quedamos en una cafetería cerca de la casa. Me alivió ver que, tal y como le había pedido, traía consigo dos libros y un cuaderno. Eso conseguiría que la señora McNeil se creyera que teníamos un trabajo que terminar. Le expliqué a Greta casi todo lo que necesitaba saber sobre la casa y sus normas. Íbamos a estar solas, pero necesitaba que entendiera que el ambiente era rígido para no tener problemas con Margaret o con las niñas. En realidad, pensé que sería tan fácil como pasar la noche en silencio. Un silencio del que, muy a mi pesar, no íbamos a gozar.



Una noche en Morningside



La reacción de Greta cuando vio la casa fue muy similar a la que tuve yo el primer día. Se quedó prendada de sus dimensiones, de su diseño y del enorme pero inutilizado jardín frontal. Antes de presionar el botón del timbre, vi conveniente recordar algunos detalles que ya le había comentado en la cafetería, pero me llamó pesada y asintió repetidamente como si todo estuviera más que claro. Fue Margaret quien nos abrió la puerta y, tras presentarle a Greta, nos pidió que nos acomodáramos en las butacas del recibidor. No nos dio tiempo a sentarnos cuando oímos los pasos de la señora, por lo que cogí el brazo de Greta para que se mantuviera de pie.

—Harper, gracias por venir —se dirigió a mí mostrándose claramente agradecida. De hecho, me atrevería a decir que era la primera vez que se alegraba de verme.

—No se preocupe, señora. Mire, esta es mi compañera, Greta —la presenté mientras ambas se estrechaban las manos sin mediar palabra.

—Margaret os llevará a vuestra habitación. Poneos cómodas, pero en silencio, por favor. Las niñas ya están dormidas.

—Descuide, señora McNeil. Seremos tumbas —respondió Greta, ignorando mis peticiones en tiempo récord. Mi jefa la miró, elevando

las cejas con un gesto de incredulidad.

—Trabajaremos en silencio, no se preocupe. Si las niñas me necesitan, estaré ahí —la tranquilicé, intentando arreglar la desafortunada irrupción de mi amiga.

La señora McNeil asintió y, tras ponerse su clásico abrigo de terciopelo encima de los hombros, se dirigió a la puerta. Antes de salir, echó un último vistazo a las escaleras con un semblante nostálgico, pues, claramente, lo que más le incomodaba en el mundo era separarse de sus hijas. Dudó unos segundos y cerró con delicadeza. Acto seguido, Margaret nos pidió que la acompañáramos. Subimos tras ella en completo silencio hasta que la madera del piso superior empezó a crujir bajo nuestros pies, por lo que procuramos ejercer el mínimo peso posible sobre el suelo. Nosotras, al menos. A Margaret parecía darle igual que hubiera dos niñas dormidas.

De camino a la habitación de invitados, Greta buscaba en mí una mirada cómplice. Como si quisiera estar de acuerdo en que esa casa, tal y como le había contado, daba pavor. Pasamos de largo por la habitación de Edith primero y de Poppy después y nos acercamos peligrosamente a la puerta del final del pasillo. Esa que tanto miedo me daba y que, al mismo tiempo, casi parecía llamarme. Decidí agachar la cabeza hasta que entramos en el cuarto en el que pasaríamos la noche. Margaret nos dio algunas indicaciones sobre qué baño podíamos usar, dónde había mantas por si pasábamos frío y la hora a la que debíamos marcharnos. Y, justo cuando se disponía a dejarnos solas, Greta preguntó:

—No quisiera ser grosera, Margaret, pero... ¿No podía usted encargarse de las niñas esta noche?

La asistente me miró de reojo y no respondió. Se produjo un tenso silencio, después forzó una sonrisa y cerró la puerta tras ella. Cuando oímos que se había alejado lo suficiente, Greta dejó caer todo su peso en la cama.

—¿Está sorda o qué? —preguntó.

—No está sorda, Greta; es simplemente que esa no es su función. Ella se encarga de las tareas del hogar.

—Bueno, ya... Lo único que digo es que si es la interna y las niñas ya están dormidas, ¿por qué no se lo han pedido a ella?

—¡Y yo qué sé, tía! ¿Es que no te has enterado de lo peculiar que es esta mujer? —respondí, refiriéndome a todas las cosas que le había contado de la señora McNeil. No lo sabía todo, pero sí podía hacerse una idea bastante clara de la mujer en cuya casa nos encontrábamos—. Y baja el volumen, por favor. Las niñas duermen justo al lado y lo último que necesitamos es que alguna se despierte y tengamos que hacer de canguros de verdad.

—Uf, no, no. ¡Qué pereza! —contestó Greta reduciendo el tono de voz.

Habíamos pedido unos sándwiches para llevar en la cafetería, así que nos los comimos allí mismo, hablando en voz baja en todo momento. Cuando Greta subía el tono lo más mínimo, le suplicaba que no lo hiciera y recuerdo sentirme bastante agobiada cada dos por tres. Cuando se nos acabó la conversación, ambas nos pusimos a leer. Lo hicimos en riguroso silencio, a pesar de que sospechaba que en algún momento mi amiga me interrumpiría con alguna ocurrencia. No lo hizo y de hecho se quedó dormida en algún momento. El libro le cubría la cara, así que se lo retiré con cuidado, apagué la luz de su mesilla y la arrojé. Yo seguí leyendo un rato hasta que también el sueño se apoderó de mí. Apagué la luz de mi mesilla, me acomodé y me quedé dormida casi inmediatamente.

Me desperté en mitad de la noche, cuando sentí que una mano sacudía mi brazo. Abrí los ojos con dificultad y encontré a Poppy de pie, llamándome.

—¡Harper! —exclamó en un tono de voz muy bajo.

—¡Poppy! ¿Va todo bien? —pregunté, incorporándome.

—¿Dónde está mamá? —quiso saber. La noté triste y algo preocupada, así que me puse de pie junto a ella.

—Mamá está en una cena de trabajo con papá, pero no tardará en volver. Yo estoy aquí, tranquila.

Intenté acercarme a ella para estrecharla contra mi cuerpo y que así se sintiera algo más segura, pero se apartó instintivamente y yo

retrocedí para no incomodarla.

—Ven, que te acompaño a tu habitación. —Me dirigí a la puerta, pero me detuve cuando observé que no me seguía—. Poppy, vamos, me quedo un rato allí contigo, si quieres.

—¿Y Edith? —preguntó con voz temblorosa.

—Edith está dormidita. Procuremos no despertarla, ¿vale?

En ese momento, la niña negó con la cabeza y, acto seguido, señaló la esquina de la habitación. Era el rincón más oscuro, ni la luz de la luna llegaba hasta allí. Achiné los ojos para intentar ver algo y, entonces, intuí la silueta de una persona pequeña, pues los pies no le llegaban al suelo. Estaba sentada en una mecedora que no recordaba haber visto antes de apagar la luz, pero cuyo crujido al mecerse hizo que fuera evidente que siempre había estado ahí. La madera del suelo se quejaba con cada vaivén, así que miré a Greta, que seguía profundamente dormida. Intenté hablar, pero la garganta se me secó por un momento.

—Edith, ¿qué haces? —logré decir por fin.

La mecedora se detuvo de golpe. El silencio se hizo muy pesado y el aire era denso, tanto que casi costaba respirar. Y, de repente, escuché un ruido débil, parecía agua: como si algo estuviera chorreando sobre los tablones de madera del suelo. Me giré para buscar a Poppy, que se había quedado detrás de mí. La encontré sentada en mi lado de la cama, observando a Greta, que seguía sin enterarse de nada.

—Niñas, ¡a dormir! —exclamé algo más alterada, cansada de que jugaran conmigo—. No lo voy a repetir más.

En ese momento, Edith se levantó de la mecedora, y cuando la luz de la noche iluminó su rostro, la vi observándome fijamente, desafiante, y abandonó la habitación sin quitarme ojo. Poppy se levantó de la cama y la siguió. Ella lo hizo agachando la cabeza, sin mirar atrás. Salí al pasillo para comprobar que se dirigían a sus respectivas habitaciones y así lo hicieron, así que volví a la mía y cerré la puerta. Cuando me metí en la cama, comprobé que las sábanas estaban empapadas. Poppy había estado sentada y lo había

mojado todo. Pensé que sería pis, así que encendí la luz de mi mesilla con cara de asco, pero no. No era pis. Era un cerco transparente e inoloro. Parecía como si hubiera vertido un cubo de varios litros de agua sobre las sábanas. Había tanto líquido que incluso Greta se estaba mojando. La desperté.

—¡Greta, despierta!

—¡Ay, Harper! —se quejó—. ¿Qué pasa?

—¡Levántate! ¿No ves que está todo empapado?

—¿Te has hecho pis? —preguntó asombrada, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados.

Mientras se incorporaba, yo seguí el rastro de agua, que se dividía en dos. De la cama al pasillo y del pasillo a la mecedora en la que había estado sentada Edith, cuyo tapizado también estaba empapado.

—Estas niñas... ¿Qué narices han hecho aquí? —me pregunté en voz alta.

Greta observó también la cantidad de líquido que había por toda la habitación. Si yo no entendía nada, ella mucho menos. Las dos nos miramos incrédulas, intentando averiguar de qué trastada podría tratarse.

—No les caes muy bien, ¿eh? —dijo Greta entre risas, pero a mí no me hacía gracia.

—Quédate aquí —le ordené.

Salí al pasillo. Dirigí mi mirada a las habitaciones de las niñas, cuyas puertas volvían a estar cerradas, pero el crujido oxidado de otra puerta llamó mi atención. Era la del final del pasillo, que se entornaba lentamente mientras yo giraba la cabeza al mismo ritmo, temerosa por encontrar algo que sabía que no quería ver. Se detuvo de pronto, dejando pasar un hilo de alguna luz que había en el interior. Era cálida, como de una lámpara tenue.

—Harper, ¿qué pasa? —preguntó Greta, que estaba sentada en la cama sin saber muy bien qué hacer o cómo ayudar.

—Que te quedes ahí, te he dicho.

Y, sin pensarlo demasiado, haciendo uso de una fuerza de voluntad que ni sabía que tenía, me dirigí a la maldita habitación. Ya estaba cansada de que me provocara semejante e irracional terror y la única forma de deshacerme de él era comprobando qué escondía. Caminé lentamente, procurando no hacer ruido, con los pies descalzos y mojados, y el corazón a mil por hora. Alcancé el pomo y por fin me atreví a abrir.

Era una especie de sala de estar, claramente en desuso por la cantidad de cajas llenas de polvo que había por todas partes. Había una lamparilla encendida sobre una cómoda, junto a una foto de las niñas abrazadas a su madre. A la izquierda, un perchero atornillado a la pared tenía dos pijamas colgados. Eran idénticos a los que Poppy y Edith se ponían cada noche tras el baño. Idénticos a los que llevaban esa noche, de hecho. La luz los alumbraba, casi como si fueran la pieza más importante de una exposición. Aproveché que ya no sentía tanto miedo para observar el resto de la estancia y me fijé en que las cajas que ocupaban el suelo estaban etiquetadas con palabras que, dada la poca luz que había, no conseguí leer.

Estaba a punto de aventurarme hacia el interior cuando oí unos pasos que se acercaban a mí desde el otro extremo del pasillo. Me giré rápidamente y vi a la señora McNeil, que se dirigía a mí acalorada y furiosa.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó apoyando las manos sobre sus caderas.

—Señora McNeil, solo quería comprobar que las niñas estuvieran bien. He oído un ruido y me he preocupado —mentí.

—¿Desde cuándo la habitación de mis hijas está en esta parte del pasillo? —dijo observando la puerta de la que había salido.

—Es que he visto luz y pensé que estarían... —respondí, girándome hacia la puerta que, de repente, estaba cerrada. Yo no la había cerrado, no entendía nada.

—Esta habitación lleva casi un año sin abrirse, Harper. No has podido ver luz dentro porque nadie la usa. Solo dos personas en esta casa tienen la llave y te aseguro que tú no eres una de ellas.

Me quedé helada. ¿Cómo que llevaba casi un año sin usarse? Si yo la había encontrado con y sin llave en diferentes momentos, si acababa de ver que había una lámpara encendida... No entendía nada, intentaba ordenar mis pensamientos antes de responder, pero me quedé sin habla. La señora McNeil esperó pacientemente a que recuperara la cordura.

—Señora, le juro por mis hermanos que he visto luz ahí dentro y he pensado que serían Poppy y Edith haciendo alguna trastada. Además, han venido a mi habitación hace un momento y lo han puesto todo perdido de agua y...

—¿De agua? ¿Qué estás diciendo?

Y se dirigió a la habitación en la que dormíamos Greta y yo. Ambas nos asomamos, pero la luz ya estaba apagada y mi amiga profundamente dormida otra vez. No parecía que el suelo estuviera mojado y tampoco entendía cómo Greta había conseguido dormirse otra vez. Me acerqué a mi lado de la cama y toqué las sábanas, que estaban completamente secas. Era como si nada de lo que creía haber vivido hubiera sucedido en realidad. El suelo seco, la mecedora seca, las sábanas secas, Greta dormida, la puerta del final del pasillo cerrada... Me estrujé los sesos para encontrar una explicación, pero no lo comprendía.

La señora McNeil comenzó a impacientarse. Me observaba fijamente, esperando una respuesta que no tenía. Entonces, se cansó de esperar.

—Mira, no sé si eres sonámbula, si te drogas o si simplemente estás jugando conmigo, pero os quiero fuera de esta casa a las siete de la mañana. En punto, Harper. Ahora entra y no salgas. Vas a despertar a las niñas con tus estupideces.

Me quedé helada, viendo cómo se alejaba por el pasillo. Cuando conseguí que mis piernas volvieran a responder, hice lo que me pidió. Cerré la puerta cuidadosamente, me metí en la cama y programé una alarma innecesaria, pues no pegué ojo en toda la noche.

Desperté a Greta a las siete menos cuarto.

—Greta, despierta, tenemos que irnos.

—¿Ya? —se quejó mientras cogía su móvil—. Pero si no son ni las siete.

—La señora nos quiere fuera a esa hora, así que date prisa y recoge tus cosas.

Mi compañera obedeció a regañadientes. Ambas nos cambiamos y guardamos todo en nuestros bolsos en silencio. Estaba deseando abandonar la casa para hablar con Greta. Necesitaba saber que no lo había soñado. Que alguien más había sido testigo de lo que había sucedido esa noche. Recorrimos el pasillo con los zapatos en las manos para no hacer ruido y nos los pusimos una vez llegamos al final de la escalera, junto al recibidor. Ni siquiera Margaret estaba despierta todavía, así que no nos despedimos de nadie.

Antes de abandonar la finca, me giré para observar la casa, cuyos ventanales siempre parecían ocultar cosas que necesitaba saber. Desde uno de ellos, vi a las niñas, todavía con los pijamas puestos, los mismos que había visto la noche anterior. Poppy me decía adiós con la mano y Edith me miraba de la misma forma que lo hacía siempre. Le di un codazo a Greta e hice un gesto con la cabeza para que las viera.

—¡Ay! ¿Qué? —se quejó.

—Míralas —le ordené, guiándola con la mirada.

—¿A quién, Harper? —preguntó, buscando sin éxito.

—Las niñas, Greta, están ahí, en la ventana.

—¡Que soy miope, tía! ¿Tú crees que veo algo? —respondió dándose la vuelta e ignorando mi petición—. Si me hubieras dejado ponerme las lentillas...

Me giré poniendo los ojos en blanco y la seguí hacia la calle, que estaba desierta. Era demasiado temprano, Morningside todavía dormía. La luz de las farolas alumbraba con esfuerzo las aceras, aún cubiertas por la fina neblina de la madrugada. El suelo estaba encharcado, pero ya no llovía, así que caminamos tranquilamente hacia la parada, abriéndonos paso a través de la bruma que restaba

cierta visibilidad. No fue hasta que nos sentamos en el autobús que comenzamos a hablar.

—Greta, dime una cosa, ¿recuerdas lo que pasó anoche?

—Sí, claro —respondió sin saber muy bien a dónde quería llegar.

—¿El qué? —quería escuchar su versión primero.

—Pues nada, que hablamos en voz baja porque te ponías muy pesada, luego leímos un rato y yo me quedé dormida en algún momento, ¿no?

—Sí... ¿Y después?

—Y después no lo sé, ¿te quedaste leyendo hasta tarde?

—No... Me refiero a esta madrugada, cuando vinieron las niñas.

—¿Vinieron las niñas? —preguntó estupefacta.

—¿Me estás vacilando, Greta? Porque no tiene ni puta gracia. —De nuevo, el corazón me iba a mil por hora.

—Que no sé de qué me hablas, Harper, tía... Eres rarísima, ¿lo sabes?

—Greta, ¿eres sonámbula? —quise saber, pensando que, quizás, eso explicaría que hubiéramos interactuado pero que no se acordara de nada.

—No... que yo sepa —respondió sin estar muy convencida.

Y zanjé la conversación. Era sonámbula, claramente. Es que era imposible que me lo hubiera imaginado todo. El agua, la habitación del fondo, a las niñas... O ¿podía ser que la que caminaba y hablaba en sueños fuera yo? No esperé a averiguarlo y escribí a mi madre que, por suerte, ya estaba despierta.

Buenos días, mamá.

Una pregunta un poco rara, luego te lo explico. ¿Soy sonámbula?

Buenos días, cariño. No, ¿por qué?

*¿Nunca he tenido un episodio de sonambulismo de pequeña?
¿Nunca me has encontrado dormida fuera de mi habitación?*

¿Nunca he hablado en sueños?

Hablas en sueños, sí, pero no caminas. Bueno, al menos, yo nunca te he visto hacerlo. ¿Por qué, Harper, qué pasa? ¿Te llamo?

No, luego te llamo yo.

Bloqueé el móvil angustiada. Impotente por no encontrar ni un ápice de racionalidad en todo lo sucedido. Esa tarde tendría que volver a Morningside y no sabía cómo iba a afrontarlo. No quería regresar, no me sentía segura allí. La hostilidad, el silencio y la incertidumbre eran mucho más de lo que podía soportar. Me temblaban las piernas de pensarlo. Además, seguro que me esperaba una incómoda conversación con la señora McNeil, que querría que le explicara lo sucedido esa noche. ¿Y cómo iba a hacerlo? Si ni siquiera yo sabía lo que había pasado. Confié en ordenar mis ideas a lo largo de la mañana o, al menos, inventarme una versión verosímil que la tranquilizara. Lo que no sabía es que si había algo que no podría hacer ese día era pensar con claridad.



¿Qué haces aquí?



Pasé las horas lectivas dándole vueltas a lo sucedido la noche anterior. No podía concentrarme en lo que se proyectaba en la pizarra digital. Ni la llegada del doctor Campbell al aula me sacó de mis pensamientos. Ese día era una persona más y, por lo tanto, completamente irrelevante. Él también actuó como si nada nos hubiera unido en algún momento. Transcurrieron las horas y, conforme se acercaba el momento de regresar a Morningside, mi ansiedad iba creciendo. Ni siquiera pude comer. Tenía un nudo en el estómago y necesitaba aire, así que ese día no cogí el autobús. Caminaba en dirección a la casa cuando, cruzando el puente de Waverley, una figura masculina me resultó familiar. No me lo podía creer, era Callum. Al principio no me vio, pero cuando nuestras miradas se cruzaron ya era demasiado tarde.

—¿Qué haces aquí? —cuestioné con el semblante más serio que conseguí mostrar.

—No aguanto más, Harper. Tengo que hablar contigo.

—¿Y creías que viniendo sin preguntar te iba a hacer caso?

—Esperaba que sí... ¿Lo harás? Te lo pido por favor, Harper.

—Sin embargo, el respeto que merecía yo era mucho pedir —rebatí tajante—. Tengo que irme.

—Harper, por favor —insistió en tono de súplica, caminando tras de mí.

—Callum, me esperan en Morningside.

—Te acompaño.

—No, no me acompañas. Búscate la vida por aquí y cuando vuelva, si no estoy muy cansada, nos vemos.

Y le dejé ahí. Plantado en mitad de la acera. No me hizo falta darme la vuelta para intuir que se quedó observando cómo me alejaba. En realidad, empezaba a sentirme culpable. Sabía que no podía perdonarle porque, ante todo, éramos amigos. Y eso no se hace. Pero precisamente porque éramos amigos, sentía que le debía algo. El beneficio de la duda, seguramente. En cualquier caso, no era el momento. Tenía que llegar a Morningside y enfrentar una realidad que, como cada día desde que trabajaba allí, era poco predecible. ¿Estaría la señora McNeil enfadada por lo que sucedió anoche? ¿Me pondría de patitas en la calle antes de que pusiera un pie en el escalón de la entrada? O, quizás, ¿haría como si nada, como había hecho en otras ocasiones? Era un ser tan complejo que cualquiera de esas opciones me parecía verosímil a esas alturas.

Me recibió Margaret, como siempre, con una sonrisa servicial que, desde el primer momento, sospeché que guardaba secretos. Esa vez no me dejó en el recibidor, sino que tuve que acompañarla a la cocina, donde la señora McNeil le había indicado que tendría que esperarla. No entendí mucho, pero tampoco pregunté. Mientras ella hacía sus labores frente a los fuegos, yo me acomodé en uno de los taburetes adosados a la isla central. Al principio opté por no darle conversación salvo que ella lo hiciera, pero la señora tardaba demasiado y yo me aburría.

—¡Qué bien huele! ¿Qué cocinas hoy, Margaret?

—Cullen Skink —respondió, mientras me enseñaba el contenido de la olla en un cucharón.

—¡Qué rico! Era el plato favorito de mi abuela.

—Vaya, lo siento mucho... —dijo intuyendo que al hablar de ella en pretérito había fallecido.

—No está muerta, pero como si lo estuviera.

Margaret frunció el ceño, pero no preguntó. Podría ser que ya no nos hablábamos, que estaba en estado vegetal en un hospital, que abandonó a mi abuelo y a sus hijas para marcharse lejos... Cualquier razón hubiera resultado jugosa, pero a Margaret no pareció importarle lo más mínimo mi vida privada. O, al menos, no lo demostró. Yo apreté los labios incómoda porque, como siempre, hablé demasiado y, acto seguido, cambié de tema.

—Está enfadada conmigo, ¿verdad?

—¿Quién? —quiso saber sin perder de vista la comida.

—La señora...

—¿Y por qué iba a estar enfadada con usted?

—Bueno, la anoche resultó un poco extraña y no sé qué le habrán contado las niñas. Además, me pilló en la puerta de la habitación del fondo.

—¿Entraste? —preguntó, soltando todo lo que tenía en las manos en ese momento, pero sin girarse para mirarme.

Tardé en responder, pues desconocía si Margaret era cómplice o espía. Solía enviarme señales contradictorias y no podía arriesgarme. A veces me daba la sensación de que estaba de mi parte en según qué situaciones y otras actuaba como si fuera una intrusa que había llegado para molestar. Finalmente, dije la verdad a medias.

—No, no. Dios me libre. Observé desde fuera.

—¿Y qué viste? —quiso saber, girándose por fin en mi dirección.

No me dio tiempo a responder, pues la señora McNeil irrumpió en la cocina sorprendiéndonos a las dos. Normalmente sus pasos la delataban, pero esa vez tuve la sensación de que fue sigilosa adrede. Supuse, incluso, que había escuchado parte de la conversación desde detrás de la puerta. Margaret debió de suponerlo también, pues se asustó tanto que se le derramó parte del caldo sobre el fuego encendido, lo puso todo perdido, se quemó y emitió un pequeño grito.

—Buenas tardes, señora —la saludé como si nada, ya de pie frente a ella.

—¿Podemos hablar? —respondió, observando que había dejado el taburete mal colocado bajo la isla.

—Por supuesto. —Coloqué el taburete tal y como lo había encontrado antes de seguirla hacia la salida de la cocina.

Margaret nos observó mientras se secaba las manos con un trapo de la cocina. Con esa mirada tan indescifrable como siempre, pero con cierto tinte de preocupación. Yo me encogí de hombros en señal de complicidad y me di la vuelta para no perder a la señora, que caminaba a paso acelerado hacia el recibidor. Se detuvo frente a la ventana que daba al jardín frontal y la imité. Me observó durante unos incómodos segundos y yo le mantuve la mirada con una sonrisa, aunque en realidad estaba asustada.

—¿Qué pasó anoche, Harper?

Claro, quería explicaciones. Una cronología de los hechos que, por suerte, me había preparado muy bien.

—Soy sonámbula, señora. Confirmado —mentí haciendo un gesto rarísimo con el brazo.

Aun así, sonó tan creíble que ni respondió. Asintió cruzando los brazos sobre su pecho y yo seguí hablando, presa del nerviosismo al que me sometía una y otra vez.

—Tuve que llamar a mi madre para asegurarme, pero sí. Soy sonámbula. Sonambulísima, vamos.

«¿Sonambulísima? ¿Esa palabra existe?», me pregunté acto seguido.

—Entonces, ¿no recuerdas haber querido acceder a la habitación del fondo?

—Discúlpeme, ¿de qué habitación me habla? —volví a mentir.

—Es igual.

Con la señora McNeil convencida con mi versión de los hechos y yo con sudores fríos por la espalda y el cuello, ahora solo quedaba averiguar si seguía queriéndome en su casa o no. Deduje que sí, cuando se dirigió a las escaleras esperando que fuera tras ella. De hecho, la tarde transcurrió con una normalidad a la que no estaba acostumbrada. Ella jugó y leyó con las niñas, las acompañó a cenar,

las bañó y me echó. En todo momento fui testigo de una sucesión de escenas en las que no se me permitía actuar. No me hizo ningún encargo, no me pidió que llamara a Rhona, no me mandó a la floristería, ni siquiera me dejó a cargo de las niñas cinco minutos. Niñas que, por cierto, no me miraron en toda la tarde. Era como si fuera transparente para ellas y, a decir verdad, también para su madre.

Cuando la tarde más interminable de mi vida llegó a su fin, me dirigí a la residencia siguiendo el trayecto habitual. Estaba tan cansada que ni me acordé de Callum, que probablemente llevaba todo el día igual o más aburrido que yo. Opté por reducir mi nivel de dureza ante la situación y fui yo quien tecleó su nombre en mi móvil.

—Harper, ¿dónde estás? —preguntó nada más descolgar.

—Estoy llegando a la residencia, ¿y tú? —respondí a desgana.

—El 49 de Simpson Loan, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo todo el día solo, esperándote. He tenido tiempo para buscarla.

—Has hablado con Greta, ¿no? —deduje.

—Pero no te enfades con ella, por favor.

—¿Y se puede saber cómo has dado con mi amiga?

Callum me contó que se la encontró casualmente por el campus. Que salía de una de las facultades y que le resultó fácil reconocerla. Alta, pelirroja, vestida con un sinfín de colores incombinales tal y como hizo en nuestra escapada a Aberdeen... Me cuadró.

Le pedí que me esperara ahí y caminé de Waverley al campus con una tranquilidad pasmosa e intencionada. No me salía ser tan benevolente dadas las circunstancias y, aunque por fin estaba dispuesta a escuchar todo lo que tenía que decirme, mi intención no era ponérselo fácil. Estaba dolida. Muy dolida. La imagen de Callum con aquella chica volvía a mí en forma de puñalada por la espalda. Me recorría la columna y me aplastaba las tripas. No sabía si iba a ser capaz de olvidarlo, aunque quería hacerlo. Necesitaba hacerlo.

Cuando empecé a intuir la silueta de la residencia a unos metros, mis piernas empezaron a debilitarse. Estaba temblando y quise autoconvencerme de que tenía frío, pero no. Era mi sistema nervioso claramente en mi contra. Intenté recordar todo lo que quería decirle, ensayar algunas reacciones que me ayudaran a mantenerme fría... Y no pude. Callum me alcanzó antes de que pudiera acercarme más y, sin mediar palabra, me abrazó y me estrechó contra su cuerpo con fuerza. Me costó muchísimo mantener mis brazos en posición de descanso, estos luchaban contra mi orgullo para corresponder al abrazo que tanto tiempo llevaba necesitando. Él no tardó en notar que no vibrábamos en la misma escala y se apartó antes de lo que me hubiera gustado. Agaché la cabeza y me quedé sin palabras. Menos mal que Callum tenía mucho que decir, pero antes...

—Te invito a cenar —propuso.

—No tengo hambre.

—¿Sed tampoco?

Me encogí de hombros, esperando que entendiera que me daba absolutamente igual todo, y comenzamos a caminar. Se notaba que no sabía qué decir para romper el hielo que se formaba a nuestro alrededor. Parecíamos dos completos desconocidos, andando en silencio, procurando no rozarnos los meñiques. Él se miraba los pies y hacía comentarios meteorológicos, yo caminaba con seguridad, haciendo gala de lo tranquila que me sentía por tener las riendas de un destino que, desde aquella tarde en Aberdeen, ya no parecía estar escrito. Llegamos a Grassmarket en pocos minutos y creo que ambos agradecemos que el ajetreo de turistas y locales se colara entre palabras vacías y pausas que arañaban el alma.

No tardamos en encontrar una mesa vacía en una de las innumerables terrazas de la plaza. Me pidió que me sentara mientras él buscaba a un camarero en el interior. Durante su ausencia, me fijé en una pareja que caminaba de la mano. Se reían y se besaban cada tres adoquines. A ella le brillaban los ojos cuando hablaba y él la miraba como quien por fin ve en persona su obra de arte favorita. Les reconocí inmediatamente. Era la pareja que vi el día que llegué a

Edimburgo y, tal y como sucedió esa primera vez, me atraparon de tal forma que no vi a Callum volver. Pegué un respingo en la silla cuando se acercó, así que tuve que explicárselo.

—¿Ves a esos dos? —dije, señalándolos disimuladamente mientras le daba un sorbo a la pinta de cerveza que me acababa de traer.

—Sí —asintió—. ¿Qué pasa con ellos?

—Son Alba y William —respondí, sorprendida conmigo misma por recordar sus nombres perfectamente.

—¿Les conoces?

—Creo que no.

Y seguí mirándolos, completamente hechizada por lo que, no hace mucho, yo también había esperado de nosotros dos. Desaparecieron y salí de mi trance. Di otro sorbo a la cerveza, la apoyé con decisión sobre la mesa de madera, crucé los brazos y dirigí mi cuerpo entero en su dirección, esperando que empezara a hablar. Callum dio otro trago, mucho más largo que el mío, dejó la pinta con más delicadeza que yo e intentó apoyar su mano en mi pierna derecha, pero la sacudí en señal de rechazo.

—Tienes veinte minutos —afirmé, cansada de la situación.

—Vale, te lo digo sin rodeos. Primero: te quiero. Eso necesito que lo tengas claro. Segundo: lo que pasó... Lo que viste no tiene nada que ver con nosotros. Es que estaba confundido, no le habíamos puesto nombre y me daba miedo cagarla.

Se me escapó una carcajada. Menuda gilipollez de razón. Pedí perdón por la interrupción y le dejé seguir.

—Harper, desde que nos besamos es todo muy confuso para mí. Siento que tenemos algo bonito, pero es confuso. No llegamos a hablar de qué éramos y, vale, joder, sé que suena a excusa barata, pero la realidad es que justo cuando empezaba a sentir que lo nuestro podía ser real, te fuiste.

—¿Y quién es ella? —pregunté con frialdad.

—No es nadie. —Arqué la ceja derecha—. Me refiero a que no significó nada, Harper. No hay una historia detrás, no la he vuelto a

ver y, sobre todo, no es comparable contigo... Con nosotros. Fue un momento impulsivo y vacío y después me sentí como un idiota.

—¿Y si no te hubiera pillado infraganti, Callum? ¿También te hubieras sentido como un idiota después?

Se acomodó en el respaldo de su silla, visiblemente agotado por un día largo, por no tener todas las respuestas o por ambas cosas. Yo agaché la cabeza y nos imaginé a los dos en un callejón sin salida. Él empeñado en que podía sacarnos de allí y yo convencida de que no había escapatoria. Guardamos un minuto de silencio por lo que pudo ser y no fue y después me hice con el control de la conversación para, quizás, encarrilar una vía más justa con el que no hacía mucho era mi persona favorita.

Yo tenía tantas cosas en la cabeza ese día, que me costó horrores encontrar todos los elementos de una mísera frase con sentido. Era consciente de que mi saturación mental no me estaba dejando pensar con claridad, así que mantuve el silencio que me pedía y esperé a que fuera Callum el que siguiera picando piedra por los dos.

—Mira, estoy de acuerdo con todo lo que estás pensando. Soy un gilipollas, no he sabido estar a la altura, te he decepcionado como amigo, te he decepcionado como lo que fuera que querías que fuera para ti y seguramente no hay marcha atrás. ¿Cierto? —Asentí—. Pues entonces, Harper, solo me queda darte las gracias por escucharme hoy, esperar que algún día seas capaz de perdonarme y suplicarte que te creas que te quiero. Siempre te he querido y, probablemente, siempre lo haré.

Y en ese momento, dio el trago final a su pinta, se levantó, me dio un beso en la frente y se fue. Me quedé sola, helada, con los ojos encharcados y el corazón pesándome el doble en el pecho. Vi cómo se alejaba por Cowgate, esquivando al grupo de borrachos en kilt que se acercaban a Grassmarket, con las manos en los bolsillos y dando una patada brusca a la lata que se atrevió a cruzarse en su camino en ese momento. Y entonces, y solo entonces, rompí a llorar como hacía tiempo que quería hacerlo. Como si estuviera sola, como si nadie

observara. Como si todos mis pensamientos negativos se hubieran agolpado en mi estómago para patearme las paredes sin compasión.

—¿Otra? —preguntó un camarero, que salió a recoger bebidas vacías de otras mesas.

Otra cerveza, otra solución, otro desenlace... Pero no, gracias. O sí, por favor, no lo tenía claro. Negué secándome las lágrimas disimuladamente y, cuando estaba a punto de irme, escuché una voz que conocía bien. Me levanté y busqué su procedencia en el resto de las terrazas, abarrotadas de estudiantes que superaban los decibelios compatibles con la arquitectura medieval. Estaba convencida de que había oído a Greta. Su voz era inconfundible y, aunque nunca la había escuchado gritar, un simple monosílabo subido de tono me hubiera hecho reconocerla entre la multitud. Abandoné la terraza del pub en su busca y la encontré en otro de los más abarrotados, rodeada del grupo de personas que se había empeñado en considerar amigos, sin serlo.

Al principio me mantuve alejada, procurando cerciorarme de que necesitaba ayuda antes de hacerme la heroína en vano. Ella no me había visto, así que ocupé una silla a dos mesas de donde se encontraban y agudicé el oído buscando respuestas. Al principio me costó entender algo, pues el grupo que nos separaba hablaba demasiado alto, pero los pocos segundos ahogados en caladas de cigarro y sorbos de cerveza, fueron suficientes.

—¿Dónde te has comprado esa chaqueta, Greta? —le preguntó una de las chicas del grupo, que tocó la chaqueta de mi amiga con asco, como si le estuviera cogiendo la pata a una rata muerta—. Es para no ir —prosiguió, haciendo que el resto explotara en una carcajada colectiva.

Me costó horrores no intervenir. Seguí escuchando.

—¿Y a tu novio le gusta cómo vistes? —añadió otra, buscando las miradas cómplices de sus amigas porque, para ella, seguro que fue una pregunta ingeniosísima.

Yo no veía la cara de mi amiga, me daba la espalda. Pero su silencio y la posición de su cabeza, dirigida a sus pies, empezaban a

decírmelo todo.

—Pero ¿qué va a ser ese su novio, tía? ¿Tú lo has visto? ¡Será su hermano, su primo por parte de padre o algún miembro de alguna organización de gente necesitada!

Otra carcajada grupal. Cada vez más alta y molesta. Me retumbaba en los tímpanos de una forma que juro que no sé cómo me contuve tanto tiempo.

—Es verdad, tía. Estaba demasiado bueno —comentó una de las chicas, dándole un codazo cómplice a una de sus amigas, que no podía parar de reír.

—Seguro que el pobre chico solo quiere ganar una apuesta con sus amigotes. Premio al que se folle a la rarita de Literatura.

La siguiente oleada de risas ya no la pude soportar. Me acerqué al grupo con decisión, eché un brazo por encima de los hombros de Greta y me hice un hueco en el corrillo de venenosas que, de repente, enmudeció. Mi amiga me sonrió con dificultad y el resto me hizo un escáner completo sin mediar palabra.

—Greta, nos vamos —le ordené, tirando de su brazo sin quitar ojo al resto.

—¿Y esta quién es, Greta? ¿Tu prima la misionera?

Esa vez no se rieron como lo habían estado haciendo hasta mi irrupción. Esa vez todas emitieron una carcajada torpe. Esa clase de risa que muere en el paladar por miedo a ser descubierta. Pero se oyó. Yo la oí y algo en mi fuero interno hirvió a cientos de miles de grados.

—Ni soy su prima ni soy misionera, pero te puedo decir lo que eres tú, si quieres —me enfrenté a la última responsable de todas las ocurrencias que no habían tenido ni puta gracia en ningún momento.

Todas se giraron hacia su amiga, que se había hecho tan pequeña que casi daba pena. Esperamos pacientemente a que recuperara el habla, pero el ridículo silencio que de repente atesoraba, me dejó claro que era la primera vez en su vida que alguien le plantaba cara de esa forma.

—Es curioso —añadí, observando a todo el grupo ahora—. La miráis como si estuviera por debajo, pero la necesitáis para sentir os suficientes. Qué lástima, ¿no? Molestarla, insultarla, acosarla... Nada de eso os hace superiores. Y lo más llamativo no es lo que decís, es que tenéis la capacidad de ignorarla y no podéis. Y eso dice mucho más de vosotras que de ella, ¿sois conscientes? —Unas fruncían el ceño, otras apartaban la mirada de la mía y ponían los ojos en blanco como cuando te tocan una llaga, y el resto atisbaba a su alrededor para cerciorarse de que nadie conocido estuviera escuchando, mientras Greta mantenía la cabeza agachada—. No podéis parar de hundirla porque cuando no lo hacéis os quedáis a solas con vosotras mismas y eso debe de ser infernal. Nadie que esté bien consigo mismo tiene tiempo para buscar ser grande a costa de hacer más pequeño al otro. ¡Eh! Pero seguid. No os cortéis. Seguid insultándola. Seguid dejándola en ridículo. Seguid publicando fotos tuyas en foros en los que solo los desquiciados sin autoestima participan. Pero que sepáis que lo triste no es lo que hacéis con ella, es que necesitáis hacerlo para no enfrentaros a lo poco que sois cuando nadie os mira.

Y sin esperar reacción alguna, obedecí los tirones de mi amiga, que insistía en que nos alejáramos. Nos hicimos un hueco entre las demás, que nos abrieron paso. Caras largas, alguna que otra palabra en la punta de la lengua y miradas fijas en nuestras espaldas. Greta guardó silencio hasta que nos hubimos alejado lo suficiente como para dar rienda suelta a los aspavientos que había estado reteniendo demasiado tiempo. Por la oscura cuesta de Candlemaker Row, más o menos a la altura de la verja de Greyfriars, por fin se manifestó. Estaba enfadada.

—¿Qué coño ha sido eso, Harper? —La miré incrédula. Sabía que era una pregunta retórica, así que la dejé continuar—. ¿Qué os creéis tu novio y tú? ¿Que soy una hermanita pequeña o algo así y que os necesito para defenderme?

—Greta, espera. —Me detuve en seco y la agarré de la chaqueta para que me imitara—. ¿De qué estás hablando?

—Antes Callum, en la universidad. Y ahora tú, en una salida con amigas.

—¿Eso era una salida con amigas? Joder, Greta... Pues menos mal que...

Ella siguió andando.

—Espera, Greta, perdóname. Siento muchísimo que te hayas sentido así ahora, pero no entiendo qué dices de Callum. ¿Podemos ir por partes?

—¡Ah! ¿No te lo ha dicho? Sois tal para cual. Se ha presentado en el campus esta mañana, me ha visto de camino a clase y se ha puesto en modo justiciero, como tú.

—Por favor, Greta —insistí para que se detuviera—. Cuéntame qué ha pasado esta mañana.

Tuve que caminar tras ella hasta que casi llegamos al campus. El enfado propulsó su ritmo y me costó alcanzarla, pero cuando lo conseguí, rompió a llorar y me lo contó todo entre sollozos. Estaba triste y enfadada, ansiosa, preocupada... Tenía una mezcla de emociones difíciles de gestionar, así que le di espacio y esperé pacientemente a que encontrara las palabras.

—Iba de camino a clase de Poesía Contemporánea cuando mis compañeras, que venían detrás, empezaron a hacer comentarios de la forma que tenía de caminar. Hablaban alto para que las escuchara. Traté de ignorarlas, pero estaba incómoda, intimidada. Iba a colocarme los auriculares cuando vi a Callum. Me sorprendí, claro, porque no esperaba encontrármelo en el campus. Se acercó a mí a paso acelerado y me preguntó por ti. Le dije que estarías en clase, pero que luego tenías que ir a Morningside. Le indiqué dónde estaba la residencia, por si quería esperarte por allí a la vuelta o algo, y entonces él también escuchó a las chicas de mi clase.

—¿Y qué hizo? ¿Te defendió?

—No. Por lo visto él no es tan bocazas como tú. Se limitó a cogerme la mano y me acompañó a clase. Nos detuvimos en la puerta del aula, para asegurarse, supongo, de que estas tías nos vieran

juntos. Pasaron por delante sin quitarnos ojo, él me dio un beso en la mejilla y dijo algo así como: «Después te veo, amor».

Una sonrisa se dibujó en mi cara en ese momento. Sabía exactamente por qué hizo eso. Las dos lo sabíamos. Me gustó recuperar la imagen que tenía de él antes de lo que sucedió ese fin de semana en Aberdeen y, al mismo tiempo, sentí un poderoso sentimiento de nostalgia y de culpabilidad. Me acordé de todas las veces en que había hecho cosas similares por mí. Tan protector, pero pacífico. Tan comprometido con las situaciones injustas, pero siempre elegante y calmado. Como cuando uno de sus amigos de *rugby* se sobrepasó conmigo. Estaba borracho e hizo una serie de comentarios que no gustaron nada a mi entonces amigo. No recuerdo muy bien qué me dijo, yo también había bebido. Pero sí que eran comentarios de índole sexual y también la forma en que Callum se levantó de su silla, se dirigió hacia donde estaba su compañero, le miró fijamente, pero con aparente tranquilidad, y le dijo algo así como:

—Le vas a pedir perdón y te vas a largar.

No sé si fue porque ya habían tenido algún altercado antes o si su capitanía en el equipo inspiraba respeto a los demás. Pero esa persona, cuyo nombre tampoco recuerdo, sostuvo la mirada de Callum unos dos segundos, me miró desafiante justo antes de disculparse, cogió sus cosas y se marchó sin rechistar. Ese era mi amigo. La paz en medio del caos. La luz en la penumbra. La exhalación más placentera cuando crees que se te ha olvidado respirar.

Y algo parecido es lo que había hecho con Greta. Intervenir sin llamar la atención. Supuse que se le ocurrió hacerse pasar por su pareja para que a sus compañeras se le bajaran los humos. Para que entendieran que no estaba sola. Por la situación que vivimos esa noche podía parecer que no funcionó, pero yo creo que sí. Traté de explicárselo a Greta, que terminó asumiendo que, en parte, sí se benefició de la ayuda de Callum. La mía nunca la llegó a aprobar, pero se le pasó el berrinche en cuanto recordó que todas las cosas

que yo sí me había atrevido a decir eran las que ella jamás hubiera podido formular. No porque no fuera valiente. Hay que serlo para enfrentarte día tras día a una situación de acoso con la mejor de las sonrisas y de las actitudes. Para ir a clase como si nada hubiera pasado el día anterior y volver a la residencia con una sonrisa de oreja a oreja. Pero Greta y yo éramos polos opuestos y de alguna forma nos teníamos que complementar. Ella se dejaba hundir, pero yo le haría un hueco en la puerta más diminuta aun en mitad del Atlántico. Yo tenía mal carácter a veces y ella me hacía entender que la vida es más bonita si sabes con quién compartirla.

Me quedé con eso y dejé de buscar su perdón, pues sabía que tarde o temprano me lo concedería. Lo que jamás me imaginé era lo que iba a vivir al día siguiente en Morningside. Trataré de contarle tal cual lo recuerdo, pero es un *shock* del que, todavía hoy, no he conseguido reponerme.



El accidente



Llegaba tarde. El centro estaba colapsado y el autobús que me llevaba a Morningside estuvo parado los quince minutos que necesitaba para ser puntual. Corrí agitada de la parada a la casa de los McNeil y, por el camino, mi móvil vibró tres veces. Tres llamadas de mi madre que, por desgracia para las dos, no pude responder.

Me peiné con los dedos, me coloqué el cuello de la camisa, me bajé la falda unos milímetros y respiré hondo. Para mi sorpresa, no fue Margaret quien abrió la puerta, sino el señor McNeil. Tan serio y agradable al mismo tiempo. Hacía tiempo que no me quería allí y, aun así, siempre procuró que no fuera demasiado evidente. Esa tarde, sin embargo, su lenguaje corporal le delataba.

—Buenas tardes, Harper —me saludó sin hacer el amago de apartarse para que entrara.

—Buenas tardes, señor.

—Yo salgo para el despacho en veinte minutos, espera aquí y aviso a mi mujer. No sé si te necesita hoy. Con un poco de suerte, podrás volver a casa.

«Ya te gustaría», pensé. No me iría salvo que la señora me lo pidiera y, por muy enfadada que estuviera, sabía que no lo haría. Se había dado cuenta de que le era útil y, algo en esa extraña relación

que habíamos creado, me hacía sentir satisfecha. La esperé en el recibidor, como siempre, de pie delante del perchero de la entrada, con la vista fija en las escaleras por las que siempre aparecía. Margaret salió de la cocina, me hizo un gesto sutil con la cabeza a modo de saludo y siguió su camino hacia el ala este de la casa. Esa tarde esperé a la señora McNeil más de lo normal, tanto que opté por acomodarme en una de las butacas de terciopelo en las que las niñas se sentaban para ponerse y quitarse los zapatos. Oí un tono de llamada que venía del piso de arriba, lo que me hizo recordar a mi madre. Saqué el móvil de mi bolso, asegurándome de que seguía sola en el inmenso *hall* y me asusté cuando comprobé que me había llamado doce veces. Doce llamadas y un mensaje claro: «*Llámame*».

Sentí impotencia. Necesitaba saber qué ocurría, pero no podía arriesgarme a que la señora me pillara usando el móvil en horario laboral. Estuve a punto de jugármela, dada su tardanza, pero finalmente no me atreví. En cambio, me imaginé casi todos los escenarios posibles, bonitos y feos. Que mi padre había tenido un accidente, que habían venido a Edimburgo por sorpresa y me esperaban en la cafetería de la residencia, que mi abuelo estaba ingresado, que solo era mi hermana pequeña echándome de menos, que era la abuela la que estaba enferma... No sabía qué sucedía, pero necesitaba averiguarlo. Y justo cuando estaba a punto de devolverle la llamada a mi madre, oí unos pasos acelerados arriba. Por el sonido, supe que era la señora, que hacía retumbar la madera con sus tacones cuadrados de una forma que jamás hubiera hecho en otras circunstancias. Después, un portazo hizo vibrar toda la casa y, tras él, otra sucesión de pasos, el crujir de una puerta y otro portazo.

Llevaba veinte minutos abajo, esperando como una estúpida, y me cansé. Me armé de valor, olvidé las normas que me habían sido impuestas y subí cuidadosamente por las escaleras. Despacio y atenta a cualquier mínimo ruido que pudiera indicarme que tenía que dar marcha atrás. Alcancé el piso superior y me asomé para observar ambos pasillos. En el de la izquierda, el que llevaba a la zona de las niñas y a la habitación en la que había pasado la noche

con Greta, todas las puertas estaban cerradas. En el de la derecha, el ala prohibida por ser de sus padres, tampoco encontré señales de vida. Permanecí inmóvil, esperando escuchar algo por fin y, pasados unos segundos que se me hicieron eternos, un murmullo al final del pasillo que me estaba vetado me hizo afinar el oído.

Observé el ala de las niñas, la tenebrosa puerta del fondo y, cuando comprobé que la vía estaba despejada por esa parte, volví a reunir el poco valor que me quedaba para seguir el murmullo del lado opuesto. Fui casi de puntillas, dándole forma a una excusa realista a la que recurrir con decisión si alguien me veía. Y, cuando quise darme cuenta, ya estaba frente a la última puerta, cada vez más cerca de la conversación que no debía escuchar. De repente se callaron y tuve miedo. Me arrepentí de estar allí y quise darme la vuelta, pero volvieron a hablar y pegué el oído a la puerta con cuidado para que mis pendientes no rozaran la madera.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó el señor McNeil.

—No lo sé, James.

—Pues aclara esa cabecita tuya primero y cuando lo decidas me llamas.

Los pasos de él empezaron a sonar más cerca de la puerta y se me paró el corazón. Estuvieron a punto de descubrirme, pero todo se detuvo cuando la ella alzó la voz.

—¡Ah! Pero ¿te vas?

—Tengo trabajo, Charlotte.

«¿Charlotte?», resonó en mi cabeza.

—¡A la mierda tu trabajo! —La temperatura de la conversación empezaba a subir—. Siempre anteponiéndolo a tu familia.

—Mira, no tengo tiempo para esto —respondió él, que reemprendió la marcha hacia la puerta haciendo que yo me retirara cuidadosamente de ella.

—¡Que se ha muerto la vieja, James! —gritó la señora McNeil.

«¿La vieja? ¿Qué vieja? ¿Su madre?», me pregunté.

Acto seguido, me pareció intuir algo parecido a un llanto. No era demasiado evidente o, al menos, no desde mi posición.

—Lo sé, cariño, y haremos lo que tú quieras, pero mientras lo decides, yo me voy al despacho. Llama a Rhona y estaré de vuelta en cuanto me sea posible, ¿de acuerdo?

Esa última parte la escuché a medio camino hacia las escaleras. Ya había oído suficiente y, dado que él estaba dando por zanjada la conversación, no podía jugármela más. Bajé cuidadosamente hacia donde me había dejado media hora antes y esperé tranquila, como si en mi cabeza no revolotearan mil teorías que, más tarde, descubriría que no eran tan absurdas como las pintaba.

Desbloqueé mi móvil esperando otro mensaje de mi madre, pero solo encontré cinco llamadas perdidas más. Mi ansiedad creció cuando la señora apareció en escena, bajando con elegancia, como si no acabara de tener la más acalorada de las discusiones matrimoniales.

—Buenas tardes, Harper.

—Buenas tardes, señora McNeil.

—Esta tarde no te quiero por aquí —sentenció dictatorial.

Me hablaba sin mirarme directamente. Estaba temblorosa y claramente nerviosa. Lo supe en cuanto sacó un pañuelo de algodón del bolsillo de su chaqueta, que utilizó para limpiarse la nariz sofisticadamente. De vez en cuando, desviaba la mirada a la ventana que daba al jardín, luego a las escaleras y, cuando su marido apareció por detrás, agachó la cabeza. Él le dio un beso en el cogote y se dirigió a la puerta. Cerró despacio, pero no sin antes volverse hacia su mujer con gesto compasivo. Esta le ignoró y, de nuevo, giró la cabeza.

—¿Va todo bien, señora?

—La verdad es que no —respondió, mirándome por fin—. Me voy de viaje esta misma tarde y me llevo a las niñas.

—Eso es fantástico, ¿quiere que la ayude con su maleta y las de las niñas?

Se quedó dubitativa unos segundos. Escudriñó a su alrededor, como si buscara algo o a alguien. Margaret pasó por el recibidor, nos saludó con la cabeza y la señora la ignoró, así que no era a ella a

quien buscaba. Metió la mano en el bolsillo en el que guardaba el pañuelo, que se cayó cuando intentaba sacar su móvil. Me agaché para recogerlo y se lo tendí, pero no me hizo caso. Estaba comprobando algo en su pantalla y se tomó su tiempo. Como si no estuviéramos en medio de una conversación. Yo empezaba a estar muy incómoda porque me había dicho que me fuera, pero al mismo tiempo sentía que me necesitaba y no estaba siendo capaz de darme órdenes.

—Señora McNeil, disculpe que insista, pero de verdad que estoy aquí para ayudar. No me importa en absoluto prepararlo todo con usted. ¿Me deja hacerlo, por favor?

Puso los ojos en blanco, como si el favor fuera en mi dirección y no en la suya, y después asintió. Sin decir nada, se dirigió a las escaleras, por las que la seguí en silencio. Primero pasamos por la habitación de Edith, donde leía tranquilamente con su hermana pequeña. La señora McNeil entró, cerró la puerta dejándome fuera y, al cabo de pocos segundos, volvió a salir con las niñas, una a cada lado.

—Prepara una mochila para Edith y otra para Poppy. Las encontrarás en el altillo de sus armarios. Mete dos cambios de ropa, un par de zapatos, un pijama, ropa interior, un cepillo del pelo para las dos y sus cepillos de dientes.

Y se llevó a las niñas hacia la habitación matrimonial. Era como si no quisiera que tuviera contacto con ellas. O, al menos, no más del estrictamente necesario. Las observé alejándose y cuando desaparecieron de mi vista, accedí a la habitación de Edith, preparé todo lo que me había pedido y después hice lo propio en la de Poppy. Estaba todo tan ordenado, tan intacto, que no me resultó complicado encontrar cada cosa en tiempo récord. Cogí ambas mochilas y me dirigí hacia las escaleras, pero un chasquido me detuvo. Me giré con miedo, pues provenía del final del pasillo. Y allí, a la altura de la habitación en la que dormí con Greta, estaba Margaret. Parecía que quería que me acercara, pero la oscuridad de la zona no me permitió tenerlo claro. Y, entonces, me llamó:

—Señorita, venga por favor.

Posé las mochilas cuidadosamente en el suelo, me giré para comprobar que la señora McNeil no estuviera cerca y obedecí. Me acerqué a ella, que no se movía de la entrada a la habitación de invitados. Tras ella, la puerta del fondo, con la llave en la cerradura. Cuando llegué hasta Margaret, me invitó a pasar. Cerró tras ella cuando entramos, no sin antes hacer la misma comprobación que había hecho yo segundos antes, y se sentó en la cama.

—Estoy preocupada por la señora.

—¿Qué ha pasado, Margaret?

—Ha fallecido su madre.

Eso es justo lo que me pareció intuir de la conversación que, en realidad, no debí escuchar. Me hice la sorprendida.

—Pobrecita...

—Harper, escuche, la señora es muy inestable. Puede parecer tranquila, pero su cabeza va a otro ritmo. Es muy impulsiva y no sé de qué es capaz, especialmente en esta situación.

—Lo siento, Margaret, pero no te sigo. Voy a necesitar que vayas al grano.

—El señor me ha pedido que no la deje marcharse, pero la he visto cargando el maletero de uno de los coches.

—Bueno, si su madre ha muerto, es comprensible que quiera ir a donde quiera que esté su familia, ¿no?

—No lo entiende, señorita. Charlotte no sabe conducir.

Charlotte...

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Entretenerla. Búsquela y ayúdele con lo que sea que esté haciendo, pero sea torpe. Que se le caigan algunas cosas, rompa algo, vaya a buscar lo que le pida y tarde en encontrarlo. Arrégleselas, señorita, por favor.

—Eso solo ralentizará el proceso, pero no podremos evitarlo.

—Sí podremos. Yo voy a sacar el coche del garaje y lo aparcaré en otra calle. Así no lo encontrará. Pensará que se lo ha llevado su marido y no podrá irse.

Había algo en ese plan que no me gustaba nada. Yo tampoco quería que pusiera en peligro a las niñas y a ella misma en un clarísimo arranque emocional, pero también entendía que quisiera ir a ver a su familia. Su marido no había mostrado demasiada predisposición a acompañarla y, a decir verdad, yo hubiera querido actuar de la misma forma. Sin embargo, la preocupación en la cara de Margaret era demasiado convincente. Tenía la mirada triste, pero alerta. Sus ojos, humedecidos, jamás me habían mirado así. Gritaban ayuda a la desesperada y eso era algo que tampoco podía obviar. Así que hice lo que me pidió y confié en que si alguien conocía a la señora McNeil era Margaret.

Abrí la puerta de la habitación, comprobé que el pasillo seguía despejado, recuperé las mochilas de las niñas del suelo y me dirigí al ala donde esperaba encontrarlas. Margaret bajó las escaleras sigilosamente, haciéndome una seña de silencio con el dedo índice. Asentí y seguí mi camino hacia un corredor en el que, de nuevo, todas las puertas estaban cerradas. El murmullo de la señora y el ruido de las ruedas de una maleta sobre la tarima me guiaron hasta la habitación que buscaba. Sin pensarlo demasiado, di tres golpes con mis nudillos y esperé respuesta.

—¿Sí? —preguntó ella desde el otro lado.

—Señora, ya tengo listo el equipaje de las niñas. ¿Necesita que la ayude con algo más?

En ese momento, abrió la puerta, me miró de arriba abajo, me arrancó ambas mochilas de las manos con agresividad y volvió a cerrar. Después, escuché:

—Vete a casa, Harper.

—Pero, señora...

—¡Que te vayas! —gritó.

Mierda. El plan pactado con Margaret se complicaba por segundos. Y mientras intentaba pensar en qué hacer para que no me echara de su casa por tercera vez en una misma tarde, me vibró el móvil en el bolsillo. En la pantalla, la palabra «Mamá» volvió a dibujarse por decimoctava vez en menos de dos horas. Estaba tan

profundamente asustada ya en ese punto que me temblaban las piernas y la respiración. Volví a imaginarme un sinfín de escenarios, todos feos ahora, y me bloqueé. No sabía si esperar e insistir o si largarme a hacer una llamada que, claramente, necesitaba ser devuelta con urgencia.

En ese momento, Margaret pasó por mi lado, se detuvo frente a mí y me contó que no encontraba las llaves del coche, susurrando y tan temblorosa como yo. Le pedí que me cubriera un minuto, que necesitaba hacer una llamada, pero me ignoró. Pasó de largo y siguió su búsqueda por todas las habitaciones que, al contrario que yo, ella sí podía abrir. Me empecé a encontrar ansiosa, los latidos de mi corazón retumbaban en mi pecho de una forma tan efusiva que casi parecía que lo golpeaban haciendo ruido. Y justo cuando pensaba que iba a sufrir un paro cardíaco o algo así, la puerta de la habitación del matrimonio se abrió y casi me doy de bruces con la señora y con sus dos hijas.

—¿Todavía estás aquí? —Puso los ojos en blanco—. ¿Estás sorda, Harper? ¡Que te largues! —ordenó señalando las escaleras con el dedo.

—Señora, estoy aquí para ayudarla. Por favor, déjeme que lo haga y luego podrá irse.

Mi voz sonó entrecortada, como luchando contra el nudo que tenía en la garganta. Nunca había estado tan agobiada como en ese momento. Me sentía débil, sugestionada y abrumada, así que me aparté instintivamente para dejarlas pasar. Y, en cuestión de segundos, mi debilidad se convirtió en rabia. Me enfadé conmigo misma por dejarme tratar de esa forma y, en gran parte también, por seguir empeñándome en ayudar a alguien que, obviamente, no buscaba ayuda. Además, tenía cosas mejores que hacer esa tarde. Ignoré que Margaret sí necesitaba mi apoyo y, por una vez en mucho tiempo, pensé en mí misma. Las seguí por el pasillo hacia las escaleras, ellas se dirigieron a la habitación de una de las niñas y yo bajé procurando hacer ruido para que supiera que, efectivamente, me iba. Yo pensaba que para no volver.

—¡Señorita! —me llamó Margaret, que vio que me iba cuando salía del despacho del señor McNeil—. ¿Dónde va?

—Lo siento, Margaret, me voy a casa. No voy a aguantar a esta mujer más tiempo. Que haga lo que le dé la gana.

—¡Pero, Harper! —Nunca me había llamado por mi nombre. Ahí entendí que era más serio de lo que pensaba y, a pesar de eso, me dio igual.

—No, Margaret —sentencié girándome hacia ella—. Es desagradable, es mandona, es dictatorial, es... Es insoportable, joder. Yo me voy y tú deberías hacer lo mismo.

Y me fui. Lo hice con una rabia interna difícil de gestionar. Me ardía el pecho y me picaban los ojos. Necesitaba llorar de frustración, pero no podía. Antes tenía algo que hacer. Marqué el número de mi madre y esperé respuesta, pero no tuve suerte. Ahora que por fin podía hablar con ella, no contestaba. Me olvidé del mundo a mi alrededor, tanto que incluso se me escapó el autobús en las narices, y seguí insistiendo. A la tercera, contestó. Y mientras escuchaba su voz al otro lado del teléfono, un coche se detuvo frente a mí. Reconocí el vehículo y reconocí al conductor. Era Callum que, al parecer, no se había ido. Le hice una seña con la mano para que no me interrumpiera y él aparcó en doble fila cuando vio mi cara, que debía de decir más cosas de las que yo podría haber articulado en ese momento.

—Cariño, ¿dónde estás?

—Saliendo de Morningside, ¿qué pasa, mamá?

Un afilado silencio rajó mis órganos de arriba abajo. Después, la escuché sollozar.

—La abuelita ha muerto, Harper.

Y entonces sí, un llanto más atrevido, como si llevara evitando ser escuchado todo ese tiempo y ahora se pudiera expresar libremente. Callum bajó del coche y se colocó a mi lado, estrechándome contra su hombro. Me tapé la boca con la mano que tenía libre porque todos los cabos acababan de ser atados. La abuela había muerto y, por alguna razón, lo supe. La madre de mi madre era la misma que la de

la señora McNeil. Charlotte. Mi tía. Me dejé caer al suelo de rodillas y yo también di rienda suelta a las lágrimas, que por fin deshicieron el doloroso nudo que llevaba ocupando mi garganta durante horas. Callum se agachó conmigo y me secó las lágrimas con sus dedos mientras yo me despedía de mi madre.

—Voy para allá, mamá —dije como pude.

Colgué y lloré con más fuerza. Callum no dijo nada. Me acarició la espalda, me ayudó a levantarme, me dio un beso en la frente y me abrazó. No hizo preguntas y yo lo agradecí. Y ahí, en sus brazos, pensé en que mi abuela ya no estaba entre nosotros, en cómo estaría mi pobre abuelo ahora mismo, en que necesitaba abrazarle, a él, a mi madre y a mis hermanos, en la señora McNeil, que siempre había sido la tía Charlotte y en cómo no me di cuenta. Claro, joder, claro. Por eso se quedó de piedra la primera vez que me vio. Porque era, y soy, la viva imagen de su madre. Una madre de la que no conseguía alejarse. Además, ella sí sabía mi nombre. ¿También había sabido todo ese tiempo que éramos familia? Quise pensar que no porque, ¿quién trata así a una sobrina? Aunque, claro, el desapego familiar era lo suyo y cosas más raras había oído de ella. Todo ese tiempo la había tenido tan cerca...

Y, cuando toda esa devastadora información se hubo instalado en mi mente correctamente, dando sentido a muchas cosas que antes no lo tenían, me acordé. Charlotte estaba a punto de coger un coche que no sabía manejar para llegar a Aberdeen. Sin licencia, sin su marido, y con las niñas. No podía permitirlo. Ahora sí que no.

—Callum, es muy largo de explicar, pero ¿puedes dejarme tu coche?

—No estás en condiciones de conducir. Yo te llevo a donde quieras.

—Déjame el coche, te lo suplico. —Se guardó las llaves en el bolsillo para que no las alcanzara—. Me lo debes.

Y entonces sí, me las cedió, arranqué el coche y me dirigí a la finca de los McNeil a toda velocidad. Me sequé las lágrimas en un semáforo y, mientras mis dedos impacientes daban toquecitos en el

volante, un Mercedes-Benz Clase S hizo el cruce sospechosamente rápido y, a pesar de ello, pude distinguir claramente a Charlotte delante y dos figuras pequeñas detrás. Pisé el acelerador, me salté el semáforo y las seguí durante varios minutos hacia la autopista.

Intenté hacerle señas con las luces para que se detuviera, pero o las ignoró o ni las percibió. Me la imaginé completamente ida, enfocada en llegar a su destino a pesar de los riesgos a los que se exponía. En un momento dado, cogió una salida que llevaba a una carretera secundaria.

Seguí su trayectoria y circulamos varios kilómetros por un camino estrecho y casi rural, de un solo sentido. Quise adelantarla para detenerla, pero no tenía espacio para hacer la maniobra. Apreté el claxon y nuestras miradas se cruzaron a través de su espejo retrovisor. Y, entonces, aceleró. Aceleró tanto que me asusté. Para no saber conducir, era de lo más habilidosa, atrevida, inconsciente o todo a la vez. Tomamos una rotonda y a mí casi me embistió un coche que no vi venir. Me pitó, le pedí perdón con la mano y volví a acelerar. No podía perderlas de vista.

Cuando cogí la salida por la que ella había abandonado la rotonda, se había alejado mucho. Iba a unas 74 millas por hora por una carretera de no más de 25. Pisé el acelerador con fuerza y, cuando quise darme cuenta, ya estábamos en un puerto de montaña de doble sentido. Los coches con los que nos cruzábamos nos hacían luces para que fuéramos más despacio, pero si ella no obedecía, yo tampoco podía hacerlo. Y después todo sucedió demasiado rápido.

En una curva pronunciada, el coche de Charlotte derrapó fuera de la carretera y fue a parar a una zanja, bocabajo. Vi cómo volcaban a cámara lenta y tuve que pisar el freno con mucha fuerza para no correr el mismo destino. Las ruedas del coche que yo conducía derraparon e invadí el carril contrario. Pegué un frenazo final, que sonó agudo sobre el pavimento. Di marcha atrás para colocarme de vuelta en el carril izquierdo, cerca de donde había caído el Mercedes, y cuando estaba a punto de salir del coche para dirigirme al lugar del siniestro, vi unas manos temblorosas intentando trepar hacia el

arcén. Era Charlotte. Tenía sangre en la cabeza y en la nariz. Me hizo señas desesperadas con las manos. Gritaba y lloraba, todo a la vez. Pero yo seguía en *shock* y mi cuerpo no me dejó movilizarme fácilmente. Cuando por fin mis neuronas consiguieron sincronizarse con mis músculos, salí del coche y corrí hacia ella.

—¡Las niñas, las niñas, las niñas! —gritaba aterrorizada—. ¡Harper, las niñas!

Cogí aire y me acerqué a la zanja para observar el siniestro. El coche de la familia McNeil estaba bocabajo y salía humo de alguna parte cuya procedencia no conseguía distinguir. Me temblaba hasta el alma y casi me vuelvo a bloquear. Pero no había tiempo, tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya.

—Quédate aquí —le ordené.

Asintió, asentí y procedí a bajar hacia donde estaba el coche. Lo hice cuidadosamente, porque la pendiente era pronunciada y porque no sabía si quería ver lo que podía encontrarme. Cuando llegué, volví a respirar hondo y me tumbé para obtener una vista más precisa de los asientos traseros. Y ahí estaban Poppy y Edith, bocabajo y sin rastro de consciencia. Me asusté mucho, pero no quise que Charlotte se diera cuenta, así que no miré hacia arriba. Saqué mi móvil del bolsillo y marqué el número de emergencias.

—Emergencias, ¿qué necesita? —respondió, inmediatamente, una teleoperadora.

—¡Por favor, necesito una ambulancia!

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Ha habido un accidente de tráfico! ¡Un coche ha volcado y hay dos niñas inconscientes detrás! ¡Por favor, dense prisa!

—¿Ha comprobado si respiran?

—¡No puedo comprobarlo, están dentro del coche! ¡Bocabajo!

—¿Y el conductor?

—Es su madre, ella está bien.

—De acuerdo, dígame dónde y manténgase en línea.

No sabía dónde estábamos, pero sí cómo habíamos llegado ahí desde Morningside. Así que se lo expliqué como pude y en cuestión

de minutos un operativo de urgencias llegó a donde nos encontrábamos. Lo supe por el ruido de la sirena, pues no me separé de las niñas ni un segundo, ni siquiera para ir a buscar a Charlotte, a la que había perdido de vista hacía ya mucho rato. Me imaginé que no querría enfrentarse a la tenebrosa escena, pero también que podría haberse desmayado por el golpe.

Suspiré aliviada cuando un paramédico se asomó a la zanja. Bajó con el mismo cuidado con el que yo lo había hecho minutos antes. Cuando llegó hasta donde yo estaba, me dijo que tenía que apartarme y llamó a un compañero, que me ayudó a subir de vuelta a la carretera, ya acordonada por los servicios de emergencia y la policía, que también estaba allí.

Miré a mi alrededor, observando el despliegue de personal sanitario y policial que se había trasladado al lugar en tiempo récord, pero no veía a Charlotte por ninguna parte. Empecé a llamarla.

—¡Charlotte! ¡Charlotte!

Era todo surrealista. Incluso llegué a pensar que no era más que una pesadilla demasiado lúcida. El vuelco del coche, las niñas bocabajo, Charlotte ensangrentada y ahora desaparecida. Sabía que no podía haber ido lejos. No solo por las lesiones, sino porque jamás abandonaría a sus hijas y mucho menos en esa situación. Seguí gritando su nombre, cada vez más desesperada.

—¡Charlotte! ¡Char...! —Una mano me agarró el brazo para que dejara de chillar.

—Señorita, ¿a quién llama? —preguntó uno de los policías.

—Agente, la madre de las niñas, estaba aquí.

—¿Cómo dice?

—¡Joder, la que conducía el coche! ¡La madre de las niñas que hay dentro!

—¿Está diciendo que la mujer que conducía el coche ha salido y está por aquí?

Asentí nerviosa.

—¡Compañeros, la conductora está por aquí! —exclamó dirigiéndose a los otros dos agentes, que se acercaban a paso

acelerado—. ¿La habéis visto?

—Tiene sangre por toda la cara, va vestida de negro, con tacones. No pasa desapercibida, y menos por una carretera aislada —aclaré sin dar crédito.

Mientras seguía intentando explicarles la situación a los policías, el primer paramédico que había bajado hasta el lugar del siniestro, se acercó a él y le susurró algo al oído. El agente agachó la cabeza, le dio las gracias y se quitó la gorra.

—Señorita, ¿es usted la propietaria de ese vehículo? —preguntó señalando el coche de Callum, aparcado delante de la ambulancia y del coche policial.

—No, pero lo llevaba yo, sí.

—¿Pudo ver cuántas personas iban dentro del Mercedes siniestrado antes de que volcara?

—¡Sí! Como le digo, iban tres personas: una mujer y dos niñas.

—¿Está completamente segura de eso?

—Tan segura como que es mi tía y sus hijas. Iba tras ellas todo el tiempo.

No entendía nada. ¿Le estaba diciendo que había una mujer herida deambulando por algún lugar de la montaña y prefería hablar de lo sucedido con tranquilidad?

—¿Y dice que ha visto a su tía fuera del coche?

—¡Sí, agente! Ha salido a pedir ayuda porque sus hijas seguían dentro.

—Señorita, no hay ninguna niña dentro del coche.

—Pero ¿qué está diciendo? —Me reí, nerviosa.

Se dio la vuelta para contestar una llamada en el busca y se alejó unos pasos para que no le escuchara. Y cuando volvió hacia mí me dijo:

—Siento decirle esto, pero la conductora está dentro y... no ha sobrevivido.

No podía ser. ¿Cómo iba a haber salido del coche volcado para después volver a entrar? Era imposible y eso es exactamente lo que

me intentó explicar el agente justo antes de pedirme que le acompañara a un lugar más alejado.

—Los bomberos van a sacarla del vehículo. No es necesario que vea esto.

Intentó apartarme hasta donde se encontraba el coche policial, pero una fuerza sobrenatural se apoderó de mí, me desprendí de su brazo, que me guiaba en dirección contraria, y corrí hasta el coche porque necesitaba ver con mis propios ojos que lo que me acababa de decir era verdad. La sirena de los bomberos se acercaba, así que me di prisa por llegar a la zanja, bajé resbalándome y casi tiro al suelo a un paramédico, que observaba el coche ajeno a mi llegada. El agente con el que había hablado corría tras de mí, pero no consiguió atraparme hasta que, efectivamente, lo vi. Me agaché hasta el suelo y ahí estaba ella. Bocabajo, completamente ensangrentada, muerta. Y detrás, nadie. Ni rastro de las niñas.



Cuatro tumbas



Esa semana asistí a dos funerales. Al de mi abuela y al de Charlotte, ambos en Aberdeen. Misma iglesia, mismo cementerio y mismos asistentes: mi familia. Primero enterramos a Vivienne y después a su hija, que solo en la muerte encontró el lugar que la vida no le dejó ocupar: el regazo de su madre.

Perdí la cuenta de la cantidad de personas con las que hablé esa tarde, pero mi mirada no podía dejar de buscar a una. A James. La última vez que le vi fue en el lugar del accidente cuando, alertado por las autoridades, acudió desesperado solo para enfrentarse a la más dura de las realidades. No interactuamos, solo apreté los ojos con fuerza cuando me di cuenta de que no podía escuchar sus gritos de dolor y después desapareció en la ambulancia que transportaba el cuerpo de su mujer, oculto en una bolsa mortuoria de color gris. Tendría que haberle acompañado o, al menos, haber ido a su casa por si él o Margaret necesitaban algo, pero no pude. No pude enfrentarme a eso y deduje que, dado que Charlotte era de Aberdeen, allí la enterrarían y allí nos reencontraríamos. Así fue.

Localicé a Margaret, apartada del resto de los asistentes, con la cabeza gacha y la mirada oculta tras un velo de rejilla negro. Posé mi

mano sobre su hombro, ella respondió estrechándola con fuerza y un mar de lágrimas brotó de sus ojos grises.

—Cuánto lo siento, señorita —exclamó mientras sacaba un pañuelo con flores bordadas de uno de los bolsillos de su falda.

—Margaret, por favor, llámame Harper.

—Ahora ya lo sabes todo.

—¿Tú crees? Porque tengo la sensación de saber menos que antes.

—Harper... —Se giró para mirarme mientras sujetaba mis manos con fuerza—. Fui yo quien abrió la puerta del final del pasillo esa noche. Quería que entraras y lo hiciste, pero no sé si llegaste a averiguar lo que intentaba que supieras.

—¿Qué tenía que saber, Margaret?

En ese momento el señor McNeil se apartó de la tumba de su mujer, nos miró con los ojos llenos de lágrimas y se alejó. Fue entonces cuando Margaret y yo nos acercamos y ahí estaba la verdad de la que ella me hablaba. En la lápida de granito gris, había una inscripción clara:

In Loving Memory of

Charlotte McNeil

1976-2023

Beloved Mother

Edith McNeil

2011-2022

Forever our Angel

Poppy McNeil

2013-2022

*Forever in our Hearts**

—Las pequeñas murieron ahogadas en el estanque de la casa el verano pasado, Harper —me contó Margaret, que observaba la

tumba familiar sin darse cuenta de que mi cara empalidecía por momentos—. La señora sufría un estrés postraumático muy severo y las creía vivas la mayoría del tiempo.

Por eso Callum no escuchó el audio que le envié una tarde. Por eso el señor McNeil reaccionó de esa forma cuando su mujer mencionó a sus hijas en la entrevista. Por eso ni él ni Margaret se dirigían a ellas. Por eso, cuando hablé de las niñas, el doctor Campbell cortó toda comunicación conmigo.

De ahí las caras extrañas, los gestos confusos y los labios apretados. La piel pálida de las pequeñas, sus manos heladas, los platos de comida sin tocar, los pijamas colgados en forma de memorial en la habitación del fondo. Ya entendía por qué la gente miraba a Charlotte por la calle y de lo que hablaba la dueña de la floristería cuando se refirió al «verano pasado». Por eso el de su madre era el único cadáver dentro del coche esa tarde.

Margaret posó su mano en mi hombro como si acabara de leer mis pensamientos y quisiera que supiera que entendía mi confusión. Después se fue tras el señor McNeil y esa fue la última vez que vi a los dos. Enseguida, busqué a Callum, que me esperaba pacientemente junto a Greta a la salida del cementerio. Todavía no había decidido si estaba preparada para olvidarlo todo, pero le perdoné en silencio cuando me di cuenta de que su presencia y su apoyo en ese, y en muchos otros momentos, eran bienes de primera necesidad en mi vida.



Negación



Tras una semana extraña en casa, sin Vivienne en la mecedora, con el abuelo cabizbajo, mamá ocupándose de todo y mi padre de ella, decidí volver a Edimburgo. No lo hice sola, Callum me acompañó y Greta estaba allí esperándome. Me refugié en ellos la mañana previa a mi regreso al Royal Edinburgh Hospital, en Morningside. Les había contado todo lo que yo misma creía saber, pero me faltaba una perspectiva. Una visión más empírica, más clínica. Una que, desde el principio, supo todo y no dijo nada. Por eso, me personé en el despacho del doctor Campbell, como casi siempre, sin previo aviso. La puerta estaba entornada y había un hombre sentado en una de las sillas de plástico adosadas a la pared. Llevaba el uniforme del centro y junto a él permanecía una enfermera que miraba su reloj y movía las piernas en señal de impaciencia.

—Disculpen, ¿esperan al doctor Campbell? —pregunté educadamente.

Ella asintió, el paciente desvió su mirada del limbo y me mostró sus ojos, inyectados en sangre, como si llevara días enteros sin dormir.

—Aquí nunca sabes quién espera a quién —me dijo riéndose.

—¿Les importa que pase yo primero? No tardaré, lo prometo.

La enfermera estuvo a punto de negarse. Lo intuí por el gesto de indignación que se dibujó automáticamente en sus facciones. Pero el hombre, que seguía mirándome fijamente, la contradijo.

—Claro, niña, pasa tú. Al fin y al cabo, cuanto menos tiempo pase en aislamiento, mejor. Por lo menos aquí las paredes no gritan.

La trabajadora apretó los labios, puso los ojos en blanco y, después, me dio permiso con la mano. Di tres toques con los nudillos, oí un murmullo al otro lado y, aunque no logré escucharle claramente, di por hecho que podía pasar. Sentado en su escritorio caótico, con las gafas de metal dorado descansando en la punta de su nariz, una pluma en la mano y un café en la otra, el doctor seguía sin conseguir ocultar su sorpresa al verme. Tenía la impresión de que debía presentarme cada vez que nos veíamos. Pero no, por suerte, en esta ocasión no fue necesario. De hecho, sabía muy bien quién era, e incluso parecía que me estuviera esperando. Se levantó de la silla rápidamente y se acercó para acompañarme a la mía. Después volvió a ocupar su sitio al mismo tiempo que se retiraba las gafas y daba un último sorbo al café.

—Doctor Campbell, siento haberme presentado sin avisar, pero necesitaba hablar con alguien.

—Claro, claro, por supuesto. Gracias por venir, Harper. Estaba a punto de llamarte —mintió—. ¿Cómo estás?

—Pues bueno... —respondí con una risa cargada de sarcasmo.

—James me lo ha contado todo. Desconocía que Charlotte y tú estabais emparentadas.

—Yo tampoco lo sabía, doctor. En realidad, no sabía nada. Me mandó a su casa sin darme toda la información, después me pidió que me alejara de ella, empezó a ignorarme sin darme explicaciones... Con todo el respeto, ¿qué es lo que pretendía exactamente?

—Entiendo tu enfado, Harper, pero necesitaba una visión fresca de su estado. Una opinión sin condicionantes, sin contexto. Pensé que, si tú la diagnosticabas sin conocer lo ocurrido, podríamos nutrirnos mutuamente.

—¿Y cuál era su diagnóstico?

—*Shock* postraumático. Clarísimo —añadió con seguridad trazando una línea horizontal con la mano.

—Clarísimo... —asentí con ironía, poniendo en duda su tajante afirmación.

—De todas formas, ya es tarde, ¿no te parece?

Pues sí. Ya daba igual. Diagnosticar a Charlotte a esas alturas tenía el mismo sentido que seguir dorándole la píldora a un señor cuya profesionalidad había envejecido peor que él.

—Sí, ya da igual. —Me encogí de hombros y me recosté en el respaldo de la silla, actuando con la indiferencia que se merecía.

—Y cuéntame, Harper, las niñas... ¿eran buenas contigo?

Sabía lo que intentaba, así que no respondí. Le miré con el gesto más neutro que creo que he puesto en mi vida y él siguió preguntando.

—¿Cómo las trataba Charlotte? ¿Hacía cosas con ellas? ¿Te dejaba participar?

Yo apreté los labios y negué con la cabeza, como si no tuviera ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Hablabas mucho con ellas? Pobres criaturas, con una madre muerta y un padre que vive en su despacho... ¿Qué será de ellas?

Su grado de manipulación empezaba a resultarme irrisorio, así que le corté antes de que pudiera formular otra estupidez:

—Disculpe, doctor, pero... ¿de qué niñas me habla?

Campbell se quedó mudo.

—Las niñas murieron hace un año. Yo no llegué a conocerlas.

—Pero... Hace unas semanas me hablaste de ellas. Me contaste que...

—Debió de soñarlo —le interrumpí—. Yo no sé nada de las niñas. Ni sus nombres, ni el aspecto que tenían... Llame a su amigo James, él se lo contará todo.

Me levanté con elegancia, sosteniéndole la mirada, y abandoné el despacho dejando la puerta como estaba: entornada. Caminé hacia el ascensor con orgullo, como si acabara de cerrar un capítulo que, en

realidad, me perturbaría el resto de mi vida. Pero, por primera vez, había dicho la verdad mintiendo. Porque sí, las niñas habían muerto. Lo que no todo el mundo está preparado para entender es que los muertos también pueden quedarse.

Porque yo las vi.

Yo las veía.



Agradecimientos



Este libro es para mis tres mamás. Las mujeres de mi vida.

Gracias, mamá, porque hay partes de mí que existen únicamente porque tú cuidaste de ellas. Todo lo bueno que hay en mí, empezó contigo. Eres mi inspiración, mi fuerza, mi refugio, mi salvación, mi casa y mi mejor amiga. Siempre que nos despedimos me dices: «Sé feliz». Lo que no sabes es que yo seré feliz siempre que tenga la certeza de que vas a estar al otro lado del teléfono toda la vida. Yo pensaba que lo que más miedo me daba en el mundo eran los tiburones y las avispas, pero no. Mi mayor miedo es imaginarme un mundo en el que tú no estés. Tú y tu sonrisa incansable, tú y tus ganas de todo, donde sea y a cualquier hora. Tú y todo lo que representas para mí, para papá y para la hermana. Porque hay personas que sostienen un hogar entero simplemente existiendo y esa eres tú, mamá.

Te quiero más de lo que cabrá nunca en estas páginas.

Gracias también a mis dos abuelas, una en el cielo desde el mismo día que entregué esta novela. Gracias por no pareceros a Vivienne, gracias por cuidarme como una madre lo haría, gracias por enseñarme todas las cosas bonitas que conozco, por contarme las mejores historias, por las meriendas, por los paseos, por las tardes de

lumbre y castañas, por los abrazos largos, por hacerme sentir admirada, por los ojos con los que siempre me habéis mirado las dos, por quererme. Gracias, abuela Carmela, por demostrarme que te has ido sin irte. Por dejarme sentirte cerca a través de Leo, que sé que te ve. Gracias, abuela Carmen, por ser la mamá buena y cariñosa por la que más de un nieto daría todo lo que tiene.

Os quiero para siempre. Lejos o cerca, sé que nunca me voy a sentir sola.

Nota

* En memoria de Charlotte McNeil (1976-2023). Querida madre. Edith McNeil (2011-2022). Para siempre nuestro ángel. Poppy McNeil (2013-2022). Siempre en nuestros corazones.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Carmen Santaella Arco, 2026

c/o GO ENFORCE TALENT, S.L.

© La Esfera de los Libros, S.L., 2022

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 443 50 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-1094-395-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

